

A man in a dark suit and white shirt, shirt open, with a red lipstick smudge on his chest.

# El jefe

Florencia Palacios

# **El jefe-Florencia Palacios**

© Todos los derechos reservados.

Prohibida su reproducción total o parcial sin el consentimiento de su autora.

Novela romántica contemporánea

Amparada en la ley universal de derechos de autor.

©El jefe-Florencia Palacios s 2019

## **El jefe**

### **Florencia Palacios**

Prudence apuró el paso, visiblemente nerviosa, no era sencillo ser una joven buena y devota católica en esa empresa de hombres inmorales y mujeres que se reían a sus espaldas burlándose de ella siempre que podían. Principalmente porque usaba ropa anticuada, vestidos largos, unos faldones de monja, o porque usaba una medalla inmensa de la virgen.

La joven trataba de ser fuerte e ignorar la malicia que imperaba en la empresa, las constantes burlas pues hasta su nombre era objeto de burlas.

Se llamaba así por su abuela, que había sido una mujer muy buena y hermosa y su bisabuela antes que ella. Prudence era un nombre bonito, pero en desuso y según las malas lenguas era un nombre horrible y ridículo. Ni que hablar de su segundo nombre Abigaíl, cada vez que alguien se enteraba de que se llamaba así se reían a carcajadas o mencionaban la historia de las brujas de Salem. Bueno, en realidad eso era ella, un completo anacronismo fuera de tiempo y espacio, una chica salida de algún cuento de puritanos excepto por el cabello rojo natural y brillante, sabía que eso desentonaba en su atuendo

porque ningún puritano de antaño habría visto con buenos ojos ni ese cabello ni su abultada delantera que parecía incitar a la lujuria y al pecado. Y eso que se cuidaba en las comidas y tenía una figura esbelta. O casi esbelta. En realidad, no era tan delgada como quería, sólo tenía un peso saludable excepto por su trasero redondo y sus pechos que habían crecido de golpe los dos últimos años sin causa alguna.

Aunque esto lejos de angustiarse simplemente le era casi indiferente, pues a pesar de ser como era, anticuada y pelirroja tenía unos hermosos ojos verdes esmeralda de espesas pestañas una piel rosada fresca que siempre llamaba su atención y ciertamente que nunca le faltaron pretendientes como sus compañeras de trabajos, esas flacas solteras que se mataban en el gimnasio y haciendo dietas y no tenían una cita decente ni nadie las tomaba en serio. Supo por su única amiga que la envidiaban y no entendían cómo ella que era a sus ojos, casi una pelota, tenía un novio guapo arquitecto y estaba a punto de casarse... Le tenían bastante envidia y hasta hacían preguntas de dónde había sacado su novio a ver si ellas podían ir a ese lugar y probar suerte. Pues hasta el momento ni el Facebook, ni las otras redes, ni el chat de búsqueda de pareja había dado resultado para las pobres flacas y perfectas de la oficina.

Prude sonreía para sus adentros.

Y en un raptó de sinceridad le dijo a su amiga Nelly:

—Es porque son muy regalonas, muy ramerás. Los hombres las usan y

las tiran, es así.

Nelly protestó, claro, ella no era muy santa tampoco. Y mientras bebía su cafecito de máquina y le ponía edulcorante le dijo:

—Ay es que tú eres muy anticuada, chica. A veces me pregunto si no te han puesto un cinturón de castidad desde los dieciséis.

Prude se sonrojó furiosa.

—Soy una mujer que sabe lo que vale y se hace respetar, eso es todo.

Su amiga bajita y rubia con el pelo lleno de rulos que siempre trataba de alisar sin éxito la miró a través de sus gafas, esas gafas redondas que le daban aspecto de nerd, pero Nelly no era nerd, qué va, todo lo contrario.

—Pues es muy raro que exista una mujer que piense que lo mejor de la vida es llegar virgen a su noche de bodas, Prude, en serio te lo digo. Y me imagino que tus padres debieron encerrarte bajo siete candados toda tu vida para que no sufieras tentaciones ni...

—No te burles de mí, mi vida no ha sido fácil, ¿sabes? —le dijo.

Nelly la miró espantada.

—Lo siento yo... no quise ofenderte sólo que tú... no entiendo cómo nunca lo has hecho.

—Bueno eso ya no cuenta, voy a casarme en tres meses y entonces sí podré hacerlo a diario y desquitarme.

—Guau, la virgen ardiente—dijo su amiga y sonrió.

Prude se alejó para regresar a su oficina sobre su jefe escocés aguardaba.

Era un sujeto bastante serio y respetuoso, jamás la miraba como si fuera un trozo de carne como hicieron varios, pero era exigente y bastante controlador y celoso de que fuera en hora y llevara a cabo su trabajo.

Malcolm MacNeil. Allí estaba plantado. Un tipo alto, fuerte y musculoso a pesar de que tenía siempre camisa saco y corbata, ella lo miraba a hurtadillas sin saber por qué.

—Señorita Prudence Abigaíl. Al fin llega usted con la carpeta que le pedí—se quejó mirándola con una sonrisa.

Ella le entregó el sobre y entonces él, por primera vez miró sus labios y luego su escote de forma fugaz para apartar su mirada. Prude se sonrojó y de pronto se dio cuenta que tenía abierta la blusa y se veía el sostén de encaje blanco que trataba de sujetar y aplacar sus pechos redondos y llenos sin demasiado éxito.

—Lo siento, esta blusa...—se quejó y se cubrió de prisa sintiéndose como una tonta al pensar que esa blusa blanca le había jugado una mala pasada otra vez, sus minúsculos botones se desprendían en el momento más inoportuno.

Entonces su jefe la miró con esos ojos azules tan extraños, eran un azul cobalto, profundo y era muy raro que expresara emociones, era raro para ella

mirar sus ojos y tratar de escudriñar qué estaba pensando, si realmente estaba conforme con ella o en cambio querría reemplazarla.

—No se preocupe. Venga conmigo, necesito que encuentre un mensaje en mi correo—le dijo.

Otro hombre en su situación habría reído o le habría hecho alguna insinuación descarada, pero su jefe era un hombre muy serio. Aunque las malas lenguas decían que era gay y por lo tanto no miraba mujeres ni las creía deseables o atractivas.

Pero entonces Prude sufrió un percance y tuvo que ir al baño al sentir que sus pezones se endurecían de golpe y se mojaban. Qué molesto era eso. no tenía explicación, algo relacionado con una hormona que se liberaba y le provocaba una leche falsa, como si fuera a amamantar a un bebé. Era imposible, pero le pasaba.

Cuando su novio la besaba y tenían un acercamiento de besos y caricias y también le pasaba. Se excitaba y entonces sus pechos se agrandaban y endurecían y lo siguiente era mojar su blusa. Qué vergüenza. Si su jefe veía eso moriría de horror, pues, aunque fuera gay como todos decían, se le notaba que algo le pasaba. ¡Al diablo con ello! Prude pensaba que el señor MacNeil no era gay y que la forma en que la miró hacía un momento lo confirmaba. Era como cualquier macho viendo los encantos expuestos de una mujer, sus ojos brillaron y hasta hizo un gesto con su boca.

Al llegar al lavatorio con el corazón palpitante se vio sonrosada y su blusa... se había manchado. ¡Rayos! Hoy no era su día. Por suerte había llevado un cárdigan por si hacía frío. Se pondría eso.

Cuando regresó con su nuevo sweater su jefe la miró extrañado, pero no dijo nada.

—Señorita Prudence, venga... tengo que pedirle un favor.

¿Un favor?

Entró en su despacho algo atribulada, sin saber por qué ese hombre la ponía nerviosa cuando la invitaba a su despacho. No porque fuera uno de esos jefes que siempre trataba de hacerle insinuaciones, no, el escocés era diferente. Su acento extranjero, sus modales de caballero inglés, aunque fuera irlandés en realidad, era muy amable y serio. Jamás le había hecho insinuación alguna y eso la aliviaba. Estaba harta de jefes que se le iban los ojos con su generosa delantera y tuvo que renunciar a puestos donde la habían ascendido por esa razón. Porque al final siempre intentaban algo con ella.

Pero él no era así.

—Señorita Hamilton. Tengo algo que pedirle, espero no le incomode y desde ya le digo que puede negarse si así lo cree conveniente.

Esas palabras le sonaron raras, esperaba que no... que no le dijera nada incorrecto o...

—Es que necesito vender una propiedad de un socio. Es un caso

especial. Verá, hay tres interesados, pero ya ha pasado antes, que se interesan por el precio y las comodidades que ofrece la mansión de Berestford, pero luego desisten. Cambian de idea.

—Bueno... quiere usted que muestre la casa?

La idea no le gustaba nada, ir a una de esas mansiones campestres y pasar la noche sola y que luego...

—Sí, eso quisiera. Está en Boston en un lugar recóndito de las afueras. Pero no irás sola, Nelly te acompañará. Además, la casa cuenta con un sofisticado sistema de seguridad. Y tendrás un premio extra si logras convencer a los interesados a comprar la casa.

Su jefe le mostró entonces fotografías de la mansión de Berestford. Era inmensa y antigua, de cuatro pisos y un parque con lagos y... parecía una mansión de ensueño. Hermosa.

—Pero por qué no pueden vender esta propiedad? —preguntó de pronto Prude.

—Es que hay cierta leyenda de fantasmas o algo así. La inventaron los pobladores de ese lugar y circula en internet una historia siniestra que realmente ha sido muy perjudicial al momento de venderla. Lleva casi un año deshabitada y han tenido que bajar su valor.

—¿Entonces me quedaré un fin de semana en una mansión llena de fantasmas? Señor MacNeil... no puede pedirme eso.

Su respuesta le sorprendió.

—Señorita Prudence, no pensaré que yo pondría en riesgo su vida.

Ahora su jefe parecía ofendido.

—No, no dije eso, pero es que me asustan esas cosas, lo siento. No puedo ir.

Él la miró muy serio y de pronto sonrió.

—¿Usted les teme a los fantasmas, señorita Prudence?

La joven asintió con un gesto. Aunque la avergonzara lo dijo. No quería ser parte de esa excursión. Por más que tuviera un premio.

No necesitaba tanto el dinero ni ese trabajo. Pronto sería la esposa de un exitoso arquitecto que además era todo un caballero. ¿Para qué progresar si pronto se convertiría en la esposa de Peter?

Ciertamente que Prudence Abigaíl Hamilton no creía nada en la emancipación femenina ni en la independencia. A pesar de haber hecho una carrera corta de bienes raíces y administración de empresas, no le interesaba progresar ni ser independiente al extremo de no buscarse un marido por supuesto. Quizás la independencia llegara luego de que sus hijos fueran grandes entonces a eso de los treinta y cinco retomaría la carrera de emancipación. Porque ahora su prioridad era casarse y vivir para su familia, tener hijos, y para eso había una edad, no haría como todas las mujeres que conocía que esperaban a los cuarenta para conocer a un hombre que valiera la

pena y terminaban adoptando porque ya no podían tener hijos. Y aunque sus amigas se rieran de ella por tener sólo veintidós años para buscarse un marido, bueno, ellas no necesitaban marido porque estaban muy ocupadas estudiando o haciendo carrera para tener un buen puesto en su empresa.

Era una mujer práctica, su futuro marido estaba participando en un proyecto ambicioso de una comunidad cristiana en Plymouth y era necesario diseñar un barrio privado cristiano que le tenía muy absorbido y le había hecho rico en poco tiempo. Él mismo le había dicho que luego de la boda quería que se dedicara a él, a ser su mujer y a darle hijos. Y ella soñaba con eso, había esperado tanto por un hombre como él, que la amara y respetara su decisión de llegar virgen al matrimonio.

—Bueno, comprendo su decisión.

La voz de su jefe la despertó de sus pensamientos.

—Entiendo que le asusta ir a ese lugar—agregó.

—Realmente sí.

No tuvo problema en decírselo. Luego de sufrir un ataque cerca de su casa no se arriesgaría a que uno de esos posibles compradores quisiera hacer de las suyas. Al diablo con la seguridad de Berestford.

—Yo iré con usted si quiere, señorita.

Prudence lo miró atónita. ¿Iría como guardaespaldas o porque esperaba una oportunidad para el romance? Rayos, ¿es que no sabía que

estaba comprometida?

—Gracias, pero no puedo aceptar su oferta señor MacNeil.

Se alejó en cuanto pudo y regresó a su trabajo. Podía organizar las visitas desde su oficina. Enviar las fotografías entrevistarse con los posibles interesados y luego, otro empleado coordinaba las visitas a la propiedad. No era necesario ir a Berestford. Menos sabiendo que estaba embrujada. Ciertamente que era muy sensible a esas cosas y como buena católica, le tenía terror al diablo y pensaba que los fantasmas eran criaturas impías enviadas por este para incitar al pecado.

Su jefe no volvió a mencionar el asunto, pero Prude se sintió intrigada y buscó información en la web sobre Berestford house.

Rayos. Había un montón de notas, fotografías. Se la llamaba la mansión embrujada. Extrañas muertes, presencias espectrales, sonidos extraños en mitad de la noche. Ahora entendía por qué habían bajado el precio. Por fuera era una propiedad hermosa y confortable, antigua. El sueño americano. Un lugar especial para descansar y relajarse, lejos del mundanal ruido...

Pero por dentro parecía el hogar del demonio. Fantasmas, ruidos extraños, suicidios y accidentes... Una auténtica leyenda urbana en el campo. Y la razón era que se trataba de un lugar muy antiguo de Estados Unidos, no había cementerio indígena ni nada parecido, simplemente que los primeros

pobladores eran gente mala e hizo cosas malas. A una de las hijas del dueño de la mansión la envenenaron el día de su boda, porque no querían perderla, la preferían en el cementerio familiar que lejos, con un caballero que vivía a demasiadas millas de distancias y locuras como esas.

Prude se sintió enferma y se preguntó si acaso su jefe quería deshacerse de ella pues enviarla a ese lugar era peor que despedirla.

Claro, los hombres no creían en esas historias, él no creía porque simplemente no le convenía. Sólo quería sacarse de encima el mausoleo, poner a dos chicas jóvenes y entusiastas para ser las guías de la mansión y darle un aspecto “normal” como si eso fuera posible.

Suspiró.

El año verde podrían vender esa casa. Nadie sensato la habría comprado. Además, se decía que todas las personas que vivían allí la vendían al poco tiempo porque no la aguantaban. Los ruidos, las molestas presencias demoníacas, el olor nauseabundo... algo andaba muy mal en esa mansión y de pronto mientras leía todo apareció su jefe.

—Qué está haciendo señorita Prudence? ¿Le picó la curiosidad por la mansión Berestford? —le preguntó.

Ella lo miró espantada. ¿Cómo lo había sabido?

—Qué como lo sé? Vi el reflejo de la pantalla de su portátil, señorita. Ingenioso, ¿no cree?

¿Ingenioso? Estaba invadiendo su privacidad, pero en realidad ella debía estar trabajando y no navegando en la web.

—Señor MacNeil. Lo siento es que buscaba información sobre Berestford house.

Él sonrió levemente.

—Y qué encontró?

—Cosas horribles. No me extraña que esa casa no pueda venderse, señor. Parece algo siniestro y dudo mucho que...

—Sí, es verdad. Es bastante nefasta, pero la propiedad debe venderse, mi amigo necesita el dinero y yo cobrar mi comisión.

—Pero con esta información nadie sensato la compraría.

—Estoy trabajando en eso, pidiendo que cierren y desaparezcan esas páginas. ¿Qué más cree usted que podría hacer? Hemos trabajado en remodelar la casa para que se vea más luminosa y agradable. Hogareña.

—Me temo que eso no será suficiente señor MacNeil.

—¿Ah no? ¿Y qué sugiere usted?

—Debería bendecirla, enviar algún padre con agua bendita y...

—Oh usted cree en esas cosas? por supuesto, lleva siempre una medalla de la virgencita.

Prude sintió que se sonrojaba cuando le dijo eso. sin embargo, no parecía burlarse.

—Sí, es verdad, siempre llevo la medalla de la virgen de Fátima que me regaló mi madre y también una cruz de oro y... creo que siempre me ha protegido.

—Protegido de qué señorita Prudence?

—Del demonio y sus sirvientes, por supuesto.

—Y usted realmente está segura de la existencia de esas criaturas impías de la oscuridad?

Ella asintió muy segura de lo que decía.

—¿Y piensa que ayudaría llevar un sacerdote para purificar la casa?

—Por supuesto. Debe limpiarla por dentro en lo más profundo y verificar que no haya objetos malignos de sus antiguos propietarios. En ocasiones el mal se queda porque hay retratos, objetos malditos y también, porque nadie se tomó la molestia de bendecir la casa. Puedo averiguar en mi congregación si lo desea.

—Haría eso por mí?

—Por supuesto.

—Bueno, no sé nada de los tesoros de ese mausoleo, creo que hay una habitación que guarda ciertas reliquias del pasado y nadie las ha tocado. Quizás estén hechizadas. Es una pena que no pueda ir a la mansión, creo que me serían muy útiles sus conocimientos de estas cuestiones.

—Quisiera ir, pero no puedo. Estoy muy atareada estos días

organizando mi boda y además... le confieso que estas cosas me dan mucho miedo.

—¿Oh, va a casarse?

Parecía muy sorprendido.

—Sí, en tres meses. Acabamos de comprometernos.

Él la miró con fijeza.

—Bueno, todavía falta. Muchas cosas pueden pasar en tres meses y si me ayuda a vender esa casa... le haré un lindo regalo de bodas.

—Lo ayudaré en lo que pueda, pero no me pida que vaya por favor, moriría del susto si veo algo de lo que dicen estas páginas.

Su jefe sonrió.

—Pero señorita Prudence por favor, son sólo historias. Además, yo la acompaño si quiere. Pero sé que su presencia le dará un aire fresco a la casa, estoy convencido de que usted sería una estupenda anfitriona.

—Y pasar un fin de semana allí? No... moriría del susto. Estas cosas me asustan mucho, no puedo... tendría que ir acompañada por el padre Alfred y por la hermana Mary. Ellos sí podrían neutralizar la maldad que hay en esa casa.

Él pareció considerar esa posibilidad.

—¿Y cree que querrían venir a la casa a espantar a las horribles criaturas? Prometo ser muy generoso si lo hacen y también con usted. Imagino

que le agradecería algún obsequio especial con motivo de su boda.

—Oh no es necesario por favor. De veras. Mi prometido ya compró todo. Los muebles, la casa... la casa fue diseñada por él y en verdad que no quiero que piense que...

—Vaya... Entonces todo va viento en popa. Pero usted no tenía novio señorita y ahora me entero que se casará en tres meses. Ha sido toda una revelación.

—Rayos, espero que no sea de las mujeres que renuncia a su puesto para cuidar de su esposo. Es muy anticuado y tan poco recomendable en estos tiempos.

Otro más que pensaba de esa forma negativa, que los maridos no merecían tanta atención, que las bodas duraban lo que un suspiro y que lo único que debía uno cuidar era el dinero que tenía en el bolsillo. Dinero y más dinero. Era un hombre muy rico y sabía que se había hecho de abajo, no era como los millonarios que habían nacido en cunas de oro y simplemente lo tenían todo en bandeja, ese hombre había trabajado duro por tener lo que tenía y era terriblemente desconfiado o eso decían.

—Es que me mudaré a Providence, señor MacNeil.

Ahora su jefe se reía.

—¿Y vivirá Providence, la tierra de los puritanos?

—Sí, es que mi novio es arquitecto y está diseñando un nuevo barrio

en ese lugar. Una aldea cristiana llamada Old Providence.

Prudence se sonrojó como le pasaba siempre que le pedían que le hablara de su novio. Le pareció extraño que ese jefe tan frío que siempre la había ignorado estuviera tan al tanto de su vida privada.

—Es que nos conocimos hace poco, en una kermese para ayudar en la congregación.

Se conocieron, charlaron, se hicieron amigos y un día comenzaron a salir. Luego de darle su primer beso en su departamento de Boston le pidió que fuera su esposa. Ella se quedó tan emocionada, no esperaba que tan pronto se lo pidiera. No era como esos hombres que sólo buscaban sexo, ni siquiera intentó nada, pero cuando le pidió que fuera su esposa pensó que era un sueño hecho realidad. Dios se lo había envidado como regalo, eso pensó entonces. Era tan bueno, tan noble y, además, tenía treinta años. Le gustaban mucho los hombres que eran hombres, maduros, jamás se habría casado con uno de veinte años. Los hombres de esa edad estaban verdes y sólo querían sexo, además.

—Me imagino. Todo un caballero atento a los detalles—dijo su jefe.

Ella lo miró perpleja y entonces recordó su conversación pendiente. De repente sentía que él estaba muy interesado en sus asuntos. Porque quería algo... convencerla de que fuera con él a esa mansión embrujada por supuesto. Ella podía ser inexperta pero no tenía un pelo de tonta. Cada vez que un hombre fingía interesarse en ella y la escuchaba tan atento era porque buscaba

algo. Por lo general sexo, dinero, algún favor. Como algunas compañeras de trabajo.

No había nada espontáneo en los ciudadanos de Boston, nada desinteresado tampoco.

—Sí, por supuesto señor MacNeil. Yo puedo ayudarle y hablar con el padre Alfred y la hermana Mary. Ellos son muy buenos alejando demonios, fantasmas, espectros...Es su pasión... no tienen ningún miedo sabe, han luchado contra las criaturas impías toda su vida.

Su mirada se iluminó de gratitud y entusiasmo.

—Oh ¿de veras haría eso por mí?

—Por supuesto señor MacNeil.

—Los recompensaré por supuesto, a ellos y a ellos. Seré muy generoso.

Allí estaba la segunda falla de los ciudadanos. No sabían recibir, creían que todo tenían que pagarlo, que todo tenía un precio.

Prudence apretó los labios y negó con un gesto.

—Señor MacNeil, no es necesario. El padre Alfred se disgustará mucho si le ofrece dinero. Porque él lo hace de corazón, porque nace de su corazón ayudar y hacer el bien. Lo mismo pasaría horas escuchando su confesión y le daría consejos para ayudarle a mejorar su vida sin esperar una gratificación. Creo que se sentirá más que satisfecho si logra espantar el

demonio que mora en esa casa.

—Señorita Prudence, tiene usted mucha imaginación. Quizás sólo sea una casa vieja con un ambiente pesado, nada más. Pero esas historias no son verídicas, parecen productos de una imaginación histérica de algún escritor frustrado y mediocre. Cosas que no tienen demasiado sentido.

—Pero ¿la joven que murió que fue envenenada por su familia para evitar que se fuera con su marido?

—Bueno, eso es una leyenda. Vaya uno a saber si no es como la joven que fue enterrada con su vestido de novia y jamás envejeció y apareció en las excavaciones de una casa hace años. Son historias raras que quizás tengan alguna explicación científica. Como Berestford house señorita. Si cambia de opinión y decide acompañarme, hágame saber.

Prudence asintió con una sonrisa muy convencida de que ni loca se metería en esa casa. Sentía terror por todo lo demoníaco y pensaba que esas casas sólo eran encantadas con un fin perverso, arrastrar al pecado a la locura y al suicidio. ¿Realmente sería buena idea vender esa casa? ¿Por qué mejor no la demolían y vendían el predio que era espacioso y hermoso?

Pero su jefe trabajaba en bienes raíces, viajaba por todo el país en busca de buenos negocios y desde hacía algunos años se había radicado en la costa este de los Estados Unidos. Se dedicaba a vender esas casas así, antiguas, señoriales y se imaginaba que él mismo viviría en una de esas

mansiones campestres.

Esa noche, cuando llegó a su departamento tuvo la inquietante sensación de ver una sombra agazapada en las escaleras y se santiguó mientras tocaba su medalla. Rezó en silencio en busca de protección. Ni siquiera se atrevió a ver quién la seguía, pero supo que no era la primera vez que tenía esa sensación.

Pensó en ese loco universitario, pero se dijo que fue hacía años.

Quizás algún perverso la había visto salir del trabajo siempre a la misma hora. Subió corriendo y llegó con la lengua afuera y agitada. Lo suyo no era el deporte, nunca había sido buena corriendo ni en ninguna disciplina.

Cerró la puerta con varios cerrojos y luego miró hacia la calle.

Estaba desierta, no había nadie y sin embargo a la distancia tuvo la sensación de que había algo maligno agazapado en la oscuridad mirándola. Se persignó y rezó y cerró todas las ventanas.

Entonces sonó el teléfono.

Era su novio Peter, qué alivio oír su voz.

—Peter. ¿Cómo estás? ¿Vendrás el sábado?

—Me temo que no podré ir. Surgió un imprevisto y deberé quedarme una semana más en May, pero ¿qué tal si vienes tú? Mandaré a mi chofer a buscarte y pasas el fin de semana aquí.

Prudence vaciló.

—Quieres que vaya?

—Por favor. Te echo tanto de menos preciosa. Me pregunto sí... podríamos pedir autorización al padre Alfred y casarnos antes. Falta tanto para nuestra boda. Tanto tiempo. Demasiado.

Ella sonrió.

No era la primera vez que se quejaba de la espera. Se preguntó si no se moría por hacer el amor como ella, cada vez que la besaba se sentía volar. Empezaba a sentirse sola en esa ciudad, sola porque no estaba con Peter ni con sus padres. Ni con sus amigas. Vivir sola fue divertido al principio. Hasta que comenzó a sentirse vigilada. A imaginar que una sombra la seguía. El diablo estaba detrás de sus pasos.

—Está bien, iré. Te echo mucho de menos.

—Cielo, deja ese trabajo y conviértete en mi esposa. Ya no quiero esperar, te necesito aquí.

Prudence tembló al recordar sus besos y caricias. Habían pasado una noche juntos, en su casa cuando se vieron el mes pasado. Pero no hicieron nada. Y sin embargo sintió cuánto la deseaba y cuánto la amaba.

Amor a primera vista, eso le dijo su novio entonces. Que en el instante en que la vio supo que quería que fuera su esposa.

Y ella sintió algo especial cuando fueron presentados por el padre Alfred líder de la congregación cristiana. Vio un hombre agradable y bueno, su

mirada era franca y...

Iría el sábado por supuesto, al diablo su jefe y la casa embrujada.

No quería quedarse sola el fin de semana.

—Iré, lo prometo. También te extraño, ¿sabes? —le dijo.

Sus padres no le perdonarían que hiciera una boda apurada y escondida pero no le importó.

Su estancia en la ciudad llegaba a su fin. Ya había estudiado, progresado, hecho unas pocas amistades y siempre volvía al departamento a sentirse sola y vulnerable. Odiaba sentirse así. Fue un gran paso dejar su casa y las comodidades y a sus padres sobre protectores. Estudió en la universidad, y le fue bastante bien pero ahora quería tener una familia, formar su familia. Y dedicarse a su esposo y a sus niños. Quería tener una familia numerosa y le encantaba May.

Suspiró pensando en Peter. Sabía que era el hombre ideal, como caído del cielo y mientras preparaba su cena de vegetales y pollo y picoteaba algo dulce. Siempre comía algún bocado dulce cuando estaba nerviosa y prendió la tele para sentir una voz.

Quizás vivir sola la estaba afectando.

O tal vez fue su jefe que le habló de la casa embrujada. Cada vez que alguien le hablaba de fantasmas o demonios comenzaba el terror, el tormento, las pesadillas y la sensación de que mencionar al maligno era como llamarlo.

Comió las galletas y luego atacó el balde de helado de chocolate y nueces, todo lo que encontró y entonces se metió en la cama y suspiró.

No quería pensar en nada y puso una documental sobre la vida marina para tranquilizarse.

\*\*\*\*\*

Pensó que ese viaje le haría mucho bien, pero al día siguiente mientras lo planeaba pensó que debía llamar al padre Alfred. Su jefe se lo había pedido. Quizás no fuera tan ateo como decía. O esperaba que la casa dejara de ser tan sombría.

Así que a media mañana llamó al padre Alfred.

—¿Berestford house? —preguntó intrigado.

—Ha oído hablar de la casa, ¿padre Alfred?

—Sí...—pareció vacilar—nunca ha podido ser habitada y es muy triste que sea parte de lo más antiguo de Boston.

—¿Entonces, ayudará al señor MacNeil?

—Por supuesto, pero he oído que ya lo han intentado, Prudence.

—Que ya lo han intentado?

—Sí, en el pasado. Pero no tuvieron mucho éxito al parecer. Esa casa está endemoniada y has hecho bien en no aceptar visitarla.

—¿Entonces no cree que tenga arreglo, padre?

—Quizás... es que no sé qué hay allí, pero he oído historias muy

tristes de personas que han perdido la vida por algo malo que les pasó mientras vivieron allí. Es como si esa casa tuviera vida y fuera maligna y peligrosa. Muy peligrosa.

—Ay padre, me está asustando.

—No es mi intención Prudence. Lo siento. Sólo he sido sincero. No me parece bien que esa propiedad se venda y siga ocasionando muertes. Deberían derribarla.

—Pero usted siempre ha sido bueno bendiciendo casas y expulsando entes malignos.

—Quizás. Pero algunas veces he fracasado Prude. Y las historias que se cuentan de esa mansión no son muy alentadoras.

Prude no imaginó que sería así pero luego de haber leído las páginas no le sorprendía.

—Debo hablar con mi jefe, explicarle—dijo al fin.

—Eso sería lo más prudente, creo. Pero no creas que me niego a ir. Iré si me necesitan y avisaré a la hermana Mary, aunque ella ahora está en California ayudando a una familia que ha perdido a un ser querido, regresará la semana entrante.

Prude buscó la oportunidad de hablar con su jefe, pero ese día estaba bastante complicado todo. Un nuevo proyecto de venta acababa de entrar, un nuevo barrio privado en las afueras de la ciudad captó toda su atención y

apenas cruzaron un saludo en todo el día.

Quizás se olvidará de esa mansión siniestra. A fin de cuentas, sólo lo hacía para ayudar a un amigo, por hacer un favor más que nada. Él tenía muchas más fincas para vender y trabajaba en ello. Era una de las empresas líderes en venta de propiedades y también en diseño de barrios privados.

Entonces pensó en su novio, faltaban sólo dos días para verle. Era jueves y sabía que el sábado pasarían por ella a media mañana para llevarla a la antigua Providence. Al pueblito de May. Y se quedaría el fin de semana con su novio. Y quizás pudieran adelantar su boda. No era la primera vez que se lo pedía. La echaba mucho de menos ahora que sólo se veían cada quince días. Hubo un tiempo en que casi salían a diario, cuando él tuvo que terminar un proyecto en la ciudad de Boston.

Suspiró mientras abandonaba la oficina para ir a almorzar.

Su amiga Nelly Ashton se le unió poco después.

Notó algo raro en ella, no hacía más que sonreírle de forma misteriosa y de pronto, luego de devorar su ensalada repleta de lechuga, pollo y tomate le dijo:

—Sabes qué dicen ahora en la oficina?

Prude sabía que tramaba algo.

—Supongo que dirán que me veo más ridícula que nunca que si pienso que estoy en el convento o algo así.

Su amiga negó con la cabeza sacudiendo sus rulos apretados de permanente.

—No, no te critican. Dicen que tu jefe irlandés tan guapo y tú... se revuelcan en su oficina. Y que por eso tú te vez distinta. Sospechan que te has quedado embarazada de él. Y ya no eres virgen.

Prudence se atragantó con un trozo de pastel de queso y su amiga tuvo que auxiliarla.

—Oh por dios, son una manga de malditos—dijo al fin.

—Bueno, es que los vieron muy acaramelados conversando y dicen que él... que él te sigue como perro alzado a todas partes y tú te has puesto más pechugona porque esperas un bebé.

Prude se puso colorada como un tomate.

—Qué mierda de gente. Me critican por mi forma de vestir, por ser religiosa, por no usar ropa a la moda y ahora dicen que ...

—Dicen que te comes a tu jefe y envidian tu suerte por supuesto. Sabes que aquí todos creían que el tipo era gay, porque a ninguna prestaba atención hasta que apareciste tú. A ti sí te mira y me pregunto sí...

—¿Te preguntas qué? Diablos.

—Se preguntan si ya te has cogido a tu jefe, nena, eso. Si has decidido entregarle tu virginidad.

Ahora Prude sí que estaba indignada.

—Por supuesto que no, ¿qué te pasa? Mi virginidad es para mi marido y tú sabes que estoy comprometida y pienso entregársela en mi noche de bodas.

—Ay Prudence, nadie aquí cree eso. piensan que lo de la virginidad es puro cuento y que en realidad eres una zorra regordeta y taimada en busca de asegurarse el futuro cogiéndose al jefe.

—¿Regordeta yo? Malditos. Pues a la mierda con lo que digan esas ratas de escritorio. Me tienen sin cuidado lo que piensen. Yo no soy así, soy una joven decente que sabe bien su valor. Además, no necesito revolcarme con ningún jefe para progresar en esta vida—Prude estaba tan furiosa que se pidió otro postre. Casi sentía ganas de llorar por todo eso y dijo: —Son tan rastreros y malditos. Nunca ven el bien en ningún lado. Siempre piensan lo peor de todos. Y para que sepan, mi jefe es el hombre más serio y caballero que he conocido y si no fuera así, pues yo habría renunciado hace rato.

Nelly asintió.

—Sí, ya sé, son unas ratas que cuchichean sin parar. Están muertas de envidia todas ellas. Querían acostarse con el jefe irlandés tan serio y tan guapo y como no pudieron inventaron que era gay. Pero no creo que sea gay para nada. He notado como te mira.

Prude miró a su amiga ceñuda.

—¡Tú también! Por favor deja de decir esas estupideces. Soy una

mujer comprometida y si algún día decido dar el mal paso será con mi futuro marido y no con un hombre que no me llama para nada. Ni que fuera tan estúpida.

Su amiga hizo un gesto de que se calmara.

—Está bien, lo siento, de veras. Sólo quise preguntarte porque no dejan de inventar cosas de ti y el jefe MacNeil.

—Son inventos, no hay nada. Ciertamente que estoy deseando dejar la ciudad y largarme de aquí. He soportado demasiado por ser independiente. Y ahora hay alguien siguiéndome, ¿sabes?

La cara de su amiga cambió.

—¿Alguien siguiéndote? ¿Pero lo has visto de nuevo?

—No, no lo he visto todavía, pero siento su presencia es como una sombra y ayer justo hablaba con mi jefe sobre esa maldita mansión embrujada de Boston y luego...

Prudence le contó a su amiga de la invitación de su jefe a vender la mansión. Ella la escuchó muy atenta.

—Conmigo no cuentas, Prude, ni loca me voy a ese lugar. Ya he visto suficientes películas de terror sobre mansiones que tienen vida para tratar de investigar por mi cuenta si esas historias son reales o puro invento.

—Pues yo tampoco pienso ir, pero...

—Prude, despierta. Tu jefe está invitándote a salir, ¿no lo ves? Quiere

encerrarte en una mansión embrujada para que te mueras de miedo y así él rodearte con sus brazos y besarte, hasta que los nervios pasen.

Su amiga pelirroja se puso colorada.

—¿Otra vez con eso?

—Ay por favor, es evidente. Él siempre envía a sus asistentes a vender esas mansiones encantadas o con historias turbias de fantasmas. Tiene un grupo bien entrenado para ello. Ya sabes, hablan, hablan y hablan y convencen a los compradores de llevarse el clavo de sus vidas. Son contratados con ese fin. Tú no estás para eso, además, tu trabajo es distinto. Nunca te pidió que fueras la anfitriona de una casa de esas.

—No, es verdad, pero....

—Espabila bobita, el irlandés está detrás de ti. Y yo creo que a ti te gusta él, aunque digas que no. Lo cual es muy normal porque ese hombre tiene un físico estupendo, alto, fuerte y su voz... yo adoro su voz. Tiene un acento y una forma de tratar a las mujeres... Nunca creí esa historia de que fuera gay y supe que era como una especie de maldad porque no se fija en las mujeres de la empresa.

—Bueno, pues me alegra saberlo. ¿Por qué no sales tú con él?

Su amiga sonrió.

—Si me invitara no me lo pensaría ni un segundo. Pero no. No soy su tipo y punto. Le gustan las chicas rellenitas como tú. Vamos, no puedo

competir con esa delantera. Ninguna puede.

Prude la miró molesta.

—Pues mi delantera y mis encantos son para mi marido, díselo a esas ratas de oficina para que dejen de molestarme con sus historias de romances sucios.

—Prude no te enfades, no es mi culpa. Siempre dirán algo. Son unas perras envidiosas. Pero tú dijiste algo que me preocupó al comienzo. ¿Alguien ha estado siguiéndote?

—Sí, es verdad. Pero como no vi a nadie no puedo ir a la policía. No me creerían. Quizás sólo eran sombras.

—Sombras? ¿Te refieres a los fantasmas?

—Sí... hace tiempo que los veo, luego de mudarme. Quizás sea eso, pero me da miedo andar sola. Yo nunca fui así, pero...

—¿Y si es un maldito psicópata? Prude, debes hablar con la policía. A lo mejor anda suelto uno de esos pervertidos que siguen a mujeres, eso no es bueno, si te sigue es porque busca algo.

—¿No quiero pensar en eso, me da mucho miedo y no. yo vivo sola entiendes? Si comienzo a perseguirme con eso no podré dormir y ya me pasó. No hay nadie. Pero si lo veo llamaré a la policía.

—Si lo ves ya será tarde bobita, llama ahora, haz una denuncia. Yo te acompaño.

—Ahora no... si veo que se repite sí. Es que no sé si no sea parte de la sugestión o cosa del demonio, tu sabes que si hablas de él o de fantasmas es como si lo atraieras.

Su amiga meneó la cabeza nada convencida.

—¿Y si es real? Tú crees que es una sombra, un espectro maligno, pero puede que sólo sea un maldito pervertido acechándote y así empiezan, vigilan, acechan y el final es trágico.

Prude se quedó muy nerviosa con esa conversación, su amiga tenía razón, había muchas desapariciones misteriosas en la ciudad y ella estaba en esa edad en que podía ser la presa de un maldito enfermo. Vivía sola, sin sus padres, sin un novio que la cuidara, aunque hoy día los novios no cuidaban demasiado de nadie según se quejaban sus amigas.

Quizás debiera ir a la policía o chequear las cámaras de su edificio.

No, no quería que pensarán que estaba paranoica.

Pero sí debía protegerse.

—Nelly, tú sueles llevar algo para defenderte en tu bolso, un día mencionaste algo.

Su amiga sonrió y buscó en su bolso.

—Llevo gas pimienta. Por si se acerca algún maldito pervertido. Es práctico y te lo venden en cualquier tienda. El tema es que debes ser rápida. Apenas sientes que te siguen toma el spray y se lo tiras directo a los ojos.

Quedará ciego durante unos cuantos minutos y eso te dará tiempo a correr y pedir ayuda, pero ... no es más que una posibilidad y no muy buena. Me refiero a que, si planea atacarte, si quiere someterte planeará todo con cuidado y tú no practicas deporte ni... a veces es cuestión de reflejos, eso tampoco garantiza que puedas escapar de un chiflado. Lo mejor es que hagas la denuncia, que alertes a la policía por si anda alguien merodeando.

Prudence pensó que debía conseguirse ese gas pimienta. No era buena corriendo ni haciendo ningún deporte. Nunca lo había sido y aunque le gustaba dar caminatas por el parque una vez por semana, eso no era suficiente para estar en forma.

Pero estaba preocupada. Sin embargo, cuando regresó al trabajo su jefe la envió buscar y ella llegó muy nerviosa a su despacho pensando en las habladurías de los oficinistas. Qué malvados. Ella no tenía ningún interés en su jefe y estaba segura que él tampoco, pero bastaba con que hubiera un jefe cañón y una secretaria de curvas tentadoras para montar un romance. Para decir que ella se acostaba con él. Qué espanto.

Él la miró muy serio, se veía malhumorado ese día, algo que era frecuente. Ese hombre vivía obsesionado por el dinero, los negocios y no estaba nada interesado ni en las mujeres ni el romance. Seguramente tendría alguna mujer para salir, o varias... A esos hombres ricos les alcanzaba con levantar el tubo del teléfono y tender todo aquello que desearan: sea la

compañía de una chica o de un hombre si les apetecía. O ambos... el libertinaje que reinaba en esa ciudad era repugnante. A Prude le provocaba repugnancia pensar en esa abominable promiscuidad de hombres y mujeres acostándose con todos como bestias saciando su lujuria, sin pensar en nada más, sin sentir nada en absoluto.

—Señorita Prudence siéntese por favor.

Prude apretó los labios y obedeció sintiendo sus mejillas encendidas. Al demonio con las habladurías, con los cotilleos de oficina. Ella no estaba interesada en su jefe.

—Señorita Prudence, surgió un problema y debo partir. Quisiera encomendarle que enviara a ese sacerdote a Berestford house este fin de semana o en cuanto pueda. Le dejaré una copia de las llaves.

—Oh señor MacNeil...

Él sostuvo su mirada, muy serio.

—¿Qué ocurre, señorita? ¿Cree que no podrá manejar la oficina en mi ausencia?

—No es eso... es que ayer hablé con el padre Alfred y él dijo que en el pasado se intentó bendecir el lugar sin demasiado éxito. La hermana Mary se encuentra ausente y temo que este fin de semana sólo podría ir el padre Alfred.

—Bueno, comprendo. No se preocupe tanto. Al menos lo intentaremos.

Envíe al padre con los vendedores Samuel y Joshua. Los conoce usted, son los encargados de enseñar las propiedades. Queda eximida de ir, por supuesto, sé que eso le asusta.

—Se lo agradezco. Además, este fin de semana no estaré aquí.

—¿Se irá de viaje? —preguntó interesado.

—A Providence.

—Oh, irá a visitar a su novio arquitecto.

Parecía algo picado con eso, pero Prude pensó que en realidad lo que le molestaba era que no fuera ella a Berestford house pues tenía la esperanza de venderla. Todo lo que no estuviera relacionado con sus casas, negocios o barrios nuevos no tenía interés para él.

—Estaré ausente esta semana, pero regresaré en cuanto me sea posible. Pero puede escribirme al Messenger si lo desea o llamarme si tiene algo urgente que decirme por supuesto.

Prudence sonrió y le deseó buen viaje.

Él le dedicó una amable sonrisa y luego su celular sonó y la olvidó. Por completo. Ciertamente que Prude no entendía de dónde habían sacado que ese jefe estaba interesado en ella.

Regresó a su trabajo y luego, a la salida la llamaron los organizadores para preguntarle detalles de la fiesta. Siempre lo hacían.

También tenía pendiente el vestido. Todo estaba casi listo para la boda

y esa noche al regresar recordó la sombra y tembló. Porque nada más llegar a su edificio vio un hombre parado en la otra esquina mirándola mientras hablaba por celular.

Luego ese hombre de traje sport gris se alejó mientras hablaba por su celular.

No era él. No era nadie. Debió imaginarlo. La calle quedó vacía y ella entró corriendo a su departamento. Ya era costumbre hacerlo, no sabía bien por qué. Debía dejar de perseguirse y pensar tonterías, vivía en un lugar muy tranquilo. No había robos, ni asaltos ni chiflados. De haber pasado algo grave se habría enterado.

Pero entonces, mientras buscaba la llave sintió su presencia, su presencia maligna cerca de allí y levantó la vista nerviosa. Rayos... quiso gritar, pero no pudo, estaba paralizada y sintió sus manos sudorosas aferrarse a las llaves mientras sus ojos contemplaban con terror a ese misterioso sujeto alto de jeans y camisa observándola a la distancia.

Lo conocía, ya lo había visto antes, y cada vez que se lo encontraba sentía esa sensación de terror mezclada con un deja-vu intenso.

Parecía un yuppie o uno de esos jóvenes que merodean los bares. Y sin embargo había algo oscuro y siniestro en su estampa, algo que resultaba amenazante. Se quedaba parado a la distancia observándola, mirándola inmóvil, sin hacer más que eso y luego, puf, desaparecía. Como un demonio.

Como un espectro de la oscuridad. Prude quiso persignarse, pero no pudo, entonces musitó una oración en silencio mientras abría la puerta del edificio y corría hasta el ascensor. Nada de escaleras esta vez. Quería llegar muy rápido.

El ascensor la estaba esperando así que lo tomó y con el corazón palpitante llegó al tercer piso y se detuvo aterrada al ver a un hombre parado frente a su puerta. Él la miró con expresión divertida.

—Lo siento, no quise asustarla señorita. Soy su vecino, me llamo Albert y hoy dejaron este paquete en mi departamento por error.

Prudence se detuvo en seco y vio de cerca al misterioso vecino, lo había visto mirándola a hurtadillas, pero jamás la saludaba ni hablaba con nadie. Iba al trabajo, iba al gimnasio y regresaba sin amigos, sin citas. Ahora que al fin le veía bien la cara lo notó muy raro. Tenía las pupilas muy dilatadas y era muy blanco, como si nunca tomara sol. Las cejas eran gruesas y sus ojos tenían una mirada extraña.

—Gracias... es que lo vi parado frente a mi puerta y...

—¿Te asusté, preciosa? Tranquila. No muerdo. Vives sola aquí, nadie viene a verte. Siempre me he preguntado si no eres una adolescente que huyó de casa porque no te sentías cómoda con el nuevo novio de tu mami.

—No escapé de mi casa ni soy una adolescente.

Prude habría deseado tirarle ese paquete por la cabeza, pero no se atrevió, el sujeto estaba allí y no tenía intenciones de marcharse.

—Pero te ves muy joven, lo siento, no quise ser entrometido. Una chica como tú viviendo sola en la ciudad. Es peligroso. Hay tanto enfermo aquí.

—Bueno, yo no pienso en eso, debo salir a trabajar y hacer mis cosas. Pero gracias por preocuparte...

—Andrew Jefferson. Encantado. Prudence Abigaíl Hamilton—dijo señalando el nombre del paquete.

Ella sólo quería entrar a su casa, pero él no se iba y miró a su alrededor espantada. Era la primera vez que ese hombre misterioso le dirigía la palabra y no le gustaba nada esa mirada libertina que tenía, siempre la miraba cuando se volvía.

—Gracias... debo entrar al departamento—dijo.

Él sonrió.

—Claro, disculpa. Estaba de salida. Debo ir al gym ahora. Pero quería presentarme. Es bueno tener un vecino a quién acudir si nos pasa algo. Vivimos tan solos aquí. Tan aislados. Si lo piensas, en este edificio viven más de 60 personas y son todos extraños. Gente a la que nunca has visto la cara ni siquiera saludan. Pero tú eres distinta. Eres muy tierna y jovencita. Sola aquí. A veces temo que algo te pase. Eres algo descuidada, dejas la puerta abierta y le abres a cualquiera sin avisar.

—Tengo un arma que me dio mi padre, no te preocupes y él me enseñó a tirar. Soy de Saint George.

Esas palabras lo sorprendieron, pero luego rio como si no le creyera una palabra.

Prudence aprovechó que se había corrido para abrir la puerta y no le importó si la consideraba una maleducada no quería seguir esa conversación, ese hombre le puso los pelos de punta. Así que sabía que era descuidada, que vivía sola y que parecía una adolescente escapada de casa.

Entró y cerró todo con cerrojo y estaba temblando porque vio a través del ojo en la puerta que él seguía allí mirándola y dio un paso atrás aterrada.

Era él, ese hombre había estado siguiéndola, espiándola. Sabía las horas a las que llegaba y también que era una descuidada. ¿Acaso era un figón, un maldito psicópata obsesionado con ella? Y todo ese tiempo había sido su vecino serio y reservado, el deportista, yuppie... y sólo era un loco con distintos disfraces.

Sintió tanto terror que estuvo a punto de llamar a la policía, pero al ver que se marchaba se tranquilizó. No podía entrar, la puerta estaba blindada.

Debía tranquilizarse, quizás sólo quiso ser amable y era un sujeto extraño. Si hubiera querido hacerle daño lo habría hecho mucho antes.

Sin embargo, su mirada, su voz, todo le provocó escalofríos y entonces, para colmo de males sonó su celular.

Era su padre. Siempre la llamaba cuando algo malo pasaba.

—Cariño, ¿estás bien?

—Sí...

—Tu madre quiere saber cuándo vendrás a vernos. Te echamos mucho de menos, Prudence. ¿Está todo bien?

—Sí, papá es que... acabo de recibir un paquete y corrí para abrirlo.

—¿Un paquete? ¿Qué paquete es ese?

—Todavía no sé... no tiene nombre... a ver espera.

Prudence tomó el paquete y lo abrió con curiosidad.

Era un regalo de bodas, rayos, qué bonito era. Se lo dijo a su padre.

—ES un regalo de bodas, una fuente de plata con un hermoso mantel. Y me lo envió tía Amy. Oh qué detalle. Pero olvidó que debe enviarme los regalos a Providence.

El presente la animó bastante y la hizo pensar que pronto se casaría con Peter. Tenía otros regalos cuidadosamente guardado y lo dejó allí con los demás.

—El sábado iré a Providence, pero puedo verlos más tarde, le pediré a Peter que me lleve a casa un momento.

No le dijo a su padre del incidente, no quería preocuparlo. Sin embargo, intuyó que de alguna forma él lo sabía. Lo intuía. Siempre se preocupaba, no le gustaba que viviera sola y pensaba que la ciudad era peligrosa. Pero ella trataba de tranquilizarlos y siempre volvía a un hora temprana al departamento. Muy rara vez salía de noche y si lo hacía volvía en

taxi. Tenía amigos de la congregación y su vida era muy tranquila. Y ciertamente que no quería enloquecer a todos para que la cuidaran como si tuviera cinco años, ya era adulta y le gustaba su independencia. En ocasiones se sentía un poco sola sí, pero... era normal. Llevaba más de un año viviendo en Boston y le gustaba, no quería salir corriendo porque un vecino le dijo un par de tonterías.

Buscaba algo con ella, o quizás no tuviera con quién charlar o estuviera bajo el efecto de alguna sustancia. Pues por lo general ese sujeto no hablaba con nadie y ni siquiera la saludaba.

Trató de no darle importancia. Pero no podía sacarse de la cabeza lo aterrada que estuvo el momento que ese hombre se plantó frente a su puerta y no la dejaba pasar.

\*\*\*\*\*

Fue un alivio poder tomarse un fin de semana lejos de ese edificio y la ciudad y reunirse con su novio. Providence tenía mucho encanto pues Saint Denis conservaba la magia de antaño, era un lugar poco poblado y lleno de casas antiguas, lagos y parques. El barrio que estaba diseñando su novio iba viento en popa y emulaba la estructura original, era una réplica de cómo había sido en los primeros tiempos la ciudad pintoresca.

El chofer de Peter fue puntual y tardó dos horas en llegar.

Fue entonces que él dejó lo que estaba haciendo y fue a recibirla a

Providence.

Sus ojos brillaron de alegría al verla y ella tembló al pensar que su futuro marido era mucho más guapo de lo que recordaba. Siempre vestía impecable, formal y esos lentes cilíndricos le hacían parecer intelectual, guapo, interesante...

De inmediato tomó su maleta y la rodeó con sus brazos para darle un beso. Hacía más de dos semanas que no se veían.

—Prude, os eché tanto de menos—dijo y ella se sonrojó al estar entre sus brazos.

—También yo, mi amor—respondió.

Él la condujo al interior de su casa y allí volvió a abrazarla, a besarla, a quedarse así un momento como si no quisiera que ese momento de mágico encuentro terminara.

—Prude, deseaba tanto verte. Se me hace tan difícil pensar que cada vez espaciamos más nuestros encuentros. Es que quisiera tenerte aquí ahora.

Ella respondió a sus besos y luego se miraron y le dijo que también lo extrañaba.

Su celular sonó, él de ella, el de él... ninguno atendió.

—Estos malditos aparatos, jamás dejan de molestar—se quejó su novio y apagó el celular.

Luego fueron a recorrer Saint Denis, a ver cómo iba la construcción

del barrio privado y de su nuevo hogar. Una casa moderna, pero con inmensos jardines, parques y un lago para pescar pues su novio era muy adepto a la pesca. Era uno de sus deportes favoritos.

Prudence observó lo mucho que había progresado y pensó que terminaría mucho antes de lo esperado.

—¿Cuándo estará lista? —preguntó.

Él sonrió. Sus ojos cafés brillaron de entusiasmo al hablar de lo avanzadas que estaban las construcciones.

—La iglesia tardará un poco más, pero nuestro nido de amor creo que estará listo en un mes.

—¿Un mes, nada más?

Él la rodeó con sus brazos y le dio un beso ardiente.

—Por favor preciosa, puedes mudarte a mi casa. Casémonos aquí ahora. Hablaré con el padre Alfred y...

Prude sintió el corazón latir acelerado.

—El padre Alfred tuvo que viajar a Berestford house, a bendecir una casa—respondió ella mortificada.

—¿De veras? Vaya, no lo sabía.

—Es que yo se lo pedí, mi jefe quiere vender esa casa y al parecer no puede porque está embrujada.

—Berestford house... vaya. dicen que es el hogar del demonio. ¿Por

qué fue el padre Alfred? Es un hombre mayor y ese sitio es peligroso.

Su novio estaba alarmado y molesto.

—¿A qué hora irá?

—No lo sé, dijo que iría temprano, luego del mediodía.

—Tengo que impedir que haga esa locura. Su vida corre peligro Prude, esa casa es infernal. Deberían demolerla maldita sea, incendiarla para purificar la gran maldad que hay allí. No hay otra posibilidad.

—Lo siento, no sabía que fuera tan peligrosa, de veras.

—Por supuesto, tu jefe sólo piensa en los miles de dólares que cobrará por venderla, a cualquier precio supongo. Pero según he oído hace muchos años que la casa está deshabitada por esa misma razón.

Su novio tomó su celular y tuvo que encenderlo para llamar al padre Alfred. Prudence lo vio alejarse y se sintió mortificada. Nunca pensó que la vida del padre Alfred corriera peligro y escuchó muy atenta la conversación.

—Padre Alfred, olvide ese lugar. No vaya. Sé muy bien lo que digo, otro padre la congregación de Nueva York quiso ir a Berestford hace cinco años y murió.

El padre sin embargo no se asustó, quería ir.

Cuando Prudence escuchó la historia de las muertes contada de boca de su novio pensó que su jefe era un completo insensible. Un maldito egoísta que sólo pensaba en hacer más dinero como muchos ricos.

Su novio dejó el celular y tomó su mano.

—Ven, olvidemos esto. El padre quiere ir, pero no iré solo, un grupo de la congregación lo acompañará. Quizás sean de ayuda, pero no me gusta nada esto y me deja muy intranquilo.

Recorrieron la casa, pero Prude notó que su novio seguía muy preocupado por el padre Alfred y el encanto de ese recorrido parecía haberse perdido. Por más que él le enseñara la disposición de las habitaciones y se adentraran en los jardines, lo notó serio. Como disgustado.

Y mientras contemplaba el lago a la distancia rodeado por esos parques espléndidos de arboleda y plantas exóticas Prude miró a su novio y le dijo:

—Debo ir a convencerlo, a decirle que no vaya. Esto es mi culpa, Peter.

Su novio la miró sorprendido de sus palabras.

—No digas eso, no es tu culpa, Prude. Tú no sabías que fuera tan peligrosa. Debiste preguntarme, soy arquitecto y conozco bien las propiedades de este distrito, casi todas. Pero tú qué ibas a imaginarlo. Ven aquí... no temas. El padre Alfred es un elegido, es un hombre muy bueno y sé que tiene una protección especial.

Ella se dejó envolver por sus brazos, lo necesitaba tanto.

Y entonces él la besó y la miró con intensidad.

—Iba a pedirte que te quedaras aquí, deja ese trabajo. Es peligroso que vivas sola en Boston. Son tiempos tan violentos y crueles.

Ella parpadeó inquieta.

—Pero los preparativos de la boda?

Él sonrió.

—Es que no puedo esperar tanto, cielo. Quiero que seas mi mujer y vivas en mi casa hasta que se termine de construir nuestro hogar definitivo, aquí.

Prudence se sintió tentada de aceptar.

—Hablaré con el padre Alfred, él nos casará y luego anotaremos nuestra boda en la oficina del distrito. Para mí lo importante es tener la bendición, lo demás es un papeleo legal. ¿Qué dices?

Prude sonrió y él besó sus labios allí, en el medio donde sería su nido de amor futuro. Sintió cómo todo su ser respondía a sus besos y ardía de deseo. Ella no era ninguna pacata ni tonta como la creían en su oficina. Se moría por hacer el amor con su futuro marido, por ser suya y le importaba un rábano dejar ese departamento y ese trabajo.

—Sí, por supuesto que sí—dijo.

Él sonrió feliz y volvió a besarla y luego, poco después regresaron a su casa para almorzar y estar juntos.

—Pero necesitaré un vestido—dijo de pronto sentada en el comedor

principal mientras devoraba una empanadilla de salmón.

Peter sonrió.

—Puedo comprarte uno, el que quieras. Aquí hay varias tiendas de vestidos de novia. Eso es lo de menos.

—¿Y cuándo nos casaríamos?

—La semana próxima, hablaré con el padre Alfred y luego anotaremos la boda en la oficina. Conozco gente allí que me haría ese favor y ni siquiera tendremos que ir. O tal vez sí.

Prudence pensó que era muy pronto.

—Pero tengo todas mis pertenencias en el departamento—dijo—deberé hacer la mudanza y luego entregar las llaves y las carpetas del trabajo.

—Eso puedes hacerlo por encomienda. No te preocupes por nada, sólo di que sí y yo organizaré todo.

Prudence sonrió encantada y a media tarde fueron a visitar a sus padres. Ellos esperaban su visita con ansiedad. Su madre estaba preocupada por ella y le preguntó cómo iban las cosas en la ciudad.

—No se preocupe señora Hamilton, su hija se mudará a mi casa la semana próxima. Acabo de pedirle para adelantar la boda y ella ha aceptado.

Sus padres se miraron sorprendidos.

—Oh, pero no han avisado nada.

—Es que ella acaba de decirme que sí, me llevó un tiempo

convencerla—respondió Peter.

—Bueno, esto merece una celebración, traeré una botella de mi mejor vino añejado—dijo su padre.

Prude sonrió feliz mientras su novio tomaba su mano.

Era todo tan inesperado que de pronto se sintió nerviosa. No debía estarlo, estaba más que lista para casarse, pero de todas formas sentía cierta ansiedad al pensar en el futuro. Dejaría Boston para convertirse en la esposa de un hombre maravilloso.

—Prude, ¿algo te preocupa? —le preguntó su madre mientras iban en busca del postre.

Ella la miró nerviosa. Sabía cuánto se preocupaban por ella y no quería contarles la verdad. Que por momentos le daba terror pensar en su noche de bodas. No porque fuera una pacata, pero...

—Estoy bien, mami, feliz. Deja de preocuparte. Sólo pensaba en el padre Alfred—en realidad era cierto en parte.

—¿El padre Alfred? No entiendo.

Prude le habló de la casa Berestford y su madre se puso muy seria.

—Ese lugar es un espanto, ¿por qué lo enviaron allí?

Su madre también estaba al tanto de lo que pasaba en la mansión del bosque y le contó otras cosas que le helaron la sangre y la hicieron sentir peor.

Pero al menos desvió la conversación a lo que en verdad la

preocupaba.

Cuando llegaron a la casa de Peter olvidaron por completo al padre Alfred, su novio había bebido demasiado vino y fue ella quien tuvo que manejar de regreso.

—Estoy bien, cielo, estoy bien preciosa—le dijo él.

Y al llegar parecía estar mejor, se había dormido gran parte del viaje y al despertar lo notó más normal.

Era tarde y sólo quería irse a dormir. El vino también le había dado sueño y se desvistió con prisa para meterse en la cama.

Pero mientras se quitaba el vestido largo floreado de manga larga vio a su novio mirándola desde un rincón como un lobo hambriento. Eso le pareció entonces y casi le dio risa.

—Peter, ¿qué haces allí espiándome? —le dijo.

Él sonrió al verse descubierto, pero no se fue como esperaba, sino que siguió mirándola, recorriendo su cuerpo con creciente deseo haciéndola sonrojar hasta las orejas. Se moría por acercarse y tocarla, por besarla y quizás también hacerle el amor.

—Eres muy hermosa Prude, tanto que me vuelves loco con sólo mirarte —dijo.

Ella sintió el corazón agitado al ver que se acercaba para abrazarla, para tocarla. Pronto sería su esposo, no había nada de malo en besarse ni

acariciarse un poco. También lo deseaba y no se vistió ni se puso el pijama largo de algodón, se quedó en ropa interior esperando su abrazo.

Sus ojos buscaron los suyos y de pronto sintió sus besos y sus brazos fuertes estrechándola con fuerza.

—Eres hermosa Prude, eres tan tierna y femenina—le dijo al oído y luego apagó la luz para llevarla hasta la cama de su habitación.

Sabía que no le haría nada, que sólo iba a acariciarla y se dormirían luego abrazados con poca ropa. Él sabía que debía esperar a su noche de bodas y que ella era virgen. Se lo dijo cuando comenzaron a salir y eso le gustó mucho más.

“Ya lo había notado” le dijo.

Ella lo había mirado sorprendida y ruborizada.

“Por qué?” le preguntó.

Él sonrió y le dijo muy serio que lo vio en sus ojos, el día que se conocieron.

Pero esa noche Peter estaba distinto. Quizás el vino había liberado al hombre poseído por la lujuria y de pronto Prude notó que había quitado su sostén y besaba sus pechos se deleitaba con ese líquido que comenzó a brotar sin que pudiera evitarlo.

Sentir su sabor y dulzura lo excitó. Era como la primera leche que tenían las madres, pero era su secreto, no quería que nadie supiera y sin

embargo su novio acababa de beberlo y eso lo volvió aún más loco de deseo.

Ella cerró los ojos y tembló al sentir que mamaba de sus pechos hasta saciarse, de uno y luego del otro. Gimió de placer al sentirse vaciada y también que aflojaba la tensión y su pubis se humedecía por las caricias y un deseo feroz se apoderaba de ella.

—Prude... Eres tan dulce amor. Creo que esta noche me volveré loco si no te hago el amor—dijo.

Ella lo miró excitada y asustada. Ya no le daba miedo el sexo, pero sabía que no era correcto, debían esperar a su noche de bodas.

—No podemos. Déjame. Sabes que no es correcto. Por favor—le respondió agitada pero entonces vio que se desnudaba y liberaba su miembro grueso y erecto, muy erecto y rosado. Hambriento de ella. Se acercaba como si quisiera atraparla y comérsela.

Pensó que ese vino debía tener algún poder para liberar al macho encerrado en el cuerpo de un caballero como Peter Bradley, él nunca había llegado tan lejos. era la primera vez que lo veía desnudo.

—Por favor, sé que no es correcto, pero ... luego nos casaremos. Lo prometo. Le pediré al padre Alfred—le rogó y la envolvió en sus brazos mientras su miembro se pegaba a su pubis de fuego que ardía como el infierno. Sus besos y caricias la habían excitado y por primera vez deseaba entregarse a su novio y convertirse en su mujer.

Él volvió a besarla y a envolverla con caricias y palabras tiernas preparándola para la cópula. Pero Prude se asustó mucho cuando él en un momento la apretó contra la cama y separó sus piernas para penetrarla.

—No, aguarda, no quiero hacerlo. No quiero—jadeó asustada.

Él se detuvo y la miró.

—No temas, no te haré daño, lo prometo. Por favor.

Peter quería convencerla de hacerlo, volvió a besarla, a brindarle caricias íntimas, pero Prude no quería.

—Sabes que mi sueño es casarme virgen y tú dijiste que lo respetarías. Que querías una esposa virgen para llevar al altar un día.

Sus palabras lo frenaron en seco y se alejó como avergonzado de su arrebató.

—Lo siento preciosa, perdí la cabeza. Creo que fue el vino. Nunca bebo, pero... te amo Prude. Te amo y me muero por hacerte mía. Sufro porque hace meses que no estoy con una mujer, sufro porque me muero por estar contigo y no puedo. Perdóname. Sé que prometí que esperarías.

—Está bien, entiendo. También me dejé llevar, pero no estoy lista para ser tuya en la intimidad. Me da mucho miedo que...

Estaba asustada por esa parte de su anatomía y temblaba de imaginarse a ese miembro ancho entrando en su cuerpo. No imaginaba que sería así y aunque sus amigas bromeaban y fantaseaban con hombres dotados para ella no

era gracioso. Le daba miedo. Quizás no estaba preparada.

Él sonrió y la miró con tanta ternura.

—No debes tener miedo, es la naturaleza preciosa. Todas las mujeres tienen su primera vez. Y sueño con hacerte mi mujer muy pronto.

Él se vistió y le dio un beso fugaz. Prude se había cubierto con la sangre, avergonzada de que la viera desnuda. Pero él no se quedó como lo hizo en el pasado. Dijo que dormiría en su habitación.

Prude se sintió muy extraña, no podía entender por qué de repente se sintió en la gloria besándose con su novio y luego, de repente toda la excitación se convirtió en terror, rechazo. De una forma incomprensible. Quizás las historias que había oído de la primera vez la estaban afectando.

No, no era tan inmadura. Había algo más. En ocasiones fantaseaba que hacía el amor con Peter, se quedaba tan húmeda y excitada pero nunca, nunca habían llegado tan lejos.

\*\*\*\*\*

Sintió su presencia antes de verle, allí, en la oscuridad. Allí estaba ese hombre alto y muy fuerte que la seguía siempre, la vigilaba y la veía entrar en su departamento. Luego se esfumaba.

Acababa de salir del trabajo y tenía que regresar pronto al departamento para juntar sus cosas pues se mudaría con su novio y tenía prisa. Tomó el bus que la dejó a unas pocas cuadras y de pronto lo vio agazapado en

una esquina. Sintió su presencia poco antes de llegar al edificio y tembló. Era él. Ese demonio que la seguía y tuvo la sensación de que la vigilaba desde hacía tiempo, mucho antes de mudarse a Boston. Sentía que alguien la observaba y pensó que era el diablo. El diablo siempre perseguía a las personas que creía podían pecar, o quizás vigilaba que pecara para arrastrarla a la perdición... no lo sabía. Pero en esos momentos le vio con claridad parado en un rincón y a esa distancia no pudo ver su rostro, pero sí sintió su mirada maligna, impía. Quiso correr, alejarse de ese sujeto, pero no pudo, ese demonio apareció de repente y la sujetó por detrás inmovilizándola, arrastrándola a su auto. No pudo correr ni hacer nada, sintió sus manos como garras clavadas en su piel y un graznido que sólo podía ser un demonio.

—Prude, despierta, Prude—dijo Peter—tienes una pesadilla, no es real.

Ella despertó con el corazón palpitante, aterrada para descubrir que quien la tenía atrapada no era el diablo sino su novio, Peter.

—Peter...

—Soy yo, sí, ¿qué soñabas? ¿Quién es ese demonio, Prude?

Ella lo miró aturdida.

—Es una pesadilla, la tengo a veces. Un sujeto que está cerca del departamento y ...

Peter escuchó su historia sorprendido y no pensó que fuera sólo una

pesadilla.

—Prudence, por qué jamás me contaste esto? Has estado sola en ese departamento con un maniático siguiéndote.

—No sé si es alguien real o...

—Peor si es un demonio. ¿Desde cuándo ocurre esto y por qué jamás me has contado nada?

—Es que nunca pasó nada, sólo lo veo a veces.

—Lo ves a veces? Es suficiente saber que ha estado siguiéndote ese maldito psicópata. Siempre lo hacen. Acechan a la víctima antes de matarla. ¿Tampoco has hablado con la policía?

—No, no lo hice. Pensarán que veo cosas porque siempre desaparece y tengo dudas, no sé si es un ser de carne y hueso.

—Por supuesto que lo es. Prudence. Escucha. No quiero que regreses a ese departamento. Te quedarás aquí, ¿entiendes? Al diablo con tu trabajo, con vivir en Boston. Ese ya no es un lugar seguro para ti. Y no entiendo por qué me has ocultado esto que ha estado pasándote, pudo hacerte mucho daño. Y no pienses que es un fantasma, o un demonio. Seguramente no sea más que un perverso acechándote.

—Es que nunca pasó nada, nunca me dijo nada ni siquiera estuvo cerca de mí, ¿cómo esperabas que fuera a la policía? Ni siquiera he visto su rostro para identificarlo.

—Pero el peligro existe, el peligro está latente Prude. Vístete. Ha pasado algo muy triste.

Ella se incorporó aturdida y agradeció tener al menos un pijama largo y floreado.

—Qué ha pasado?

Peter ya se había levantado y se veía mal, disgustado.

—El padre Alfred, Prude. Falleció hace una hora en el hospital.

Prudence no podía creerlo.

—Qué pasó? No lo entiendo.

—Fue esa maldita casa, le dije que no fuera no me escuchó. Quise convencerlo y él estuvo allí, bendijo la casa y los miembros de la congregación dijeron que tuvo un enfrentamiento feroz con algo muy feo. Todos sintieron una opresión en el pecho mientras estuvieron allí pero el padre estaba bien. Aseguró haber expulsado al demonio de Berestford house. Pero esta mañana mientras iba a la parroquia tuvo un paro cardíaco y no pudieron reanimarlo. Falleció hace más de una hora.

—Oh Peter lo siento tanto... ese sueño. Fue mi culpa. Jamás debí enviarlo a ese lugar. Es que no sabía, no imaginaba que...

Él trató de consolarla y la abrazó con fuerza y de pronto la besó. La besó mientras la apretaba contra él con creciente deseo.

—No fue tu culpa, no sabías... sé que no fue tu culpa—dijo.

Prudence lloró y se sintió desconsolada. El padre Alfred era uno de los padres más queridos de la congregación y por culpa de ese irlandés que sólo quería vender la casa del infierno y por ella habérselo pedido...

Se sintió muy mal ese fin de semana. Durante el sepelio y el entierro se mantuvo alejada sintiendo que muchos ojos se posaban en ella sin ocultar su odio. Sabían que era su culpa, que ella lo había enviado a Berestford house.

Y nada de lo que dijera su novio, nada de lo que dijeran sus queridos padres la harían sentirse mejor. Era un padre tan bueno, hacía buenas obras en la comunidad, era muy querido, lo sabía y ella era responsable de su prematura muerte. Sólo tenía sesenta y dos años y los médicos no se explicaban cómo un hombre tan saludable había sufrido ese paro cardíaco. Otros dijeron que fue por enfrentarse al demonio. Escuchó las conversaciones durante el funeral y también sabía que la miraban a ella como la culpable de esa tragedia. Porque la vida del padre valía mucho más que la suya.

Estaba tan triste que no sabía qué haría al día siguiente, una parte suya quería llamar a su jefe y contarle de la tragedia que había provocado, pero él estaba de viaje y seguramente le diría algo como: —Lo siento mucha señorita Hamilton. De veras. Qué tragedia. Puedo compensar a la congregación por supuesto por esta gran pérdida. ¿Cree que cincuenta mil dólares sea suficiente?

Luego del funeral el domingo pensó en regresar a casa de sus padres.

En quedarse allí hasta la boda.

Habló de ello con su novio la tarde del domingo mientras miraban una película bélica para matar el tiempo y descansar.

Él la miró sorprendido cuando dijo eso.

—Quédate aquí Prudence, no puedes regresar a Boston. No lo permitiré.

—Pero debo entregar las llaves, vaciar el departamento.

—Eso no es necesario. Yo puedo hacerlo. O enviar a mis empleados. Empaquetarán todo y lo traerán aquí. No quiero que te muevas de esta casa Prude, acabo de perder al padre Alfred no quiero perderte a ti también.

—No me perderás.

—Te perderé si no hago algo. Eres mi novia y has estado sola en ese departamento y hay un chiflado acosándote. ¿Crees que no es suficiente para preocuparme?

Prude no protestó, sabía que su novio tenía razón, pero en esos momentos estaba triste y deprimida por la muerte del padre y simplemente quería largarse y desaparecer. No tenía pensado casarse la semana próxima y eso ya no le interesaba. Era como si la depresión la invadiera por completo, la depresión y sobre todo la culpa en realidad. Sentía mucha culpa y angustia de pensar que pudo evitar la muerte del padre Alfred.

—Prudence, tranquila, deja de culparte por lo que pasó. ¿También fue

mi culpa sabes? Debí ser más firme, insistir en que el padre Alfred no fuera a esa casa nefasta pero no me escuchó, no quiso escucharme. Él pensó que podría, que nada pasaría. Era muy terco cuando se le metía algo en la cabeza.

Ella lloró y dijo:

—Ahora todos me odiarán por lo que pasó. No lo olvidarán ni yo podré olvidar que fue por pedirle ese favor...

—Prudence, tú no sabías nada de esa casa y en realidad las personas que fueron a la casa están vivas. No les afectó tanto. Pudieron morir y sin embargo eso no pasó. Ahora debes luchar contra la tristeza, el padre no sufrió, se fue en paz y todos aquí le recordaremos con cariño. Recemos por su alma para que tenga descanso eterno y continuemos su obra que es lo que él habría querido. Hay mucho para hacer en la congregación, tú lo sabes. Muchas personas necesitadas de la palabra de Dios, de consuelo y apoyo espiritual y también material. Debemos seguir. No te encierres en tu dolor, ni pienses que ahora todos te mirarán diferente. Nadie sabe que fuiste tú además quién le pidió que fuera a Berestford ayer. Nuestras obras son lo más importante, nuestra labor en la congregación es vital.

—Sí, lo sé, pero...

Prudence lloró y él la abrazó y la apretó contra su pecho y la miró con fijeza. La deseaba, la deseaba tanto y de pronto atrapó su boca y le dio un beso ardiente y desesperado.

Un beso que no despertó nada en Prude, nada más que indiferencia. Sin saber por qué los besos de su futuro marido ya no despertaban su deseo. Debía estar muy deprimida por la muerte del padre Alfred, ciertamente que ese no era un buen momento para nada.

—Prude por favor, no podemos aplazar nuestra boda, quiero amarte y cuidar de ti—le dijo su novio poco después.

Ella dijo que sí porque no tuvo valor para rechazarlo, para decirle que en esos momentos sólo quería largarse muy lejos. que la tierra la tragara prácticamente.

\*\*\*\*\*

Peter regresó a su trabajo el lunes y Prude se quedó en su casa preocupada por todo.

Su madre la llamó a media mañana.

—¿Cómo estás cariño?

—Mal, muy mal, pero sé que debo reponerme.

—No fue tu culpa.

Su madre sabía que estaba triste por la muerte del padre Alfred y se culpaba, no podía evitarlo.

—¿Entonces no regresarás a Boston? ¿Te quedarás en Providence?

—Peter me lo pidió, quiere que nos casemos esta semana, tú sabes... pero en estos momentos no quiero...

No quería casarse diablos ni pensar en el sexo tampoco. Él estaba desesperado y nada parecía haberlo cambiado en ese sentido, pero ella sufría una horrible depresión y no quería nada con la vida.

—Vaya, veo que te afectó mucho.

—Fue mi culpa mamá, lisa y llanamente lo fue. Pues eso. Es bastante ¿no lo crees?

—Cariño no pienses así. Trata de distraerte, de pensar en tu boda. Tu vida cambiará y además trata de no culparte. Al padre Alfred no le habría gustado verte tan triste.

—Sí, eso me dijo Peter ayer, pero... es que estoy molesta. Todo lo que pasó. Fue un descuido imperdonable. Jamás debió pasar.

—Ven a casa cuando quieras cariño, no te quedes sola allí encerrada, no harás más que pensar el día entero.

—Es que no sé, creo que me sentiré mal vaya a donde vaya. necesito hacer mi duelo mamá y Peter no me deja, él no... él no está tan afectado y quiere seguir adelante con la boda.

Hablé sin parar, hablé sin pensar.

—Bueno, Prude, pídele tiempo. Él debe entender que ahora no puedes pensar en bodas ni en nada. Vaya... está muy apurado al parecer.

Sí, estaba apurado. Porque hacía meses que no estaba con una mujer y no quería que vivieran juntos sin estar casados y todo eso. por suerte no había

vuelto a acercarse tanto como el sábado, pero temía que lo hiciera.

—Ese es el problema justamente—dijo Prude. Pero no habló más de ello. No quería preocupar a sus padres. Buscaría la forma de postergar la boda, de hacerle comprender que necesitaba tiempo.

Pero mientras debería sobreponerse a la culpa y a la rabia que la consumían y tratar de hacer cosas buenas en la comunidad. Su prometido tenía razón, no podían dejar de atender las necesidades espirituales y materiales de la congregación.

Excepto que todavía no estaba lista para enfrentar nada y de repente sintió que tocaban a la puerta y tembló. Permaneció paralizada preguntándose si no sería algún miembro de la congregación

—Señorita Hamilton, ¿es usted? —dijo una voz desde la puerta.

Se acercó sigilosa sin saber lo que pasaba y entonces vio que eran de una empresa de mudanzas. Por supuesto, qué tonta era, sus pertenencias del departamento. Habían llegado antes de lo esperado.

Abrió la puerta y recibió las maletas y las cajas.

—Señorita Hamilton, buenos días, por favor firme aquí. Hemos vaciado las pertenencias de su departamento, pero creo que necesitamos saber dónde dejar la heladera, la cocina eléctrica. Su prometido dijo que todo debía ser donado a la caridad. ¿Está de acuerdo?

—Qué bueno, sí es buena idea, pero no lo hablamos.

—Dijo que le preguntara, pero mire no sé si dispone de espacio para los artefactos o quiere que lo dejemos todo en la congregación cristiana del padre Alfred.

Prudence pensó que era lo correcto. En la congregación sabría qué hacer con todos sus artefactos.

—Está bien, pueden llevarlos. ¿Tienen la dirección?

—Sí, por supuesto señorita—dijo el hombre gordo con la encomienda.

—Firme aquí, por favor.

Prudence firmó y pensó que tendría un lindo trabajo acomodando todas sus cosas. Pues no sólo había ropa de todas las estaciones, zapatos, libros, un equipo de música, un set de peluquería... y ese hermoso espejo oval de pie que por nada del mundo habría regalado. Su novio lo sabía por eso no dispuso de él.

En verdad que había sido una buena idea donar la cocina, la heladera, el frezar vertical, la panquequera y todos los artefactos pequeños de cocina.

Estuvo bastante ocupada ordenando todo ese día y al siguiente. La ayudó a sentirse mejor, con la mente ocupada.

Sin embargo, algo la angustiaba. No quería casarse la semana próxima como planeaba Peter y no tenía valor para decírselo. Estaba tan entusiasmado con los preparativos que no se atrevía a decirle que necesitaba más tiempo.

Que sentía su deseo completamente nulo, bloqueado durante las noches

cuando él se le acercaba para besarla. No intentaba llegar más lejos, siempre se detenía a tiempo y sabía cuánto necesitaba sentirla allí cerca, pero... Prude sentía que no quería que la tocara, no dejaba de pensar en ese miembro grueso y enorme listo para hundirse en su pequeño pubis. Sus primas le habían hablado de la primera vez, ninguna se había casado virgen como ella y decían que no había sido sencillo. Una de ellas, Anna, dijo que fue un tormento y que sólo quería que su novio terminara y la dejara en paz, que no lo disfrutó porque estaba demasiado asustada y no quería hacerlo. Lo hizo para no perder a su novio de entonces, porque él no la dejaba en paz y luego al tiempo, la terminó dejándola por otra.

Su mejor amiga Susan le contó algo distinto. Dijo que al principio dolía, luego no. Y que no era un dolor importante.

Prude se dijo que no debía pensar esas cosas. no era una colegiala para preocuparse tanto por la primera vez. Quizás necesitara algo que limpiara su cabeza, como cuando en el pasado sufrió ese ataque en el parque y estuvo semanas nerviosa, con la cabeza embarullada, aturdida. Le habían recetado un sedante entonces.

Pero no era solo el sexo. Era pensar que el matrimonio era muy serio para decidirlo con tantas prisas.

Al menos no tenían problemas de convivencia, él era muy tranquilo y de buen carácter, siempre estaba igual. No sufría cambios bruscos de humor y

la amaba. Siempre se lo decía.

Pensó que luego todo iría mejor.

Acababa de abandonar su departamento. Regalar sus pertenencias y ese sería su nuevo hogar.

\*\*\*\*\*

Entonces un día, a mitad de semana mientras visitaba la congregación como le había aconsejado su novio la llamaron a su celular.

No reconoció el número, pero algo hizo que atendiera.

—Señorita Hamilton. Hola. ¿Cómo está? Siento mucho lo del padre Alfred, de veras. No la llamé antes porque me enteré ayer y estaba impactado.

—Señor MacNeil. Hola. Sí, fue muy triste. Jamás pensé que pasaría.

—Y me han dicho que acaba de presentar su renuncia.

Eso debió dolerle. Mucho.

—Sí. Lo siento, pero luego de que murió el padre Alfred me quedé aquí y no voy a regresar. Lamento hacerlo así, pero...

—Vaya. su novio decidió tomar cartas en el asunto y alejarla de mí.

Esas palabras se oyeron bastante extrañas.

—Es que había un hombre siguiéndome señor MacNeil.

—¿Un hombre siguiéndola? ¿Acaso le hizo daño?

—No, pero me asusté mucho. Y por eso mi novio dijo que debía quedarme aquí, que sería mejor.

—Por supuesto. ¿Acaso no avisó a la policía? ¿Desde cuándo la han seguido?

—Hace unos meses, pero no siempre... sólo a veces y estos días me asusté un poco.

—Comprendo perfectamente. Pero necesito hablar con usted. ¿Cree que podría venir a verme? Yo tuve que regresar antes de lo previsto y necesito hablar un momento. Siento mucho lo que pasó, sé que debió ser muy difícil para usted.

—Realmente sí, jamás debí pedirle al padre Alfred que fuera a esa casa embrujada—se quejó ella.

—No fue su culpa, señorita, soy el único culpable de lo que pasó y lo siento mucho. Por favor, no sé cómo compensarla por esto y... si puedo hacer algo para ayudarla. Dígame, ¿las demás personas están bien?

—Sí... es que nada pasó entonces, sólo sintieron una atmósfera densa y pensada. Fue el padre Alfred quién quedó más afectado. Él vio algo que... señor MacNeil por favor, no venda esa casa. Esa casa no puede ser habitada.

—Sí, lo sé. Hablé con mi amigo, el dueño de la mansión. Él también está considerando demoler el edificio y vender el terreno circundante. Pero todavía no está decidido a hacerlo.

—Si no lo hace habrá más muertes extrañas y él será el único responsable. Y usted, porque lo ayudó a venderla.

—Está bien, creo que tiene razón. Pero el padre Alfred padeció un ataque cardíaco y por su edad... no es extraño. Aunque a lo mejor la visita a la mansión lo afectó de forma muy negativa. No lo niego. Sólo le pido si puede venir a verme mañana. O pasado. Sólo un momento. No quisiera enviarle un cheque por correo ha sido usted una excelente asistente y, además, creo que al menos quiero decirle unas palabras.

—Mañana?

—O el viernes. ¿Cree que podrá? Enviaré a mi chofer a buscarla si me da la dirección.

Prudence aceptó sin pensar. Su jefe parecía afectado y no era para menos, debía sentirse más culpable que ella. Quizás pudiera convencerlo de no vender esa casa infernal.

—Está bien, iré, pero sólo un momento, no quiero quedarme sola en esa ciudad.

Sonaba como maniática, pero no le importó.

Cuando cortó la llamada se sintió mejor ante la perspectiva de hacer un viaje a Boston y cambiar de aire.

Pero no le dijo nada a su novio cuando llegó, media hora después. Se veía cansado luego de una jornada de trabajo y no quería que le dijera que no era buena idea.

Sospechaba que su jefe le haría un regalo de bodas o algo así. Muy de

su estilo seguramente.

Cenaron poco después y luego se metieron en la cama.

Pero no durmieron juntos. Él era muy caballero y pensó que era una tentación para él tenerla tan cerca. Así que Prude se fue a su habitación a descansar y a pensar en esa salida clandestina del viernes. No sabía si era correcto y se preguntó por qué quería verla. Se sintió tan inquieta que le costó conciliar el sueño. Debió negarse, lo sabía, debió negarse a esa entrevista. No quería verlo y no entendía por qué le dijo que sí.

\*\*\*\*\*

Necesitaba hablar con alguien y sabía que podía confiar en Susan Harris, su mejor amiga. Así que la llamó y se reunió en un café de la ciudad a media mañana.

—Prude vaya qué bien te ves. ¿Y ese anillo?

Prude sonrió enseñando su sortija.

—¿Entonces te casarás tan pronto?

—Sí.

—Vaya, no te veo muy emocionada, amiga. ¿Todavía estás triste por la muerte del padre Alfred o hay algo más?

—No lo sé, es que no me siento muy bien estos días Susan.

—Pero Prude, ¿qué te pasa?

—De eso quería hablarte, no lo sé, pero no puedo seguir adelante con

mi boda ni... No sé qué hacer ¿sabes? Por eso necesitaba hablar contigo. Acabo de mudarme con Peter, pero no quiero estar aquí. No quiero estar con él. Siento un rechazo, algo muy extraño y el otro día...

Su amiga rubia enarcó una ceja:

—¿El otro día qué?

Prude le contó ese encuentro íntimo con su novio.

—Bueno, ¿es normal lo que dices... cada pene es diferente sabes? Y no tienes que asustarte, vamos, ya no eres una niña, imagino que habrás visto películas o revistas.

Prude se puso colorada.

—Pero es distinto. Creo que no... no siento deseo como antes.

—Prude, estás deprimida. Contrólate. Debes superar lo del padre Alfred. Seguro que es eso. todo muy rápido, además, a ti no te van las prisas eres muy lenta.

Prudence sonrió.

—Tú sí me conoces—dijo.

Tenía razón, Susan era su mejor amiga, la más cercana.

—Quisiera pensar que es por la depresión peor no sé, ahora no me siento segura de nada y hace unas semanas estaba decidida a casarme. Pero algo cambió cuando vine aquí, no sé qué es. Pero extraño mi departamento, mis cosas. creo que extraño ser una solterona ahora.

—Bueno, eso se llama adaptación. Tienes que adaptarte a vivir con un marido, sexo, niños... todo cambiará, pero tú querías eso. te sentías sola recuerdas?

—Sí, es verdad.

— Escucha Prude, debes tomártelo con calma.

—Es que no sé qué me pasa. Me siento con la cabeza embotada sin trabajar, sin poder hacer nada más que dar vueltas alrededor de la congregación y tratar de encontrar un vestido de novia que me guste.

—Pídele tiempo. Toma distancia. Ve a casa de tus padres. Creo que sufres de nuevo esa depresión que te atacó hace años. Y no es buen momento para que te cases ni hagas nada porque no resultará. ¿Cuántos días llevas así?

—Fue días antes de venir aquí. Cuando vi a ese hombre siguiéndome.

Su amiga la miró boquiabierta y se bebió un poco de su juego de tomate nerviosa.

—Cuenta todo, ¿quién te seguía?

Pude le conté la verdad.

—Pero y tú no hiciste una denuncia y tienes a un chiflado siguiéndote?

—Ya no, era antes, cuando vivía en mi departamento además nunca se me acercó, nadie iba a tomar en cuenta esa denuncia, porque jamás me dijo nada siquiera.

—¿Y cómo era, lograste verlo?

—No, no pude verlo. Se escondía. Excepto el viernes antes de venir a Providence, pero eso no importa ya. Lo que importa es que no sé qué hacer con mi vida ni puedo entender lo que me pasa ahora. Debería sentirme feliz pero el padre Alfred murió y luego...

—Prude, eso no fue tu culpa, qué te ibas a imaginar. El padre ya no tenía salud para realizar exorcismos. Además, los otros no murieron.

—No... pero él.

—Bueno, deja de culparte. Tú no mataste a nadie. En todo caso fue el baboso de tu jefe. A él deberías pedirle explicaciones. Pero deja ya eso. tomate un descanso, te veo muy estresada por el cambio y tú te estresas ante el mínimo cambio a tu rutina.

—Tampoco es eso, pero no sé qué me pasa. No siento deseo por él y tampoco quiero sexo.

—Ay Prudence, tú sí estás deprimida. Llevas esperando tu gran noche desde hace años, esperaste para tener un hombre bueno que quisiera compartir tu vida y ahora... ahora es como si ya no quisieras a Peter. Pero eso no puede ser, has de sufrir algún bloqueo emocional causado por la depresión. Deberías pedir ayuda. No es fácil, no es sencillo lidiar con eso, ya te pasó una vez.

—Sí, me pasó muchas veces. Cuando me enamoré de Fred y él se fue con otra más bonita y rubia. Cuando se murió mi perrita Rebecca y...

—Entonces ve a tu doctora, pídele unas píldoras hasta que puedas

estabilizarte.

—Es que no sé si las píldoras podrán regresarme a la realidad. Si podrán hacer que me enamore de nuevo de él.

—Prudence, el amor vendrá después. Él quiere que seas su esposa, quiere formar un hogar y es un buen partido, un buen hombre, no lo dejes ir por sufrir una depresión. Eso es algo químico del cerebro causado por estrés y por la muerte del padre Alfred que te afectó mucho. Tomate unos días, unas vacaciones ya te lo dije. No te apures a esa boda si no estás preparada, pero. no sé qué decirte. No dejes ir a ese hombre que es tan bueno y te quiere. Tú estabas loca por él, no sé por qué de repente te has quedado fría.

—Ni yo lo sé... siento la cabeza embotada, llena de cosas y a su vez vacía. No sé por qué me está pasando esto. Es que no me adapto a vivir en ese pueblo, a esa vida tan simple cuando yo pasaba un montón de horas en el trabajo, haciendo otras cosas. viendo a mis amigas.

—Bueno, es que te has mudado lejos, ¿qué pretendes? Tienes que adaptarte, ceder. Y antes que tomar una decisión busca estabilizarte.

—Lo haré, mañana me reuniré con mi jefe.

La mirada de Susan cambió.

—Vaya, ¿y eso? ¿No habías renunciado?

—Peter lo hizo. Peter organiza cada detalle de mi vida y lo hace muy bien. Ya regaló todas las cosas del departamento: heladera, cocina,

lavaplatos...

—¿De veras? Pero cuéntame de tu jefe. ¿Por qué vas a ir a verlo?

—Porque me lo ha pedido. Supongo que quiere compensarme luego de mi renuncia. No hay nada entre él y yo. Y en realidad voy porque necesito alejarme un poco, me lo paso encerrada y no me gusta sentirme así.

—Ay Prude, tú no estás segura de nada y es evidente que no quieres casarte. Mejor será que se lo digas a tu novio.

Como si fuera tan fácil.

—No, no puedo decirle nada todavía, ni yo misma lo sé.

Abandonaron el café y se despidieron pues Susan debía entrar a trabajar.

Prude se sintió mejor luego de hablar con su mejor amiga. Realmente echaba de menos sus charlas.

\*\*\*\*\*

Días después despertó cansada, aturdida, y miró a su alrededor aturdida sin saber qué día era ni nada hasta que recordó. Diantres, no era sábado como pensaba sino viernes y tenía una cita. Una cita con su antiguo jefe.

Saltó de la cama y fue a darse un baño. Sabía que eso la ayudaría a despejarse.

Luego de enjabonarse y lavar su cabello con un champú especial a

base de hierbas se miró en el espejo desnuda y mojada. Sus ojos recorrieron cada rincón con aire crítico. Tenía los pechos duros y más grandes por culpa de esa hormona que le generaba una leche falsa. tal vez debería pedirle hormonas a su doctora, pero es que le daba tanta vergüenza ir al hospital cuando le pasaba eso, el último tratamiento no dio resultado y... era como si padeciera un falso embarazo y siempre le preguntaban lo mismo. ¿Estaba ella esperando un bebé?

Pero ahora por los nervios y por lo poco que comía se notó más delgada. Sus caderas, su barriga. Eso la puso contenta. Al menos se había sacado unos kilillos sin darse cuenta y se le notaba en las piernas más delgadas y en su trasero, con su delantera no había remedio. Sus pechos, cada vez estaban más grandes y duros. Sabía que debía vaciarse ese líquido cada tanto y luego desaparecía, pero no quería hacerlo. No tendría tiempo, además, su jefe pasaría a buscarla.

Tenía que desayunar y elegir qué vestido usaría. Nada de faldones muy largos para que se rieran de ella en la empresa.

Envuelta en una toalla fue a revisar el guardarropa. No, nada la convencía. Ni encontraba el vestido azul que más le sentaba y la hacía ver más delgada. Además, sus pechos se habían puesto imposibles. Mejor sería usar una falda larga, tacos y una blusa holgada para disimular su talla ciento diez centímetros de contorno.

Luego se hizo rulos con la pinza porque no estaba de humor para el lacio. Ese día no estaba de humor para nada y en verdad que estaba nerviosa ante la perspectiva de ver a su jefe. Sabía que pelearía con él, que descargaría toda su rabia y tristeza por la muerte del padre Alfred y quería evitarlo pues sabía que con la depresión que sentía, luego se sentiría peor.

Se miró en el espejo y pensó que se veía mal. Que toda la tristeza y rabia que sentía se traslucía en su rostro pecoso y redondo, de mejillas llenas. Peter decía que era hermosa y sabía que para él era perfecta, pero ella no se sentía así y lentamente comenzó a maquillarse. Un poco de rímel kohl negro alrededor del párpado para resaltar sus ojos verdes de gata buscona y los labios, de un tono vino porque siempre había pensado que el rojo era para las ramerás.

Cuando se miró en el espejo pensó que se veía mejor.

Al menos ya no se notaba que estaba triste y rabiosa. La blusa color rosa disimulaba bien su delantera y la falda negra de cuero afinaba su cintura. Suspiró y se perfumó. Siempre usaba el Anais era tan rutinaria, pero para ella no había perfume más delicioso que ese.

A las nueve y media estaba el chofer de su jefe esperándola afuera para llevarla a Boston. Peter se había ido temprano así que no tuvo que decirle nada de esa escapada. Luego iría a ver a su doctora y pasaría por su departamento pues la empresa de mudanzas había olvidado llevarse un mueble

y el dueño me había avisado anoche que había pertenecías más en el departamento que debía llevarme cuanto antes. No estaba muy contento con que le dejara el apartamento vacío, durante más de un año había pagado puntual mes a mes el arriendo.

Suspiró al recordar su departamento. Lo extrañaba, echaba de menos su soledad, su espacio, su rincón.

Apartó esos pensamientos al llegar al edificio. Sin saber por qué sintió los nervios a flor de piel cuando subió el ascensor y se dirigió a la cita con su jefe. No sabía por qué rayos estaba tan nerviosa, pero nada más entrar en su despacho y verle sintió el corazón latirle acelerado mientras le miraba con fijeza. Estaba enojada, molesta con él y estaba tratando de dominar su genio. De contenerse.

Él la miró con intensidad de una forma que jamás la había mirado.

—Buenos días señorita Hamilton. Pase por favor. Vaya. La vida de campo le sienta bien, se ha puesto muy guapa—le dijo.

Claro ya no era su jefe y podía piroppearla y mirarla de esa forma, como si fuera un trozo de carne.

—Gracias, pero supongo que no me trajo aquí para decirme palabras bonitas señor MacNeil—le respondió muy seria con las mejillas encendidas.

—Tal vez sí... ahora no podría denunciarme por acoso si le digo que es la mujer más hermosa que he visto en mi vida, señorita Prudence.

Ella retrocedió unos pasos, pero entonces sintió un sonido seco y vio con terror que su antiguo jefe había cerrado la puerta luego de presionar un botón.

Y luego como si nada le dijo:

—No se vaya por favor, tome asiento. Necesito hablar con usted, urgentemente. Pero tranquila. No voy a comerla.

Ella obedeció sintiéndose muy incómoda por toda la situación y lo peor era que sentía las mejillas ardiendo y su corazón seguía latiendo enloquecido.

—Señorita MacNeil, primero quiero decirle que lamento que tomara la drástica decisión de abandonarme sin siquiera despedirse. Sí, sé que suena muy personal lo que le dije, pero así me sentí cuando mi asistente Williams me avisó que usted había renunciado a su puesto aduciendo que se casaría con su novio antes de lo esperado. ¿Pero todavía no se ha casado verdad?

Ella negó con un gesto.

—Lo siento, habría querido avisarle, pero todo ocurrió muy deprisa y además la muerte del padre Alfred en su mansión embrujada.

—Lamento eso de veras, pero le advierto que no podrán demandarme por ello pues mi abogado hizo ciertas averiguaciones y tiene pruebas de que el padre Alfred padecía problemas cardíacos a los que no prestaba la debida atención.

—Sí, es verdad. Nadie está acusándole, pero usted sabe que su insistencia precipitó el final de un padre muy querido en la congregación. Su ausencia se siente y yo me siento muy mal por ello y todos me acusan de haber provocado su muerte antes de tiempo.

Él la miró muy serio.

—No es su culpa y tampoco es mi culpa. Qué iba a imaginar que el hombre padecía problemas de salud. Sólo quería que bendijera esa casa no que se pusiera a lidiar con los demonios.

—¿Los demonios? ¿Entonces usted que siempre dijo no creer en nada dice que había demonios y aun así lo envió a la mansión?

—No creo en nada es verdad, pero llegó a mis manos una cinta de lo que pasó esa noche. La casa tiene cámaras por todas partes para evitar robos y demás, y exigí a la compañía que me enviara de inmediato todas las filmaciones de lo que pasó la noche que fue el padre Alfred con sus amigos de la congregación.

Prude comenzó a sentirse mal.

—Entonces vio la sombra oscura en el comedor?

Él no le respondió y prendió una pantalla frente al escritorio y Prude vio nuevamente la filmación sintiendo angustia al ver al padre Alfred recorriendo la casa. No vio ninguna sombra esta vez, no había nada. Pero ellos sí dijeron haber sentido el aire denso y una oscura presencia.

El incidente del vidrio hecho trizas no estaba en la filmación como tampoco había ninguna sombra oscura.

—Lo ve? No hay nada. Nada sobrenatural captado por las cámaras. Ni ruidos.

—Pero sí hubo un vidrio roto por un fantasma. Aguarde traigo conmigo la filmación de Mark Bale de esa noche. Él acompañó al padre Alfred.

Su jefe miró la filmación, pero no quedó nada conmovido.

—Vamos, ese vidrio se astilló por los gritos de esos cobardes que aseguraban ver una sombra, pero yo no veo nada. Escuche... Yo siento mucho lo que pasó, pero no fue mi culpa, ¿comprende? No lo fue. Y dígame a sus amigos que no podrán demandarme.

—Nadie lo demandará, deje de decir eso.

Él la miró con fijeza.

—Pero usted me guarda rencor por lo que pasó, está furiosa y agitada. Casi puedo sentir los latidos de su corazón.

Su voz había cambiado, se había vuelto suave, como una caricia, al igual que su mirada azul cobalto que la miraba como nunca lo había hecho.

—No puede culparme por ello, todos me miran con odio ahora y yo misma me siento mortificada por haberle obedecido señor MacNeil—le dijo furiosa.

Él la miró con una sonrisa.

—Bueno, es que soy tu amo, pequeña, tu dueño. Tienes que obedecerme, siempre me obedecerás, aunque no quieras.

Prudence lo miró aturdida, se había jurado que conservaría la calma, pero ese hombre parecía dispuesto a provocarla.

—Mi amo? Yo no soy la esclava de nadie y usted no es más que un millonario prepotente que cree que todo se compra con dinero. Antes era mi jefe por eso le obedecí, pero le recuerdo que ya no es mi jefe.

—Millonario prepotente? Ya quisiera. A penas soy rico, preciosa, y en cuanto a lo demás, siempre me obedecerás porque sí, soy tu dueño virgencita y sé que nada ha sido lo mismo para ti desde que te fuiste de aquí. Estás triste y desorientada. No te ves como una novia a punto de casarse, ¿o me equivoco?

Eso ya era demasiado.

—Bueno, eso no es de su incumbencia. Me parece que se toma demasiadas libertadas. Vaya señor MacNeil, nunca pensé que fuera tan atrevido y tan dado al cotilleo. Me decepciona.

Él sonrió cuando le dijo eso.

—No es cotilleo. He estado vigilando sus pasos, y oí su conversación con su amiga Susan ayer. Tengo mis espías señorita Prude. Mis informantes.

—Ha estado espiándome? ¿Con qué propósito? ¿Por qué?

—Porque usted es más que mi empleada favorita señorita Prude. Usted es mi virgen y no permitiré que ningún hombre tome lo que es mío. ¿Entiende?

He estado cuidándola durante meses, esperando el momento adecuado, pero creo que fui algo descuidado, me dejé estar por otros problemas que surgieron. Además, todo lleva tiempo, lo confieso.

Ella lo miró aturdida, asustada. Y tembló cuando ese hombre la miró de esa forma, como si fuera un trozo de carne recorrió su cuerpo con verdadera lujuria. Era como todos. Un maldito baboso que hacía tiempo esperaba poder hincarle el diente y tenerla para luego desecharla.

—Está loco señor MacNeil. Loco de remate. Pero confieso que me ha engañado, creí que era un caballero, un hombre de bien. Pero déjeme decirle que no estoy interesada en sus juegos y no sé qué busca, pero no me interesa para nada. Y no puedo creer que me llamara con esa intención.

Prude abandonó su silla nerviosa, ahora sentía su corazón mucho más acelerado y sus manos húmedas y frías trataron de abrir la puerta, pero estaba cerrada. Por supuesto él la había trancado.

—Está cerrada señorita Hamilton. No se irá. No sin antes recibir el regalo de bodas que pienso darle.

Ella lo miró aturdida.

—¿Presente de bodas? Olvídelo. No me interesa para nada.

Él sonrió y avanzó hacia ella. Estaba loco y era un hombre malvado y lujurioso. No quería ningún regalo de ese sujeto, sólo que la dejara en paz porque ya le había puesto los nervios de punta.

Prude quiso gritar, pero no pudo moverse. Esos ojos tenían un brillo extraño, un brillo azul muy extraño y comprendió que estaba frente a un ser sobrenatural y rezó, rezó para pedir protección al arcángel Miguel. Pero sus rezos no fueron oídos pues el irlandés la atrapó entre sus brazos y le dio un beso ardiente y desesperado. Un beso que le decía a gritos que estaba loco por ella y que siempre había reprimido ese deseo. Prude se resistió y quiso apartarle, pero era un hombre muy fuerte y su rechazo sólo lo enojó más y luego hizo su beso profundo y salvaje.

Nunca antes la habían besado así, nunca antes sintió un beso tan dulce ni un olor como ese. Era un hombre atractivo, fuerte, pero tan frío, jamás la había mirado. Para ella no era más que un rico obsesionado con hacer más dinero y todo pasaba por ahí. No tenía esposa, novia, ni familiares cercanos. Vivía solo en un departamento de lujo. Pero la forma en que la besó la hizo sentir tantas cosas. le gustó. Le gustó que quisiera robarle un beso, le gustó tanto sentirse deseada por él.

Pero no era correcto y apenas pudo se soltó de su abrazo y lo empujó con todas sus fuerzas.

Él la liberó y se quedó mirándola.

—Qué dulce es usted. Qué deliciosa, tiempo de pensar cómo sería hacerla mía.

Prude se excitó cuando le dijo eso a media voz. Le gustaba ese

hombre y la confundía la forma en que la miraba, y ese beso la dejó mareada. No podía apartar su mirada de esos ojos azules. Como si tuvieran poder de hechizarla o algo así.

—Usted no vuelva a hacer eso, está loco. Soy una mujer comprometida y no tengo interés en sus proposiciones amorosas, ¿entiende? —le dijo apartándose.

Quería llegar a la puerta y escapar, pero él la detuvo.

—Aguarde, quiero darle su cheque. Personalmente. A menos que considere regresar a su puesto.

Prude sintió que sus mejillas se encendían de rabia. Su cheque. Claro. La liquidación por su renuncia. Se volvió y habría deseado decirle lo que podía hacer con su cheque. Allí lo tenía en su mano y Prude no hizo nada por tomarlo.

—Es suyo, señorita Hamilton. Firme aquí y se lo entregaré. A menos que haya cambiado de opinión.

—No, no he cambiado de opinión y quiero decirle que está loco y es un atrevido por besarme.

El irlandés sonrió como si le hicieran gracia sus palabras.

—Está bien, supongo que me lo merezco.

—No quiero su cheque señor MacNeil.

Bonito regalo de bodas le había hecho. Un beso que la había

enloquecido de rabia y deseo como nunca le había pasado antes. Un poco tarde se avivaba, por cierto.

—¿No quiere mi cheque? Pero es suyo. Usted renunció y sólo le preparé la liquidación.

—No, no quiero su cheque, tengo mis ahorros y mi prometido me regaló una tarjeta para que me compre lo que quiera. Señor MacNeil, debo irme. Tengo cosas que hacer así que le ruego que me abra la puerta.

Él demoró en responderle, no dejaba de mirarla y esa mirada la incomodaba. Y sin decir palabra presionó el botón y la dejó en libertad.

—Está bien, si no quiere el cheque no la obligaré.

Prudence lo miró y se precipitó a la salida como un pájaro que había estado un buen tiempo encerrado. Confundida, molesta, furiosa sintiendo en sus labios ese beso ardiendo, quemándola por dentro pensando que lo había disfrutado y que estaba triste porque él le había dicho esas cosas, la había besado y luego la había dejado ir. Como muchos hombres lo hacían en la ciudad según se quejaban sus amigas. Una conducta histérica de te quiero, pero no estoy seguro, te quiero sólo para divertirme o tampoco sé si te quiero para algo. Y MacNeil era uno más.

Cuando entró en su departamento sintió el corazón acelerado y el recuerdo de ese beso en sus labios de nuevo. Había sido maravilloso. ¿Por qué diablos no le habló antes? ¿Por qué no intentó conquistarla en vez de

precipitarse cuando estaba a punto de casarse con su novio Peter?

Debía quitarse ese asunto de la cabeza.

Ver su departamento vacío y todo pintado color rosa la crispó. Rosa, melocotón y violeta en algunas partes. ¡Qué espanto! Parecía la casa de la niña Barbie. O de un señor disfrazado de mujer que adoraba todo lo femenino y de pésimo gusto.

Ese no era su departamento.

Pero tenía que buscar esa caja con pertenencias que llevársela, quizás tuviera algo de valor. Luego se tomaría un tren hasta Providence y con suerte llegaría pasado el mediodía.

Entonces recordó algo que él dijo. Que había estado siguiéndola y que escuchó su conversación con Susan. Si oyó esa conversación sabía que estaba deprimida y no quería casarse, pero ¿por qué diantres lo haría? ¿Por qué le dijo esas cosas y luego la besó diciéndole que era su dueño?

Quizás había estado fumándose algo. Entre los yuppies adinerados era muy común ingerir sustancias o fumarse algo de vez en cuando.

Pero no parecía haber bebido ni estar drogado.

Caminaba por la habitación en busca de la caja cuando sonó su teléfono. Era Peter.

—Prudence. ¿Dónde estás? Acabo de llegar a casa y hace más de una hora que espero que llegues. ¿Tuviste que salir o algo? La señora Stewart dijo

que saliste hoy temprano sin decir a donde ibas.

—Estoy en Boston, vine a buscar una caja porque el dueño me avisó.

—¿En Boston? —dijo como si estuviera en el mismo infierno. —Pero por qué tuviste que ir al departamento? El dueño jamás me dijo nada. Prudence. Ese lugar es peligroso. ¿Realmente tenías que ir sin avisar siquiera?

—Bueno, no pensé que te molestaría eso. estoy bien. Acabo de encontrar la caja que buscaba y me voy.

—Estás dentro del departamento?

—Sí, estoy aquí.

—Entonces quédate dónde estás, iré a buscarte.

—No es necesario, Peter. De veras.

—Pues yo creo que sí es necesario. No debiste ir sola, no después de que me contaste que un tipo andaba siguiéndote. Ese lugar no es seguro para ti. Ese sujeto pudo verte entrar.

—No había nadie cuando entré—protesté. En realidad, ni siquiera me había fijado, salí disparada de la oficina de mi jefe, tomé un taxi y entré corriendo al edificio.

—Pero quizás haya alguien afuera esperándote. ¿Es que no piensas?

—Claro que pienso. Pero me parece que tú estás exagerando. Deja de tratarme así, no soy una débil mental—Prude estaba cada vez más furiosa.

—No dije eso. sólo quiero protegerte. ¿Qué pasa contigo, nena?

Rayos, odiaba esa frase, le parecía salida de una serie barata de la televisión.

—No me pasa nada, estoy bien. Me iré en tren y llegaré pasado el mediodía.

—Prudence, no, no vengas en el tren, es peligroso. Sólo espérame.

—No, no quiero que hagas ese viaje tan largo.

—Lo haré por ti, escucha. Si no quieres esperar toma un taxi.

—¿Un taxi hasta Providence? Saldría una fortuna.

—No importa, yo lo pago, por favor.

Prudence murmuró que era un despilfarro.

—Luego te llamo sí? Ahora tengo que encontrar esa caja.

No quería volver a su casa. Se sentía asfixiada, controlada. Cuidada como si fuera una niña o una enferma mental. Siempre lo hacía y le molestaba. Rayos. No imaginó que su novio fuera tan sobreprotector o controlador.

Pero sólo se preocupaba por ella.

Trataba de convencerme que todo era normal y que ella era la loca, la complicada. Era más fácil así. No tenía nada que examinar ni...

De pronto pensó que no había ninguna caja en ninguna parte. Todo estaba vacío y con papel de diario en todo el piso en señal de que lo había pintado de rosa y lila. Caminó inquieta y se preguntó quién se mudaría a su departamento. Era suyo, su nido. durante más de un año y era tan triste decirle

adiós y enfrentar un hogar vacío por completo. Lo extrañaba y no entendía por qué se dejó llevar por su novio de esa forma, por qué dejó que la alejara de todo y la encerrara en esa casa. Debió quedarse un tiempo más, disfrutar de su libertad, su trabajo...

Se detuvo agradecida que al menos le dejaran una poltrona roja para sentarse. Necesitaba sentarse y pensar.

Luego tomó su celular y llamó al dueño.

—Señor Atkins, buenos días, estoy aquí en el departamento y no encuentro la caja que me dijo.

—¿Quién habla?

—Soy yo, Prudence Hamilton.

—Ah sí, claro. Pero yo dejé la casa sobre la mesa del comedor. ¿No la encontró?

—No hay ninguna mesa aquí y, además, está todo pintado de rosa.

—Entonces ya terminaron el trabajo? Bueno, deje que haga unas llamadas señorita Hamilton para buscar la caja que le dije. Luego la llamó en unos minutos.

Qué bien, el pintor se había robado mis pertenencias.

—Gracias, señor Atkins.

Prudence aguardó inquieta y de pronto recordó su cita con su terapeuta. Al demonio con la caja. Se le haría tarde.

Cerró todo con llave y luego le entregó la misma al conserje.

Tomó un taxi y fue hasta la clínica. Necesitaba esas pastillas.

En el camino le escribió un mensaje a su novio.

“Peter, olvidé decirte que debo ver a mi terapeuta ahora.”

Luego se dijo por qué debía contarle todo lo que hacía todo el tiempo.

Era agotador.

Llegó a la clínica poco después con el corazón agitado y encontró a su terapeuta.

La doctora Ellen Bridge la observó y comenzó a hacerle preguntas. Prude le dijo toda la verdad, desde el principio, mirando nerviosa a la doctora que anotaba y anotaba todo en su notebook sin mirarla.

—Prude, creo que debes tomarte un descanso. Todo esto parece forzado, precipitado. No eres tú quien lo decide. Y se trata de tu boda, de tu vida. No de las necesidades de Peter.

Ella sabía que tenía razón.

—Es que yo estaba de acuerdo al principio, cuando me invitó, pero después... no pude mantener el entusiasmo.

La doctora la escuchó paciente y de pronto dijo:

—No es sólo la trágica muerte del padre Alfred, Prude. Los sentimientos son muy delicados en las personas, no pueden forzarse y tú harás un cambio demasiado radical. Te parecía correcto sí pero dentro de tres

meses. Enfrentada a ese gran cambio tú sientes rechazo y es normal. Pídele tiempo. Tomate un tiempo para saber qué es lo que quieres, aunque te diré que estos días te has dado cuenta de que es un hombre muy controlador con una idea muy estereotipada de lo que es una esposa. Y tú no tienes experiencia no conoces demasiado a los hombres y eso te jugará en contra. Sé que eres religiosa y todo eso, pero esto te lo diré como mujer porque he tenido algunas relaciones sentimentales y a los hombres no les puede dar ventaja, no puedes ceder espacios, ceder siempre porque se aprovechan y abusan. Si te acostumbras a que tu marido resuelva todo sí, terminarás como una mujer sin autoridad, sin confianza en sí misma y terriblemente dependiente.

—No es así, yo decido qué hacer.

—Sí, hasta ahora, antes de la boda, antes de irte a vivir con tu novio. Parece que todo tiene que ser aprobado por él, ¿te das cuenta? Él dispuso de todas tus pequeñas posesiones: heladera, cocina, lavaplatos... todo lo donó a la congregación sin siquiera preguntarte. Pensó que ya no lo necesitarías y decidió por ti. Eso fue pésimo. No lo dejes. No lo permitas. Si dejas que él tome las decisiones tú no podrás ni escoger el nombre de tus hijos.

—Pero doctora, es mi prometido, mi futuro marido, no quiero perderlo. No fue fácil para mí usted sabe mi historia. Encontrar pareja, poder casarme... ningún hombre me tomaba en serio y...

—Tú siempre pensabas mal de todos los hombres Prude, no les dabas

oportunidad. No puedes decir que sólo puedes casarte con ese arquitecto exitoso. Hay otros hombres aquí Prude. No es el único. Y tú misma tienes dudas.

Ella guardó silencio mortificada.

—Es verdad, tengo dudas, pero no quiero romper con él. Es un buen hombre, quizás la diferencia de edad...

—La diferencia de edad y que es hombre y encontró una mujer bonita y virgen para manipular y gobernar a su antojo. Él tampoco quiere dejarte escapar y puede ceder ahora en algunas cosas, ¿pero lo hará después?

—Si me trata bien y me ama, si formamos una familia no me importa hacer lo que él me diga.

La doctora la miró boquiabierta.

—No puedes hablar en serio. No sabes lo que dices. No tienes idea. Vamos, no tienes treinta años ni cuarenta para estar tan ansiosa de tener un marido.

—Me siento sola doctora, yo no soy como las jóvenes de mi edad, siempre fui rechazada, dejada de lado por mi forma de ser por ser tímida. Y ahora encontré a un hombre bueno que quiere casarse conmigo. ¿Qué tiene de malo?

—Tú sabes a que me refiero, Prudence. Por algo estás aquí buscando píldoras para estabilizarte. Y seguramente te ayudarán, pero yo te aconsejaría

que esperaras porque luego te quedarás embarazada porque los católicos no usan métodos de anticoncepción y no podrás tomar más antidepresivos. Tú misma sabes la verdad. Estás desbordada como metida en un barco en el medio del mar y no sabes a donde ir ni a quién acudir. Piensa que muchas cosas cambiarán cuando te cases y te quedes embarazada, no tendrás la misma libertad ni podrás tomarte un tiempo como ahora te meterás en un baile y tendrás que bailar como dice el refrán.

—No puedo pedirle un tiempo, ni siquiera tengo mi departamento. Acabo de perderlo.

—Ve a vivir con tus padres. Ellos te recibirán encantados. Te hará bien, una semana o dos o el tiempo que precisas. Es tu vida, Prudence y tú... Imagina que eres un barco y tienes el timón, tú decides a donde ir, quien sube a tu barco y a quien jamás dejarías subir. Si pierdes la capacidad de decidir qué hacer se subirá mucha gente desagradable a tu barco y luego te hará exigencias. No querrás que estén allí. Tú has logrado mucho, has podido independizarte, crecer, pero debes defender tu espacio, tu vida o terminarás convertida en una esposa que más que esposa es una esclava doméstica. Sin vida, sin decisión, confinada a una cama para placer de su esposo. ¿Es realmente lo que quieres para tu vida? Porque ni el sexo será divertido cuando tengas una casa llena de bebés llorando exigiendo atención, y cuidados. Traer un hijo al mundo es una gran responsabilidad y tú debes desear a tu hijo, no me

importa lo que diga tu barbudo Dios. Aquí las cosas son muy distintas Prudence. Estarás exhausta y en menos de diez años te verás como de cuarenta. ¿Crees que exagero? No... y no me mires así. Tengo una paciente que se parece mucho a ti, que hizo lo mismo. Fue a una iglesia en busca de consuelo porque había perdido a un ser querido y al año estaba casada y embarazada de su ardiente y puritano marido. Que le exigía sexo a diario sin usar los métodos porque él quería tener los hijos que el viejo barbudo le enviara... en menos de diez años años la pobre Constance había tenido seis hijos y sospechaba que estaba nuevamente embarazada. Estaba exhausta, harta de todo y sólo soñaba con tomar su maleta y largarse porque la casa era un caos de llanos, pañales sucios, llantos... no era la imagen que a ella le había pintado la congregación de una familia numerosa y feliz. Era un perfecto chiquero, un completo caos de niños gritando, llorando y una madre sufriendo una horrible depresión incapaz de poder lidiar con nada. Porque el cretino de su marido no la dejaba tomar la píldora porque su sueño era tener diez hijos y ser como la perfecta y neurótica familia victoriana numerosa.

Prudence sintió escalofríos pues la descripción de la doctora era tan real, cuando le habló de la pobre Constance se vio a si misma siempre encinta con un montón de niños corriendo de un lado a otro, gritando, llorando, pañales tirados, chupetes y biberones.

—Usted quiere asustarme doctora Bridge y lo ha conseguido.

—No, no quiero asustarte, quiero mostrarte tu futuro. Lo que puede pasarte. La pobre Constance tuvo que hacerle entender a su marido que no podían tener más hijos y al final no lo dejó, pero se lo merecía por egoísta. No es sencillo. La vida está muy cara y cada bebé que nace merece ser atendido y cuidado como es su derecho. Ser amado y cómo crees que un niño recibe la debida atención de una madre que tenía tres bebés que alimentar. Y tuvo suerte de que era sana, pero en ocasiones las cesáreas son muy bravas. Más de dos niños no puedes tener. Ella era sana y no tenía problemas ginecológicos. —suspiró—Lo que quiero es que te enfrentes a la posibilidad de que te pase lo mismo, que puede pasarte. No puedes quedar embarazada sin saber si te llevas bien con tu marido. Todos cometemos errores en esta vida, y más cuando elegimos pareja. Es cuando más nos equivocamos. ¿Por qué? Pues porque hay parejas que sólo sirven para divertirnos, para hacernos sentir bien y nada más. No son apropiadas para compartir un proyecto de vida una familia como el matrimonio. Y tú no has tenido otra pareja para comparar a Peter, ni siquiera sabías que fuera tan organizado y controlador. Para ti era el príncipe en una caja de cristal, un muñeco. No era real. No del todo porque en la primera etapa de una pareja todo es fantasía, enamoramiento, pasión, es química pura luego con el tiempo comienzan a conocerse a descubrir si realmente pueden formar una pareja estable y duradera.

Prude sabía que la doctora tenía razón y que debía darse un tiempo. Si

no se sentía bien ahora lo mejor era tomar distancia y esperar.

—Supongo que tiene razón doctora, pero no es fácil para mi encontrar una pareja. Nunca lo fue en realidad y pienso que Peter reúne muchas de las condiciones y no crea que soy tan tonta de llenarme de niños. A lo sumo querré tener tres o cuatro.

La doctora asintió.

—Prudence, es tu vida, tú decides qué hacer. Pero hay momentos en que no sabemos qué hacer y entonces pides ayuda a un amigo o a tu doctora. Y como tu doctora te diré que te noto nerviosa y estresada. Muy estresada y es normal porque acabas de terminar de forma brusca la etapa de soltería y además has perdido un ser querido. Es demasiado para asimilar en poco tiempo.

Eso y el beso apasionado de su jefe que a última hora decidió decirle galanterías cuando nunca le había prestado la más mínima atención. Y eso no debía afectarla para nada en realidad. Fue sólo un beso y unas frases que no tenían sentido.

Escuchó distraída el sermón final de su doctora y su receta para las píldoras. Eso era lo único que le importaba. Tratar de mejorar su ánimo para poder estar bien con su novio y no ser como esos días una mujer depresiva, agresiva o completamente apática.

Fue en busca de las píldoras en la farmacia más cercana y luego

compró una bebida gaseosa para tomarlas. Pensó que eso la aliviaría. Pero sabía que tardaría días en hacerle efecto.

Una píldora no lo resolvía todo y su cabeza estaba llena de cosas en esos momentos. Regresar a su casa ciertamente que la deprimía. No quería preocupar a sus padres o que pensarán que había peleado con su novio.

Así que resignada llamó a Peter para que fuera a buscarla. Tendría tiempo para almorzar y luego se daría una vuelta por alguna tienda para comprar su vestido de novia. Tenía la tarjeta de Peter y la usaría. Prefería eso a pedirle el cheque a su antiguo jefe.

Caminaba por la avenida cuando de pronto tuvo una sensación extraña y se volvió, fue como si lo presintiera. Y entonces lo vio, al hombre que siempre la seguía parado cerca de una esquina, en las sombras. Pero no vestía jeans sino un elegante traje sport.

La había encontrado. No podía ser. Era él, podía sentirlo. El acosador que siempre la esperaba al regresar del trabajo y se quedaba allí sólo para mirarla. Pero no permitiría que la dominara el pánico. Se metería en una tienda y haría tiempo, hasta que llegara su novio.

Estaba asustada, nerviosa, no era buen momento para enfrentar a su acosador ni tratar de adivinar quién era. En realidad, creía que sería nefasto tratar de acercarse a ese chiflado. Podía tener un arma y hacerle daño. Por suerte sólo la espiaba, la miraba no sabía por qué.

Entró en una tienda y vio un bonito vestido de novia. Sencillo. Largo y blanco. Un vestido precioso y muy favorecedor para una pelirroja pechugona como ella. Sabía que era un problema verse esbelta con tanto blanco, habría preferido azul o negro, pero no podía casarse como si fuera la viuda negra.

Así que se encaminó al mostrador y preguntó con el diseño que había en el escaparte.

—¿Es para ti? —preguntó la empleada con una sonrisa encantadora mientras pensaba si habría su talla.

—Sí. Quisiera probármelo.

Era una locura lo que estaba haciendo, comprarse un vestido de novia a las apuradas, sin saber ni cómo le quedaría. Pero lo hizo, se encerró en el probador y con la ayuda de la empleada se probó el traje blanco largo y justo de escote redondo y muy clásico.

—Le queda que ni pintado—le dijo la empleada flaca con los ojos desorbitados.

Ella se miró crítica. No. No le quedaba tan pintado. Su abundante pecho no se veía bonito en una novia y además la ajustaba y la dejaba como una perfecta butifarra.

—No me favorece, necesito un vestido que sea más decente o mi novio se enfadará.

La empleada ladeó la cabeza como si fuera un pájaro sin poder creer

lo que decía.

—Eh perdón? Los novios tienen ojos de enamorados y sólo la verá hermosa, señorita. Además, le queda que ni pintado.

¿Que ni pintado? Qué expresión tan anticuada para una joven de su edad.

—Es que no me veo bien, necesito esconder esta delantera.

—Oh claro que no, debe mostrarla. Usted tiene una delantera espectacular. Ya quisiera yo... es lo que siempre digo. Nadie está conforme en este mundo con nada.

Prudence sonrió vencida, tenía razón.

—Pero puedo ofrecerle otro vestido que tiene un corsé más holgado y liso. Creo que debería verlo.

—De veras?

Como resultado se probó media docena de vestidos porque del que pensó la empleada no había su talla y al final, molesta decidió llevarse el primero que se llamaba sor Inés de la línea monacal de Saint Jordi. Le pareció apropiado para la ocasión. Medieval, monacal y discreto. Quizás si usaba un corsé apretado no se notaría tanto. Prefería la línea clásica, se veía más delgada y en verdad que esos días había perdido unos kilillos por los nervios.

—Se verá hermosa, ¿cuándo será la boda? —le preguntó mientras pasaba su tarjeta de crédito por la máquina.

—En unos días, no sé bien, mi novio está organizando todo.

Se oía ridículo, ni ella sabía cuándo iba a casarse, sólo que era pronto por eso necesitaba el vestido. La joven le sonrió.

—Pues muchas felicidades. Aquí tienes tu vestido. Te traerá suerte, todas las novias que compran sus vestidos aquí...

Oh, vaya, qué verso tan apropiado. Como si la suerte de un matrimonio dependiera de un vestido blanco, o de un día o de un lazo rojo. Ella se encomendaría a Dios y le pediría protección. Llevaría el vestido blanco como símbolo de pureza, pero en su caso sería un vestido blanco con una virgen dentro. Tomó el paquete sintiéndose feliz como si fuera a casarse mañana. Quizás fuera el remedio, pero su ánimo empezaba a mejorar.

Peter llegó a tiempo para que pudiera comprarse los zapatos blancos de taco alto. Ya tenía todo. No podía creerlo. Sí que le había rendido la mañana.

Cuando él la vio tan cargada, aparcó el auto y fue a ayudarla.

—Prude, ¿estás bien?

Ella asintió feliz y le dio un beso fugaz.

—Ya tengo el vestido de novia y los zapatos.

Su novio sonrió.

—¿De veras? ¿Tan pronto?

—Sí y me queda estupendo. Acabo de probármelo.

Cuando todos los paquetes quedaron en la valija de la Ford Ranger de su novio Prude subió a la camioneta feliz olvidando por completo los sucesos desafortunados de esa mañana. Su visita frustrada al departamento, su encuentro con su jefe y el fisgón. Ese fisgón era de la ciudad pues sería la última vez que la vería por allí, no pensaba regresar a esa ciudad.

Hablaron un momento de los sucesos del día y de pronto él dijo:

—Prudence, podemos casarnos el viernes próximo. Ya hablé con el padre Stephan y el viernes a primera hora nos casaremos por civil.

Ella sintió mucha sed de golpe y buscó la gaseosa en su bolso. La necesitaba.

—Está bien, fantástico. Lo tienes todo organizado.

Él sonrió y cuando llegaron a la casa una hora después se tumbaron en la cama para descansar. Había sido un día intenso.

\*\*\*\*\*

Al día siguiente ocurrió la tragedia. Se enteró por las noticias nada más despertar, alguien había incendiado Berestford house y ardió en llamas hasta convertirse en cenizas, como un demonio que había vivido demasiado tiempo entre los nuestros, finalmente le llegaba su hora.

Prudence contempló las imágenes y tembló pues la policía mencionó la congregación cristiana del padre Alfred como responsable de ese delito.

“Al parecer, sospechan que alguien de la congregación quiso vengar la

prematura muerte del padre Alfred”.

—Rayos, no...

Prudence acababa de despertarse y no se sentía bien, estaba muy cansada por las emociones del día anterior y todo aquello la dejó aturdida y molesta. No era justo que acusaran a la congregación.

Buscó a su novio, pero no lo encontró por ningún lado. Seguramente había ido a Saint Denis. Estaba siguiendo de cerca el final de obra de la casa, ya casi estaba lista para que fueran a vivir allí, pero faltaban detalles.

Se quedó parada mirando la tele sin saber qué hacer cuando de pronto sonó el teléfono.

—Señorita Hamilton, ¿ya vio las noticias?

Era su jefe, demonios.

—Sí. No sé qué pasó.

—Prendieron fuego una propiedad muy valiosa señorita, en venganza por la muerte del padre Alfred.

—No pueden culpar a la congregación.

—¿Ah no? ¿Quién más lo haría? La policía cree que fueron ellos, hay ciertas pistas. Vaya, al parecer, su adorada congregación no es tan santa como usted creía. Hay un lobo entre las ovejas. No me extraña, siempre es así.

Prudence no supo qué decir, su jefe estaba furioso y ella se sentía muy nerviosa al oír su voz.

—Lo siento, jamás creí que...

—Cómo entraron al predio me pregunto yo. Destruyeron las cámaras de seguridad, todas, antes de incendiarlo todo. Fueron muy astutos y me pregunto si usted...

—Yo no tengo nada que ver con eso, por favor.

—Bueno, me parece que tendríamos que conversarlo ¿no lo cree?

—¿Conversar? ¿Acaso está acusándome de algo tan horrible? Ayer estuve en Boston, y vine aquí y me quedé en mi casa de mi novio el resto del día. ¿Cómo cree que haría algo así? —Prudence estaba al borde de las lágrimas. Su voz se quebró de repente. Comprendía que el daño causado a la propiedad era inmenso.

—No estoy culpándola, pero no se ve nada bien que usted pertenezca a esa congregación en estos momentos. La interrogarán me temo. Quisiera evitarlo, pero...

—Pueden interrogarme si quieren, no tengo nada que esconder.

—Si sabe algo de esto.

—No, no sé nada.

—Pero el padre Alfred murió y usted estaba muy afligida.

—Por supuesto que lo estaba, por mi culpa murió, por su culpa en realidad.

—¿Mi culpa, dice usted señorita? No fue mi culpa que ese hombre no

oyera a los médicos y siguiera peleando con demonios como hizo toda su vida.

Prudence guardó silencio hasta que exasperada dijo:

—¿Qué quiere de mí, señor MacNeil? Voy a casarme en una semana, necesito un poco de tranquilidad, no querrá arruinar el día más feliz de mi vida enviándome a la policía ¿no?

—Por supuesto que no... le enviaré un lindo presente de bodas muy pronto.

Su voz se oía extraña y esas palabras se le antojaron muy turbias. Como si fuera a enviarle una bomba o algo así.

—Pues lamento mucho lo del incendio, pero no fue mi culpa ni sé nada de esto. Quizás fue algún pirómano loco o algún chiflado. Dudo mucho que fuera alguien de nuestra congregación. Jamás hubo un incidente semejante.

—Oh claro, el pueblo elegido de Dios, los amados puritanos.

—No somos puritanos, somos cristianos. Usted no sabe nada de nosotros señor MacNeil.

—Pero la policía sospecha de su congregación señorita. El escándalo es inevitable y también el juicio que les hará mi amigo, el señor Murphy si se descubre que fue alguien de su preciada secta.

Prudence se sintió muy angustiada luego de esa llamada. Tenía que hablar con la congregación, pero no podía acusar a nadie, estaba segura que todo había sido la obra de un maniático. Los daños eran cuantiosos, no

dejaban de decirlo en todas partes.

Fue un fin de semana de pesadilla para Prude y la congregación que recibió la visita de dos agentes para interrogar pues alguien había acusado a la congregación.

Durante la liturgia del domingo todos estaban tristes y preocupados.

Prudence se reunió con Tamsyn Becket, una de sus amigas de la congregación. Sentía mucho afecto por Tassie como le decía ella, se conocían desde los trece años cuando sus padres comenzaron a frecuentar la iglesia del padre Alfred. Se hicieron amigas. Tamsyn era delgada alta y de cabello castaño enulado y ambas se aburrían un poco durante la misa, así que comenzaron a charlar y desde entonces se habían hecho amigas. Fue una alegría encontrarla allí. Tamsyn se había involucrado mucho más y siempre organizaba kermesse benéficas para los huérfanos, o charlas a los jóvenes para que dejaran las drogas. Lo suyo era la docencia y se había recibido recientemente de profesora de historia y daba clases en un colegio de Providence muy exclusivo.

—Prudence—dijo y se le acercó para saludarla. Se abrazaron y comenzaron a charlar.

Luego de vacilar un momento se reunieron en los jardines y se sentaron en los bancos bajo los árboles.

—Cómo estás amiga? Supe que vas a casarte muy pronto.

Prude sonrió.

—Sí... ayer compré el vestido en Boston y... es que estoy algo asustada.

Tassie sonrió.

—Es normal. Es un gran cambio. Dejarás tu organizada vida de virgen solterona para ser la esposa de un hombre notable muy guapo. Sí que tienes suerte.

—Bueno, sí, es verdad. Pero háblame de ti. ¿Qué ha sido de ti en ese colegio de niños ricos?

Su amiga hizo un gesto muy suyo que expresaba risa y cierto desconcierto.

—Estoy contenta, ciertamente, pero nada me gratifica más que trabajar con los necesitados. Con los jóvenes que tienen problemas. Les hace tanta falta ayuda y consejo, que alguien los guíe. Su vida mejora mucho cuando hacen amistades aquí y conversan, comparten sus historias y, además, encuentran una salida a las drogas realizando actividades. Descubren qué hacer. Te sorprendería saber lo desconcertada que está nuestra juventud con tanta tecnología y egoísmo. Es como si su familia fueran robots, pegados al teléfono, a la computadora, la televisión. No hablan, no sufren... sólo están pendientes de su maldito celular, de las redes... y ellos vienen aquí y encuentran a personas que conversan que los escuchan y pueden aprender

tareas manuales, algún oficio que los rescate de esa vida de drogas, pero la falta de afecto y atención... eso es lo que más les hace daño.

—ES verdad. Nosotras nos criamos en una familia más afectuosa.

—Es que no había tanta invasión como ahora de la tecnología, realmente la gente está quedando estúpida por sus celulares y ni te digo cómo los distrae a la hora de estudiar y concentrarse. Es como un juguete para todo uso y edad. Un juguete del que nadie se desprende nunca. Y es como una adicción más. Cuando llegan aquí se ponen muy nerviosos cuando no tienen el celular con ellos. Pero cuéntame de ti. Vas a mudarte a Saint Denis.

—Sí...

Prudence no estaba muy elocuente ese día, no quería hablar de su boda ni de Peter ni de su nuevo hogar. Estaba preocupada por la congregación y el incendio y no tardó en sacar el tema a colación.

Sabía que había ido la policía la tarde anterior y aunque no detuvieron a nadie quería saber por qué habían ido.

La expresión de Tamsyn cambió.

—Solo vinieron a hacer preguntas. Si sabíamos algo de lo ocurrido el viernes en la noche. Si escuchamos alguna conversación sobre la muerte del padre Alfred. Mencionaron eso, ataron hilos... como si tuviéramos un espía aquí.

—¿Un espía?

—Sí, porque ellos sabían bien la tragedia que sufrimos. El padre Alfred falleció luego de ir a Berestford house, hizo una semana de su muerte ayer. Pobrecito. Se fue tan pronto y sin embargo a él no le importaba la muerte, no le tenía miedo ni nada, decía que Dios lo llevaría cuando fuera el momento y que lo importante era irse sabiendo que continuaríamos su obra. Pero nadie mencionó que fue por la casa, el padre sufría del corazón, pero no le prestaba importancia, creo que olvidaba ir al médico, ¿sabes?

Prudence se sintió mal al pensar en el padre Alfred.

—Pero alguien mencionó que el padre falleció luego de ir a Berestford house y también que lo acompañaron hermanos de la congregación y la policía lo sabía. Alguien le dijo. Supongo que todo el pueblo quedó conmocionado con la tragedia.

—¿Y tú qué piensas Tamsyn?

Su amiga parecía algo atemorizada.

—No lo sé, no quiero pensar que alguien de aquí lo hizo en represalia por la muerte del padre, él no lo habría querido. No lo habría aprobado. Pero es demasiada coincidencia.

—Fue mi culpa, yo le dije al padre que fuera Tassie, mi jefe me lo pidió. Quería vender la casa y yo no sabía, no imaginaba que esa casa fuera tan nefasta.

—Prudence, no te culpes, te lo dije el día del funeral. No fue tu culpa.

Pocos conocen la verdadera historia de esa casa siniestra, yo sabía porque mi abuela vivió cerca de Berestford y todos conocían bien su historia. Pero el padre quiso ir y nada le habría detenido.

—Pero ¿qué había en esa casa, Tamsyn? ¿Tú lo sabes? Qué era tan poderoso y maligno que ...

La expresión de su amiga cambió y se persignó.

—Berestford house era el hogar de un demonio, Prude, un demonio impío que enloqueció a los antiguos amos de la mansión, los empujó a cometer esos crímenes y luego... el mal perduró. Me gustaría pensar que luego de quemar esa casa el demonio se fue, pero esas cosas quedan en el lugar, en la tierra. Y si construyen otra casa allí el demonio regresará. Aunque se dijo que tal vez quemar esa casa fue lo mejor, no estoy segura de que sea el final de esa criatura impía. Pero olvida esto Prude, no te preocupes. Saldremos de esta. No hicimos nada además y tú... tú debes preocuparte por tu boda. Vas a casarte muy pronto. Deja estos asuntos para nuestro Señor, él sabrá qué hacer.

Prudence suspiró. El remedio le estaba haciendo efecto. Pero luego de la llamada de su jefe y el incendio... estaba nerviosa. Preocupada, no podía evitarlo. ¿Realmente habían incendiado esa casa?

—Tamsyn, tú crees que alguien de aquí lo hizo? —no pudo evitar la pregunta, se sintió mal por hacerla, pero tenía que saber la verdad.

Su amiga la miró.

—No es lo que predicamos aquí, tratamos de ayudar a los demás, hacemos una labor muy importante en la sociedad, aquí y en otras partes. Ayudamos. Nos brindamos. Es injusto que ahora quieran ensuciarnos porque un caserío infernal se prendió fuego. ¿Realmente fue intencional? Pudo ser un accidente. Sabes que en ocasiones hay personas que se meten en las casas embrujadas para divertirse y hacer videos. Inventar cosas. siempre hay intrusos merodeando esas casas abandonadas. A lo mejor fue un accidente. ¿Por qué nos acusaron? ¿Fue tu jefe Prudence? ¿Él cree que fuimos nosotros?

Ella se sonrojó.

—Lo siento mucho Tamsyn, yo los metí en esto... no sabía y él insistió.

—Prudence, por favor, habla con él, convéncele. Dile que nosotros no fuimos. No puede acusarnos sin más. No tiene pruebas. ¿O acaso tú hablaste con él de la muerte del padre Alfred?

—Tam por favor, él supo de la muerte del padre Alfred y me dijo que lo sentía y yo me enojé por todo, le reproché su afán de hacer dinero. Me sentía mal y peleamos. Bueno, además ya no es mi jefe.

—Entonces fue él, él envió a los policías. Prudence. No peles con ese hombre, trata de suavizar las cosas.

—Suavizar las cosas? pues ya es un poco tarde. Tuvimos una fuerte discusión el viernes y ayer.

—Pero no lo hagas, no te enemistes con ese hombre. Malcolm

MacNeil es el dueño legítimo de Berestford house, por eso está furioso. Acaba de perder una casa que valía millones y en realidad no sé por qué le pidió al padre que fuera pues nunca tuvo en mente venderla. Dicen que realizaba actos sacrílegos en ese lugar.

—¿Actos sacrílegos?

Su amiga asintió.

—Compró esa propiedad hace años, pero no lo dijo a nadie, pero hay quienes lo veían ir allí con sus amigos de joven, llevaban chicas y se divertían. Rituales. Ese hombre no es un simple empresario millonario aburrido, hay algo muy raro en él, algo turbio y siniestro. Y todavía no entiendo por qué quiso bendecir la casa si se dice que él adora al diablo y usaba la casa para celebrar misas negras. Tú sabes que quienes adoran al diablo son una secta muy poderosa y villana y están en todas partes. Pero su culto es secreto, muy secreto.

—Oh Tassie, ¿por qué nunca lo dijiste? Trabajé seis meses para ese hombre y nunca vi nada que me hiciera pensar que adoraba al demonio. ¡Qué pecado!

—Bueno, yo no sabía que trabajabas para él, rayos, hace meses que no hablamos. He estado muy atareada preparando mi doctorado. Pero es verdad lo que te digo. Ten cuidado con ese hombre. él tenía otra intención, ahora lo veo, quiere destruirnos. Son nuestros enemigos, siempre están allí en la

sombra acechando, buscando hacer el mal. Porque sirven al demonio. Y ahora creo que él... ahora que lo pienso Prudence, él hizo esto para matar al padre Alfred y luego lo del incendio. Busca incriminarnos, destruirnos, hacernos perder fieles.

Prude se quedó asustada y aturdida por todo lo que acababa de averiguar. ¿Su antiguo jefe era el dueño de la mansión embrujada? ¿Y nunca quiso venderla, y atrajo al padre con la intención de precipitar su muerte? No, no podía ser. Era demasiado siniestro.

—¿Estás segura Tamsyn? ¿Estás segura de que se trata del señor MacNeil?

—Sí, ellos tienen parientes aquí en Providence. También poseen propiedades en Nueva York, creo que las oficinas principales están en esa ciudad. Y hay una mansión llamada Rose Park que tiene el emblema de la cruz y las rosas atravesadas por una espada. Son de una secta antigua y oscura que adoran al diablo y realizan sacrificios. No sé cómo fuiste a dar a esa empresa, creo que todo ese negocio de bienes raíces es una fachada. Como miembros de esa secta siniestra reciben donaciones y luego lavan el dinero. Son nuestros enemigos Prudence, y me alegra que dejaras ese trabajo. Lo que me extraña que él te siga llamando.

Prudence se sonrojó al recordar ese beso. No podía ser, ese hombre no parecía un malvado. Jamás habría imaginado que... pero ahora todo tenía

sentido. Se había reído de que fuera a vivir en Providence junto a su novio y le había mencionado en dos oportunidades que le haría un lindo presente de bodas.

—Nadie me avisó que el padre iba a ir a ese lugar terrible, habría intentado impedirselo. Aunque ya es tarde para lamentarse. Prudence. ten mucho cuidado con ese hombre. aléjate de él, sea lo que sea que busca contigo no... no te acerques a él. Es muy peligroso. Es un hombre malo, Prude. Puede que quiera seducirte.

—Tam, voy a casarme en una semana, crees realmente que le prestaría atención a ese sujeto?

—Tú no, pero puede que esté interesado en ti y haya hecho todo esto para intentar apartarte del camino. Es un hombre perverso que no da puntada sin nudo como dice el refrán. Ten cuidado con él.

Prudence se sintió muy nerviosa con todo ese asunto, jamás habría imaginado que su antiguo jefe pertenecía a una secta secreta y nefasta, pero de pronto recordó el extraño anillo que llevaba en su dedo anular derecho, un anillo de oro con un emblema tallado. Pensó que eran sus iniciales, pero en una ocasión llegó a distinguir una especie de grifo, ¿o sería la imagen del diablo?

Peter llegó entonces para llevarla de regreso a casa. Se veía algo cansado, pero era normal, llevaba días trabajando sin parar. Siempre tenía que ir al barrio nuevo para controlar que todo estuviera bien, aunque su prioridad era que su nuevo hogar estuviera terminado.

—Peter, no te ves bien—le dijo Prudence mientras conducía de regreso a casa.

Lo había notado muy pálido y sabía que casi no descansaba.

—Estoy bien, cielo. ¿Cómo estuvo la misa? ¿De qué hablabas con Tamsyn?

Su novio tenía esa costumbre de preguntarle así no más de qué hablaba con sus amigas.

—Hablamos del incendio, Peter. Estuvo la policía ayer y todos están

preocupados.

No le dijo nada más, porque todavía estaba asimilando el nuevo panorama de que el señor MacNeil era el dueño de Berestford house y pertenecía a una secta secreta que adoraban al diablo. Sabía que existían varias sectas, pero había una que era muy poderosa y tenía su sede en Nueva York. Y su jefe era de allí. Viajaba con frecuencia, tenía amigos, contactos... ella creía que eran clientes por su trabajo, pero...

—No podrán probar que fueron ellos, Prude. Tranquila. Todo esto ha sido un infortunio—dijo su novio de pronto.

—¿Un infortunio? —ella pensó que había oído mal. ¿Qué significaba que no podrían probar nada, que eran culpables de incendiar la casa?

—Es que ese incendio pudo ser provocado por jóvenes que se divierten visitando casas embrujadas en vísperas de Halloween. Quizás hicieron una fogata en los jardines o... esa casa era de piedra y madera, la parte nueva era toda de madera. Con una cerilla o cigarros...

De pronto comenzó a pensar, a hilar cosas. el padre Alfred jamás le advirtió que su jefe perteneciera a una secta extraña, ni su novio. Él no habría dejado que trabajara para quien era miembro de una secta demoníaca. Tamsyn exageraba o ella sabía algo que los demás ignoraban. Pero no le sorprendía, su familia era muy importante en el condado, antigua y aristocrática. Y el padre de Tamsyn siempre sabía de esas peligrosas sectas y las combatía, no permitía

que se mudaran a Providence, usaba todas sus influencias para ello. Lo recordaba bien. Y su hija debió saber de su boca lo de MacNeil.

Qué pena que no le avisara antes. Sentía rabia por haber trabajado para ese hombre y también por haberle ayudado en el pasado a bendecir la casa.

¿Pero si creía en el diablo por qué bendeciría la casa? Era extraño todo esto. No parecía tener sentido. Quizás su amiga Tamsyn exageraba o se equivocaba de sujeto. El señor MacNeil era ateo, no creía en nada y nunca encontró nada sospechoso en su oficina, ningún símbolo, imagen, nada que dijera que adoraba al diablo. Sin embargo, ella jamás pudo tener acceso a la documentación de Berestford house, a los títulos, sí a los planos de la casa. Su jefe le había dicho que esa propiedad era de un amigo suyo. Y ahora acusaba a la congregación de haber incendiado la casa. Estaba furioso... pero nada parecía tener sentido.

\*\*\*\*\*

Al día siguiente fue a la congregación a ayudar a su amiga Tamsyn a juntar las donaciones para la kermesse. Trataba de distraerse y no pensar en su boda ni en el incendio, en nada. Pero era muy difícil.

Y su amiga notó que algo le pasaba.

—¿Que tienes Prude? ¿Nerviosa por tu boda? Ya falta poco ¿eh?  
Apenas dos días.

Ella miró a Tamsyn y asintió. Tenía razón. Su boda se acercaba, pero lo más raro era que no estaba nerviosa por casarse sino por todo lo demás.

—Estoy un poco nerviosa, sí—dijo sin mentir.

Entonces pensó en su jefe y en el incendio.

—¿El señor MacNeil ha vuelto a molestarles? —quiso saber cómo si su antiguo jefe fuera un acosador.

Su amiga lo negó con un gesto.

—No, pero yo creo que prepara una demanda millonaria. Sólo que tiene que encontrar pruebas y todavía no hay nada. Los bomberos y policías estuvieron allí en busca de evidencias, pero al parecer no encontraron nada. Estoy segura de que fue un accidente, que fueron unos chicos que fueron a ese lugar a divertirse y la broma terminó de la peor forma.

Prudence decidió marcharse. Llamó al chofer de su novio para que la llevara a casa de sus padres en May. No estaban muy lejos, llegaría en media hora. Sabía que les debía esa visita hacía tiempo, era increíble que estuviera tan cerca y no hubiera podido hacerse un tiempo para ir.

Simon, el chofer de su novio llegó en menos de diez minutos, pero cuando supo a dónde quería ir se mostró indeciso.

—Aguarda, le preguntaré al señor Bradley.

¡Rayos! ¿Por qué todo tenía que preguntarle a su novio?

Al parecer él dijo que sí y Simón le abrió la puerta trasera para que

entrara y Prude entró, nerviosa, pensando que no sería sencillo hablar de ese asunto con sus padres.

Estaba tan nerviosa cuando llegó que sintió que las piernas le pesaban. Tenía tantas cosas en la cabeza, pero en esos momentos, rayos, no era justo. Pronto sería su boda y debía estar tranquila.

Su madre se puso muy contenta al verla, estaba enfrascada en la divertida tarea de tejer ropita de bebé en croché seguramente para algún nieto de una amiga suya, le encantaba tejer ropita de bebé. Siempre había querido tener más hijos, pero el señor sólo la envió a ella... a la novia del diablo.

Prude apretó los labios molesta por tener esos pensamientos. Su madre la miraba con su cara redonda rebosante de alegría y ternura.

—Mi niña, has venido a vernos. Qué alegría.

Siempre decía frases como esa y se preguntó si tendría cincuenta años y seguiría llamándola mi niña.

—No digas eso mamá, ya no soy una niña—dijo.

Ella sonrió cómplice sin darle ninguna importancia hizo un ademán con la mano como si le respondiera, oh, déjalo ya.

—Falta poco para tu boda, cariño. Tan poco. Imagino que has de estar nerviosa, yo lo estoy casi como tú.

Oh sí la boda. Si supiera que le importaba un rábano su boda. O quizás sí, en esos momentos sus estados de ánimo oscilaban entre la apatía y la

euforia, totalmente fuera de control.

—Es verdad, pronto seré la esposa de Peter—dijo.

No era una frase feliz, no era más que una frase hecha para entablar conversación y buscar las palabras exactas para hablar de lo otro, de eso otro que le daba tanto miedo.

Su madre la miró sonrosada mientras guardaba cuidadosamente las batitas de bebé que tejía con tanto amor. Como las mujeres de antes, que tejían, cocinaban y eran tan felices con las tareas domésticas. Pero tejer todo eso y preparar esa ropita era un acto de amor genuino y ternura. Durante años ella usó esos vestiditos que su madre le hacía pues le encantaba vestirla a su manera, escoger la tela y diseñar los vestidos de su única hija. Tenía un montón de vestidos y siempre fue la envidia de sus amigas pequeñas que se quedaban bobas mirando sus preciosos vestidos, hasta que creció y los vestidos ya le aburrían quería usar calzas, jeans, pero era demasiado regordeta entonces y la avergonzaba mostrar su cuerpo.

Cuando adelgazó tras pasar la adolescencia seguía teniendo vergüenza de mostrarse en calzas apretadas, lo creía impúdico. Así que usaba vestidos, faldas y algún jean.

—¿Para quién es esta ropita, mamá? —le preguntó interesada. Tenía una caja llena, pudo verlo. Y debía ser para una niña pues hasta le había tejido un vestidito color blanco que era la cosa más tierna que había visto en su vida.

Todo estaba cuidadosamente cubierto por nylon transparente y empaquetado.

Su madre la miró con una sonrisa radiante.

—Es para tu bebé, Prude. He soñado que tenías una hermosa bebita de cabello oscuro y ojos tan azules, tan hermosa. La he visto varias veces y supongo que muy pronto quedarás embarazada y tendrás una niña.

Prudence tragó saliva y trató de tomárselo a broma.

—Mamá, todavía no me caso ¿y ya quieres que tenga un bebé? ¿Sólo porque tuviste un sueño? Es ridículo.

—Prude, tú eres muy fértil. Tendrás muchos niños y soy tan feliz de que el señor me permita verlos. Supongo que es por el tratamiento que hice para quedar embarazada, me dieron muchas hormonas. Sabes que no podía quedar y deseaba tanto un bebé.

Conocía esa historia, y luego la tristeza de su madre al perder tres embarazos de forma consecutiva. Pudo tener tres hermanos, dos varones y una niña, pero todos habían muerto meses después de ser gestados. Su madre estuvo muy triste y por eso tuvo que ir al médico para que le recetara tranquilizantes pues durante mucho tiempo sintió el llanto de esos bebés que no habían nacido llamándola. O eso decía ella. Los escuchaba todo el tiempo, a cualquier hora y eso le afectó los nervios. Prude lo recordaba bien.

—Pero sé que tendrás muchos niños Prude, y he visto a la niña en sueños, es una bebé hermosa, castaña de ojos muy azules. Supongo que se

parecerá a Peter.

—Peter no tiene ojos azules, mamá.

Ella pareció desconcertada pero no le dio importancia al detalle.

Prude comprendió que no podía simplemente contarle aquello que la angustiaba, su madre estaba atacada de los nervios otra vez y se imaginaba que pronto tendría una nieta.

—¿Y papá? ¿Dónde está? —preguntó luego.

Ella la miró inquieta.

—Tuvo que ir a hacer mandados al centro, tal vez demore, siempre se queda conversando con sus amigos en el bar—sonrió con dulzura al hablar de su padre y de pronto se puso seria: —Has perdido mucho peso Prude, no te alimentas bien. Debes estar fuerte para poder tener hijos. No es bueno adelgazar ahora.

—Mamá por favor, exageras, no necesito ser una pelota para ser saludable—se quejó molesta. Durante años ella había sido una pelotita pelirroja de vestido de mejillas rosadas y pecosas, durante años fue el hazmerreír de la secundaria por ser un tonel y ahora que al fin lograba recuperar la línea, tras años de cambiar hábitos alimenticios. No era justo. Durante mucho tiempo gobernó su vida y la alimentó con un exceso de vitaminas, suplementos, carbohidratos hasta que la pobre llegó a odiarse frente al espejo. A la edad en que sus amigas empezaban con los noviecitos, que me

mira, que lo miro, ella se sentía un bicho feo, demasiado redonda para gustarle a alguien. Hasta que un buen día se desmayó porque estaba al borde de la diabetes por la gordura y los malos hábitos y una doctora reprendió a su madre por alimentarla tan mal.

Luego todo cambió, perdió quince kilos en seis meses y comenzó a verse más delicada y guapa. Comenzó a hacer deporte, se anotó en un club, pero dejó porque sus padres temían que alguien la violara en algún vestuario.

Fue un triunfo que permitieran que fuera a un club, pero luego comenzaron a ponerse nerviosos con un entrenador que al parecer se rumoreaba miraba mucho a las alumnas.

Nunca había sido adepta a los deportes y se resignó.

—Mamá estoy perfectamente, estoy como siempre quise estar. No era divertido ser la pelota de la clase—dijo ácida.

Su madre la miró sorprendida de su respuesta.

Prudence comenzó a aburrirse y la historia de que tendría una niña la puso de mal humor. No estaba segura de su boda, ¿cómo podía pensar en tener hijos?

—Oh cariño te irás? No te vayas tan pronto. Ven, conversemos un rato. Tengo pastel de chocolate y helado, tu favorito.

Prude sintió que se le hacía agua la boca, durante años había luchado por contener su glotonería porque sabía que luego engordaría sin remedio y no

quería. Cuidaba mucho sus calorías y todo lo que comía. Había aprendido a evitar todas esas golosinas que su madre llamaba nutritivas para fortalecer los huesos y que no eran más que calorías innecesarias.

—No quiero, gracias—balbuceó.

Su madre le sonrió.

—Pero has venido recién, no te vayas. Quédate. Acompáñame con un trozo de pastel. No vas a engordar porque comas un trozo.

Aceptó vencida. Tampoco quería salir corriendo. Tenía en su cartera la carta y sentía que le quemaba. A lo mejor su madre no sabía nada de eso. A ella le seguía pareciendo una historia tan absurda y extraña.

—Te ocurre algo, cariño—le preguntó su madre mientras le servía un jugo de naranja natural.

—Nada, estoy bien.

Ella le sonrió.

—Debes estar nerviosa por la boda, pero no debes preocuparte. Peter es el indicado para ti. Es un hombre tan noble y bueno. Sabrá cómo tratarte Prude. No debes tener miedo a tu noche de bodas que...

La joven puso colorada, mucho más de lo que era por naturaleza.

—No me da miedo eso—protestó con la esperanza de que se callara.

Pero ella continuó.

—En el pasado todas las mujeres de la familia hablaban con sus hijas

sobre la noche de bodas. No es algo que deba avergonzarte. Ya no eres una niña. Ni tampoco pensar que sentirás dolor porque no siempre es así... pero sí sangrarás bastante, a veces durante días.

—Eso ya lo sé, mami. Tengo veintidós años, me he informado al respecto.

Ella sonrió con orgullo, pero de repente cambió.

—Tú lo quieres a Peter, te ves tan enamorada, pero algo te preocupa, me doy cuenta. Te conozco tan bien, Prude.

Ella sostuvo su mirada.

—No me parezco nada a ti mamá ni a papá—dijo de repente.

La mirada de su madre cambió, se puso alerta.

—Porque te pareces a mi abuela, por eso te llamé como ella. Eras tan coloradita y ardías, siempre ardías de niña, de bebé. No era necesario abrigarte el médico me aconsejaba que no... porque eres muy colorada por eso. Pero tu padre dice que te pareces a mí.

Sí, se parecía a su madre en los ojos, en algo, su madre que en sus años mozos fue rubia, delgada y muy hermosa. Ahora había engordado, pero seguía siendo hermosa por supuesto.

—No me parezco mucho a ti mamá, aunque me gustaría ser como tú. Tener tu cabello rubio y sedoso, tu piel blanca. Yo siempre estoy colorada, tengo pecas y no me siento cómoda con mi cuerpo. Siempre tengo que

cuidarme para no engordar.

—¿Ay qué dices? Eres preciosa con ese cabello rojo y esos ojos tan bonitos, te pareces tanto a mi abuela. Y ella se casó tres veces y siempre tenía un montón de enamorados.

Prudence sonrió.

Ya no le parecía tan divertido casarse y tener muchos niños, sabía que en ocasiones los sueños se hacían trizas. Allí estaba su madre que siempre había soñado con tener una larga mesa llena de hijos, llamarlos por número, y ahora estaba tejiendo ropita porque estaba convencida de que ella tendría una niña. Siempre encerrada, con una vida doméstica y gris, sin desafíos, sin alicientes...

—Mami ¿tú piensas que la marca que tengo en mi cuerpo es del diablo? —le preguntó de repente.

Su mirada cambió

—Tú sabes esa historia del diablo? Dime la verdad. Peter me contó ayer que... yo no creo, pero me da mucho miedo.

Ella no dijo palabra, pero la vio nerviosa, afectada.

—¿Entonces es verdad? Por eso nunca podía ir a ningún lado de niña.

—No era por eso, era porque eras mi niñita, mi hija y te amé desde el primer instante en que te vi. Yo no podía quedar embarazada, perdía los embarazos y sufría tanto. Tú fuiste un milagro para mí, por eso no te dejaba ir a ningún

lado. Tenía tanto miedo de perderte.

—Sí, eso ya lo sé, pero esa marca. Esta carta, la carta que escribió el padre Alfred antes de morir. Léela por favor.

Su madre tomó la carta y la leyó muy seria. De pronto la vio llorar y se alejó demasiado atormentada para hablar, o quizás porque no quería hablar. Quería guardar silencio como siempre había hecho.

—No, no es el diablo Prude. Esto ya ha llegado demasiado lejos y es tiempo de que sepas la verdad. El padre Alfred pensaba sí que había un demonio acechándote, pero eso no pasó.

—¿Entonces por qué lo creía? Qué me estás ocultando mamá, dime la verdad por favor.

—Esa marca que tienes es un antojo, eso dijo el doctor. Hace veinticuatro años Prude yo estaba desesperada porque no podía quedar embarazada, hice tratamientos, me hice todos los exámenes y no sabían por qué no podía quedar embarazada. Estaba deprimida, muy triste, llevaba seis años casada y nada, perdí tres embarazos, perdí a tus hermanitos.

—Sí eso lo sé, ¿pero ¿qué tiene que ver? No entiendo.

Su madre no la escuchó, parecía sumida en el pasado.

—Había un hombre entonces que me seguía todos los días, pero yo no me daba cuenta, una compañera de trabajo me lo dijo. Yo trabajaba en las oficinas del

Sheraton, tenía un buen puesto y como perdía los embarazos mi doctora me aconsejó que siguiera trabajando que me haría bien salir de casa. Yo sufría una horrible depresión y cuando uno está mal atrae las cosas malas. Sin embargo, no le di importancia a lo que me dijo mi compañera de trabajo. No lo hice... había un hombre siguiéndome. Era un sujeto con un auto muy caro y atractivo. Yo era una mujer delgada y muy guapa, me arreglaba porque siempre fui muy cuidadosa de mi aspecto y a la oficina iba impecable. Como recién salida de la peluquería.

—Hasta el día de hoy pareces haber salido de la peluquería.

—Pero ya no como antes, he engordado y no me veo bonita. Pero entonces sí era muy guapa y pensé que por eso ese caballero me miraba. No le di importancia. Mientras no me dijera nada grosero no debía darle importancia—suspiró—Hasta que noté que me esperaba siempre a la salida del trabajo los jueves. Siempre los jueves o los viernes. No sé qué ganaba con ello, pero lo hacía. Entonces comencé a preocuparme y le pedí a tu padre que fuera a buscarme, pero no le dije nada. No quería que hubiera un incidente, tu padre no se lo tomaría con tanta calma.

El misterioso admirador me vio con tu padre y noté su cara de odio. Lo miró como si quisiera matarlo. Y yo pude ver su rostro y lo reconocí. Era Edmund Jefferson, mi antiguo jefe. Yo dejé de trabajar con él porque me acosaba. Era muy sutil por supuesto, nunca intentó nada, pero su mirada me hacía sentir muy

incómoda. Él era guapo, viril, pelirrojo y pecoso.

Saber ese detalle llenó de alarma a Prude.

—Mamá, ¿estás diciendo que ese hombre es mi padre?

Ella la miró con tristeza y resignación.

—Deja que termine mi historia y te explique lo que pasó. Por favor. Ten paciencia. Luego comprenderás por qué... en fin. Luego de ese encuentro el señor Jefferson desapareció. No lo vi más y me dije que a lo mejor yo le gustaba quiso acercarse a mí, pero al ver que era casada se alejó. Era lo más sensato.

Pasó el tiempo y me ascendieron y tuve que trabajar más horas. Eso me dejó algo desgastada, tu padre quería que renunciara y me quedara en casa, me veía muy cansada, pero yo no soportaba el encierro, las tareas domésticas me abrumaban y también la tristeza de ver la cuna vacía, porque seguíamos intentándolo y nada. Ya no podía quedar embarazada.

Casi me había olvidado de ese hombre cuando un día de lluvia lo vi esperándome a la salida del trabajo. Apareció como un fantasma, de la nada y lo vi frente a frente. Era un sujeto alto, y bien plantado, guapo, pero su mirada era extraña y me dio miedo. Me habló, fue cortés, quiso entablar conversación hablando de nuestro antiguo trabajo, pero yo me alejé diciéndole que mi esposo llegaría de un momento a otro. Él me siguió, insistió y entonces noté

que era noche cerrada y llovía y por la lluvia las calles estaban desiertas.

Prudence sintió su corazón al latir acelerado cuando su madre le contó el resto de la historia.

—Quise correr, gritar, pedir ayuda porque creo que supe entonces que estaba allí con un propósito Prudence, por eso me acechaba. Pero me avergonzaba pedir ayuda, traté de alejarlo, de defenderme. Pero él me empujó, me atrapó y me metió en su auto. Fue tan rápido que no pude hacer nada. No estaba solo, alguien lo ayudó, alguien conducía ese auto a toda velocidad mientras yo luchaba y le rogaba que no me hiciera daño. Nunca en mi vida había enfrentado algo tan horrible como eso. Sabía que me había llevado para violarme, cuando me tuvo allí comenzó a besarme, a tocar mi cuerpo y ahogó mis gritos con sus besos.

“Cálmate, no te lastimaré preciosa. Si haces lo que te digo te dejaré ir y podrás volver con tu esposo” me dijo. Era un hombre muy fuerte, jamás habría tenido oportunidad así que hice lo que me decía. Me llevó a un departamento inmenso y yo entré allí sin gritar, sin armar escándalo, pero sabía lo que me esperaba. Estaba muerta de miedo, pero no grité ni pedí ayuda. Tuve miedo de que me matara. En realidad, casi no me importaba que me violara, pero quería escapar con vida. Él vio que estaba nerviosa y una vez dentro sí lloré, cuando me vi encerrada por ese extraño. Yo nunca había estado con ningún hombre en mi vida, sólo con tu padre y jamás pensé que estaría con otro hombre. “Por

favor, no me haga daño, le rogué. Déjeme ir, le rogué nerviosa.”

Él me vio llorar y no dijo nada, sólo fue por un trago de lo que parecía ser whisky y me lo tendió.

—Bebe, te hará bien. Tranquila, no voy a lastimarte, sólo haz lo que te pido y te dejaré ir. Sana y salva.

Obedecí, estaba atrapada. No saldría viva de ese departamento si no me entregaba a él. Dijo que usaría la fuerza si me resistía, que había esperado mucho por tenerme y cosas así.

Quise correr, quise escapar, pero no pude y al final me entregué a ese demonio. Lo hice, estaba asustada y sentí tanto miedo de que me matara. No tenía escapatoria. Me entregué a él y le complací esa noche y la siguiente, durante días, como si realmente fuera su mujer y luego me liberó. Lo hizo. Me llevó de regreso a casa como si nada hubiera pasado.

Yo estaba destrozada y apenas llegué a casa me di un baño y lloré, lloré y me sentí horrible por lo que había hecho. Pero al menos estaba viva. No me había matado, tuve mucho miedo de que me hiciera daño a mí o a tu padre.

Tu padre no estaba en casa y vi una noche. Al parecer estaba de viaje entonces porque acababa de perder al tío que lo había criado y yo me quedé sola en casa. Creo que él sabía eso, sabía que esa noche tu padre no iría a buscarme lo cierto es que me tomé un tranquilizante y me fui a dormir y luego pedí unos

días en el trabajo. No fui a un médico, no fui a la policía pensé que si lo denunciaba él me mataría Prudence, lo haría, a mí o a tu padre aunque no fue rudo conmigo, no me lastimó. Yo cedí a él y entonces creo que pensé que no tendría pruebas. Antes era muy difícil demostrar una violación si no tenías marcas y heridas. En realidad, tampoco me habría atrevido a denunciarlo. Sólo quería largarme de esa ciudad y que nunca me encontrara.

Su madre hizo una pausa y se sirvió un vaso de agua fría.

—Renuncié a mi trabajo a pesar de los ascensos y de que mi jefe me rogó que me quedara. Era un buen trabajo y me pagaban muy bien, pero acababa de sufrir un horrible ataque y tenía mucho miedo. Cuando tu padre regresó me notó cambiada pero no le dije entonces. Nunca se lo dije Prude... porque sabía que si lo hacía ese malnacido arruinaría mi matrimonio y nos haría vivir un infierno. Tu padre querría buscarlo y no tendría descanso hasta matarlo. Y luego tendría que vivir con una esposa que había sido abusada por un extraño, me vería diferente. Él me adoraba Prude, yo llegué virgen a sus brazos y nunca jamás miré a otro hombre ni lo habría engañado, pero luego me sentí tan sucia y manchada. Hablé con mi doctora y le dije lo que me había pasado y le rogué que me diera otra medicación porque esa ya no me hacía efecto. Tenía pánico a salir a la calle, a ir a la iglesia, todo me asustaba, no podía hacer nada. Y no podía tener intimidad con tu padre sin pensar en ese demonio que me había forzado, cada vez que estaba con él sufría como si fuera un tormento hasta que

comencé a sentirme mal, muy enferma. Me dolía todo el cuerpo y pensaron que era la consecuencia del ataque. Yo estaba destrozada Prudence, y por eso me conociste así, como una ama de casa haciendo tareas domésticas. Creo que ese ataque me cambió. De repente me gustaban todas las tareas domésticas y las hacía feliz, todo con tal de no salir ni tener que enfrentarme sola al mundo. Toda mi vida viví en una jaula, feliz y a salvo hasta que ese hombre me violó. Él me destrozó por dentro y no era sólo físico, era mi alma entera me sentía enferma y rota, y también culpable pues sentía que había sido una cobarde al luchar por mi vida. Pensé al menos no me mató, pudo hacerlo, en ocasiones luego de violar a las mujeres las matan yo estaba viva, pero no estaba viva en realidad, sentí que algo de mí había muerto. La doctora dijo que debía decirle la verdad a mi esposo. Que no había sido mi culpa, pero no, no lo hice. Dijo que si lo hacía me ayudaría a superarlo, pero no podía hacerlo.

Prudence abrazó a su madre y se sintió furiosa y enferma luego de enterarse lo que había pasado.

—¿Y qué pasó con ese malnacido, nunca fue preso por lo que te hizo? —le preguntó.

Su madre la miró con tristeza y Prude se apartó pues quería oír el final de la historia.

—Volví a verlo a los tres meses Prude, ese demonio se apareció un día cuando finalmente me atreví a salir con tu padre de paseo a las montañas. Apareció

como de la nada y me sonrió.

Te ves hermosa Beatriz, dijo en son de saludo; como si nada y luego tomó mi mano y la besó.

—Estás esperando un bebé, y creo que será una niña rubia y hermosa como tú. ¿Tu esposo lo sabe? —dijo.

Sentí pánico de estar allí frente a ese hombre y de que me dijera eso iba a gritarle que me dejara en paz, iba a insultarlo, pero entonces me descompuse. Sentí que todo daba vueltas a mi alrededor. Fue la impresión de encontrarme cara a cara con el hombre que me había violado hacía tres meses, de verlo allí tan fresco. Tu padre se acercó y me preguntó qué me pasaba. No era la primera vez que tenía esos malestares, pero ese día me desmayé y me llevaron al hospital porque no reaccionaba. Me hicieron exámenes y me dijeron que estaba esperando un bebé y un análisis de sangre dijo que tenía casi tres meses de embarazo.

Prudence se alejó furiosa y sintió que le hervía la sangre.

—¿Quieres decir que ese hombre, el que abusó de ti es mi padre?

Ella asintió despacio con los ojos llenos de lágrimas.

—Él lo sabía Prude, supo que estaba embarazada con sólo mirarme y que era una niña. Y también supo que era suya.

—No puede ser, dime que no es verdad. Pensé que el diablo me había

marcado, pero en realidad ¿es porque soy hija de ese sátiro? ¿Eso me dirás?

—Sé que es difícil para ti Prude, que siempre has pensado que Jason es tu padre y es tu padre. Pero luego de saber que estaba embarazada yo no sabía, tuve mis dudas. No pensé que tú hubieras sido engendrada esa noche hasta que naciste y vi que tenías el cabello rojizo y las pecas y esa extraña marca en tus genitales. Él también tenía una especie de marca en su entrepierna y su piel parecía de fuego. Y tú no eras como tus primas, te pareces un poco a mí, pero sé que eres su hija Prudence.

—Y mi padre no lo sabe supongo.

—No, no lo sabe. No debe saberlo nunca Prude, él cree que el diablo ha estado acechándote, pero no era el diablo. Era tu verdadero padre que durante años quiso robarte de mi lado. Quiso verte, me rogaba que te dijera la verdad un día y también dejó un cofre para ti.

—¿Un cofre? ¿Entonces tú has estado hablando con él?

—Solo unas veces. Me pidió perdón por lo que me hizo, estaba tan feliz de saber que había tenido una hija... no me mires así sé que toda esta historia te parecerá sórdida y extraña, pero él me dijo que se había enamorado de mí pero que no sabía conquistar el corazón de una mujer. Que sólo tenía relaciones basadas en el sexo y que ninguna mujer lo había emocionado como yo. Y yo dejé de odiarle cuando supe que era tu padre, que él me había hecho

una hermosa niña. Fui tan feliz y entendí que a pesar del dolor de lo que sufrí al verme forzada, tú estabas allí y eras una niña hermosa y sana, habías nacido viva y tan saludable, todo eso me curó de mi anterior dolor, fue lo único bueno que me pasó y no me arrepiento. Porque pude cumplir mi deseo de ser madre. Verte crecer sana y llena de vida, con ese fuego en tu piel, tienes su fuego Prude, tienes su genio. Él es un hombre extraño, pero te adora, te quiere mucho y ha estado cerca de ti porque eres su hija. Él es un hombre extraño, solitario. No tenía familiares cercanos ni amigos. Con el tiempo lo perdoné Prude, porque luego de nacer tú me dijeron que había sido un milagro porque mi útero estaba muy débil y tuvieron que extirparlo para evitar que estallara. Pero tú pudiste nacer y eras un milagro.

Prudence sintió que casi prefería que la siguiera el diablo en vez de enterarse que su padre era un psicópata violador.

—¿Entonces era mi padre quien seguía mis pasos, el hombre que veía observarme en la escuela de traje? ¿Por qué el padre Alfred creía que era el diablo? Él le escribió una carta a Peter para decirle y yo casi muero de terror al enterarme.

—No era el diablo, tu padre no era el diablo. Sólo tenía una personalidad escondida y malvada. Como si fuera dos personas en una eso lo supe con los años cuando hablé con mi doctora y le mostré las cartas que me había escrito. Él dijo que me amaba y luego, hasta intentó que dejara a tu padre y te

criáramos, pero yo amaba a tu padre Prudence, y no me deslumbraban sus riquezas ni obsequios. Al contrario, le pedí que me dejara en paz. Pero él te vio algunas veces, estaba loco por ti. Creo que sentía mucha ternura y amor por ti y también por mí. Él me quería dijo que se había enamorado de mí y que me violó porque supo que nunca podría tenerme de otra forma. Y lo único que lamentaba era haberme dejado ir esa noche porque nunca más tuvo paz después de eso. Que nunca me olvidó y sufría por no poder tenerme, por tener que verte a escondidas. Y yo tuve terror de que te robara un día así que dejé que te viera y también estuve con él. Nos vimos a escondidas. Temía que le contara la verdad a tu padre, lo confieso, pero él era tu padre y pensé que era justo que te viera. Y luego inventé esa historia del diablo para protegerte, fue una tontería por supuesto.

Prude miró a su madre aturdida.

—¿Entonces tú y ese hombre siguieron durmiendo juntos?

Su madre la miró avergonzada.

—Lo hice para protegerte, para que no te robara de mi lado, hice todo lo que me decía.

Prudence pensó que su madre estaba loca y que toda esa historia era una completa locura también. No, no podía ser. Su padre... su padre era Jason.

—Lo siento mucho cariño, pero tenía que decirte la verdad. Y en realidad

inventé esa historia del diablo porque cada vez que veías a tu padre te asustabas, y un día llegaste llorando porque Jefferson quiso llevarte con él. Eras una niña pelirroja de cabello enrulado, tan adorable como una muñeca y tan dulce. Él estaba loco por ti.

—Así que inventaste lo del demonio y hasta le pediste al padre Alfred para que me buscara un marido.

Su madre pareció avergonzada.

—Sí, lo hice para protegerte y para que tu padre nunca supiera la verdad. Porque él estaba siempre merodeando no nos dejaba en paz. No importaba cuánto le complaciera ni te viera, él quería abandonara a tu padre y te criáramos juntos. Pero yo no iba a hacer eso, quiero a tu padre, siempre lo he amado e hice todo esto por él. Sabía cuánto quería tener un hijo y te adora. Él es tu padre y siempre lo será. Tenía que decírtelo.

Sí, claro tenía que abrir la bocota.

—Pues no sé para qué. Habría preferido creer que el diablo me seguía—dijo Prude furiosa.

Su madre intentó calmarla.

—Esto ya no importa Prude, tú vas a casarte y seré muy feliz cuidando a mis nietos. Sueño con conocer a mis nietos. La doctora que te atendió dijo que eras muy fértil y seguramente tú tendrás todos los niños que yo no pude tener.

Porque cuando te engendré deseaba tanto quedar embarazada...

—Oh basta de supersticiones y tonterías, eso no es verdad. Ya no quiero tener muchos hijos mamá ahora ni siquiera quiero casarme. Siento que todo ha sido una mentira, que mi vida es una maldita mentira... mi padre no era mi padre y yo fui engendrada del modo peor. Mi padre era pelirrojo y su piel era de fuego y yo lo veía y sentía terror. Era un hombre malo por eso yo decía que era el diablo. Y mi novio tampoco es quien yo creía, sólo quiere tener una esposa virgen para saciar su lujuria y no sentirse solo y rechazado. Me atará a la cama y me llenará de hijos. ¿Y tú crees que eso es todo lo que puedo querer en esta vida? ¡Maldición! Ese era tu sueño mamá, no el mío. Yo no quiero eso. pensé que él me amaba, y que sería el marido perfecto para mí. Tan bueno y maduro.

—Prude, todos los hombres se casan para tener sexo, pero no sólo quieren una esposa que sea satisfactoria para ellos. Buscan afecto, formar un hogar y una familia. Pero para el hombre el sexo es muy importante. No debes pensar que tu novio es distinto a los demás, debes ser comprensiva. Es un buen hombre y te adora, cariño, está loco por ti y quiere una familia numerosa.

Prudence se sintió enferma cuando escuchó aquello.

Ya no le parecía tan divertido casarse y tener muchos niños, sabía que en ocasiones los sueños se hacían trizas. Allí estaba su madre que siempre había soñado con tener una larga mesa llena de hijos, llamarlos por número, y en realidad se lamentaba de haber abandonado su trabajo y sentir que no se había

realizado totalmente como mujer. Rayos. Nunca había sido tan sincera en toda su vida y ahora entendía por qué su fobia a los espacios abiertos, su amor por los pequeños quehaceres domésticos, no era más que su forma de conformarse, de tratar de ser feliz y sentir que era feliz. Y ahora estaba tejiendo ropita porque estaba convencida de que ella tendría una niña.

Ella que no era hija de su padre sino el fruto de una violación.

Ella que no la seguía el demonio como pensaba sino el fantasma del hombre que había su padre en vida. Porque ese loco pervertido no sabía lo que era conquistar a una mujer, amar, acariciar, todo lo tenía con violencia y amenazas. Y siguió durmiendo con su madre esos años, a escondidas, y ella cedió a él por temor a que su padre lo supiera todo. Una relación enfermiza y horrible. ¡Y encima lo defendía! Sólo porque le hizo un bebé luego de violarla y como ese era su sueño imposible. ¡Rayos!

—Cariño, tú no estás bien. No te vayas ahora. Lo siento mucho, tenías que saberlo. Algún día tenía que decírtelo, iba a esperar al día de tu boda.

Prudence se sintió enferma de rabia, tan confundida que no supo qué hacer. Estaba furiosa. Herida. Asqueada. Y sólo quería largarse antes de que su madre le hiciera más confesiones terribles ese día.

—Tengo prisa mamá, quería hablar con papá sobre esto, pero no creo que sea necesario. Ya sé la verdad—le dijo.

Su madre trató de detenerla.

—Trata de aceptarlo, trata de entenderlo por favor. No podemos cambiar el pasado y tú vas a casarte con un hombre maravilloso, un hombre rico y honesto, un arquitecto. No lo eches todo a perder. Déjalo que crea que el demonio te persigue. Querrá cuidarte y nunca te abandonará y con el tiempo todo esto se olvidará. El tiempo cura las heridas mi niña, siempre cura las heridas. Yo ya me sané mi niña, el día que te tuve en mis brazos todo el dolor que me provocó ese hombre desapareció. No sé por qué pasó, sé que debió ser tu padre, pero no fue así. Déjalo así. Sólo tú debes saberlo, nadie más. No se lo digas nunca a tu padre, no le hagas ese daño por favor. Aunque ya no esté. Promételo.

—No diré nada mamá, te lo prometo.

—Ahora cálmate y bebe otra taza de té, no te vayas así nerviosa o tu esposo se dará cuenta.

—Todavía no es mi esposo.

—Pero lo será en unos días.

—Ya no sé si quiero casarme con él.

—Ay no digas eso. Sólo te sientes confundida.

—Estoy herida mamá, estoy destrozada... casi habría deseado que me siguiera el diablo antes que saber esto—dijo.

—Cariño bebe este té, te sentirás mejor. Eres joven y hermosa, eres sana y vas a casarte. No dejes que nada te impida cumplir tu sueño. Necesitas a Peter y sé que él te hará muy feliz, es un buen hombre. Además, Jason es tu padre, siempre fue tu padre y nada debe cambiar entre los dos, sabes que no podías tener un padre más amoroso que él.

Para ella era muy fácil decirlo, pero para Prude no era tan fácil de asimilar esa bomba y en esos momentos simplemente no quería nada y punto.

Pero aceptó un vaso de agua fría, eso sí. Algo fresco que le diera fuerzas mientras su mente iba a mil por hora pensando y pensando...

Ahora su novio pensaba que el demonio la había marcado para reservarla para él, para que fuera su amante. Una historia absurda sacada de una leyenda urbana de Halloween. No era cierto. El diablo había sido su verdadero padre. Ese hombre misterioso de traje que seguía sus pasos, vivo y luego desde el más allá. Por eso sólo se quedaba allí aguardando que llegara a salvo a su casa, como si quisiera cuidarla.

Y ella que creía tener un admirador secreto.

Casi habría preferido que fuera así, un admirador chiflado que la rescatara de su monótona y programada existencia.

—¿Te sientes mejor, cariño? —le preguntó su madre con dulzura.

Prude la miró atontada y de pronto comprendió que ella lo había planeado

todo y vio la caja llena de ropita de bebé porque estaba deseando que su hija se casara y se convirtiera en una incubadora viviente. Uno tras otro, dos, tres, cuatro. Seguramente había tejido un montón de ropita para sus futuros nietos. Y eso debía ser un gesto tierno le pareció una completa abominación, una esclavitud. Como si ella fuera el fantasma que seguía sus pasos, un fantasma que anhelaba vivir a través de otra persona porque su vida nunca había sido feliz, porque su sueño de tener una familia numerosa se había truncado. Y la había dejado volar un tiempo sí, abrió la jaula de su casa y ella voló presta para Boston dejando a sus padres aterrados de que le pasara algo y terminara en la lista de chicas jóvenes desaparecidas. Estudió un tiempo y se recibió, obtuvo un buen puesto y luego... le encontraron un marido para tentarla porque llevaba años buscando un novio y estaba cansada de estar sola. Soñaba con casarse de blanco y tener hijos, desde niña siempre había querido ser madre como si lo hubiera heredado de Beatrice...

Pero otra vez regresaba a la jaula, a jugar a la casita, a los bebés. A tener un marido que la dejaría encerrada por temor a que el diablo fuera a buscarla. Todo lo que había conquistado lo perdería para convertirse en la señora Bradley como su madre lo perdió todo luego de ser atacada por ese psicópata.

—Debo irme, mami. Peter se preocupará—inventó y tomó el celular.

Pero no llamaría a su novio para que fuera a buscarla.

Necesitaba estar sola, diablos. Sola sin tener que conversar o explicar nada,

sin tener que dar explicaciones ni...

Maldita sea, ningún diablo seguía sus pasos. ¿Cómo pudo creer ese disparate?

El diablo no existía y tenía dudas de que existiera Dios a esa altura.

No había nada más lindo que caminar libremente por la calle sin pensar que algo horrible podía pasarle en cualquier momento.

Necesitaba de ese tiempo para pensar y digerir esas revelaciones nefastas sobre su origen.

Y mientras caminaba y miraba distraída a su alrededor pensó que toda esa historia parecía muy irreal. ¿Su madre realmente había sido violada por ese hombre o se dejó llevar luego de unas copas en una fiesta de la empresa?

Empezaba a hacerse preguntas porque no entendía bien qué relación tenía su madre con ese sujeto. ¿Cómo permitió que él la viera como si nada sólo porque era su padre biológico?

Ella jamás debió saber que había tenido un padre como ese.

Su celular sonó entonces y no quería atender porque pensó que sería su novio para decirle que iría a buscarla en una hora. Pero el maldito volvió a sonar y no quería atender porque pensó que sería su novio para decirle que iría a buscarla en una hora. Pero el maldito volvió a sonar.

Lo tomó molesta y entonces no reconoció el número.

—Señorita Hamilton. Soy McNeil.

Su antiguo jefe. Vaya.

—¿Cómo está señor MacNeil? —preguntó nerviosa.

—Bien, me siento feliz. ¿Ya se casó señorita?

—Todavía no. Quizás el viernes.

—Demonios, no se la oye muy animada.

No, no lo estaba, estaba al borde de las lágrimas.

—Estoy bien. Lamento mucho lo del incendio, le aseguro que en la congregación también están muy apenados.

—Bueno, la policía está siguiendo una línea de investigación nueva. Parece que fueron unos adolescentes que dejaron una fogata encendida y se fueron.

Esas palabras le causaron tanto alivio.

—Pues me alegro.

—Señorita Prudence, no son buenas noticias para su amada congregación.

—¿Qué dice?

—Los jóvenes que incendiaron por accidente pertenecen a la congregación cristiana del padre Alfred y dicen que lo hicieron para espantar al demonio. Esa era su idea. Ahora no podrán escapar a la demanda.

—Señor MacNeil, aguarde, no puede hacer eso. Son gente que no tiene dinero y lo poco que tienen lo utilizan para ayudar a los demás. Hacen una

obra muy importante en Providence.

—Sí, eso he oído. Sé que hacen una obra muy importante pero el daño que he sufrido en mi propiedad es cuantioso. Sospecho que alguien los envió a invadir mi propiedad. Y tendré que seguir adelante con la demanda, lo siento.

—Señor MacNeil, usted nunca dijo que esa fuera su propiedad. Jamás me advirtió eso. dijo que era de un amigo.

Él demoró en responderle.

—Era un legado familiar señorita, un legado que sólo quería vender a un precio conveniente. Un negocio que se vio arruinado causándome pérdidas cuantiosas.

—Pero usted tiene otras propiedades, no es un hombre pobre.

—Y eso qué?

—Si usted demanda a la congregación ellos no podrán seguir adelante con su importante proyecto, deberán venderlo todo. Por favor señor MacNeil, no puede ser tan cruel. Quizás podríamos llegar a un acuerdo.

—¿Un acuerdo?

—Tengo mis ahorros, puedo pedir prestado.

—Señorita Prude, esa casa valía medio millón de dólares realmente tiene ¿usted ese dinero para pagármelo?

—No, pero por favor, no sea tan cruel. Si demanda a la congregación ellos tampoco podrán pagarle y se embargarán sus bienes, eso no es justo. Los

arruinará, por favor.

Al ver que lloraba su jefe recapituló.

—Está bien, quizás podemos llegar a un acuerdo con respecto a eso. si vuelve a trabajar conmigo quizás se me vaya todo el enfado que tengo con esa congregación. Venga a verme mañana para conversar sobre esto. Es usted una empleada muy valiosa y no quiero perderla por una boda. Piénselo. No hay razón para que deje de trabajar.

—Pero me mudaré muy lejos.

—Eso lo podemos arreglar, pondré oficinas en Saint Denis, me agrada ese pueblo monacal de filántropos y monjes errantes.

Prudence rio cuando dijo eso.

—Está bien, iré mañana temprano.

—Enviaré a mi chofer.

—No, no es necesario. Tomaré el metro a primera hora.

—¿Tomará el metro?

—Sí. Me encanta viajar en Metro.

—Es un viaje largo, a su novio no le gustará que lo desafíe así.

—Es mi novio, no mi dueño.

—Muy bien, me encanta que sea independiente. Pero si quiere puedo enviar a mi chofer. Quisiera que aceptara que mi chofer la trajera sana y salva a mi oficina.

—Le agradezco, pero quiero viajar en tren, hace tiempo que no lo hago.

—La espero en el correr de la mañana, temo que va a tardar si viene en tren, pero no importa. Avíseme cuando llegue.

—Lo haré.

Y ahora que sabía que ningún demonio seguía sus pasos....

Sabía que su novio se disgustaría que saliera justo un día antes de la boda, pero al diablo. Ya estaba cansada de sus consejos. De que quisiera protegerla.

Esa vida doméstica de cuidados intensivos no era para ella. No quería terminar como su madre, encerrada en casa tejiendo ropita de bebé sin tener otra aspiración en la vida. Esperando que llegara su padre, horneando su pastel favorito. Y ella había estudiado, tuvo un puesto casi de gerencia en una empresa de publicidad.

No quería ser como ella, y necesitaba alejarse de Providence, de su boda, tomar distancia y saber si realmente quería casarse con Peter. Era tan joven y no había vivido nada. Casi nada. Pasó tanto tiempo en su caja de cristal.

Era temprano y estaba cerca del parque y se detuvo para ver a los niños jugando, corriendo felices, gritando, sonrientes. Ella adoraba a los niños y le daba tanta paz detenerse en una plaza sólo para verlos jugar, reír, ser

felices. Era un momento mágico de la vida dónde sólo importa crecer, reír, soñar, descubrir ese mundo que soñamos maravilloso, casi mágico. Todo nos sorprende y nos resulta tan fascinante, tan bello. Ver ese cielo azul inmenso, ese sol mágico que nos ilumina y da calor...

Llegó a casa de su novio una hora después y lo encontró descolocado, furioso y asustado.

—Prude, al fin. Dios mío. ¿Sabes la angustia que he pasado? ¿Por qué no quisiste que fuera por ti? ¿Dónde estabas? Mi chofer dijo que no quisiste que se quedara esperándote.

En un momento corrió hasta ella y la abrazó sin dejar de hacerle preguntas. Preguntas que no se molestó en responder.

—Estaba en casa de mis padres y quise volver caminando. Estuve en la plaza y me quedé mirando a los niños jugando, sabes que me encanta hacer eso. tenía el día libre, siempre tengo el día libre. Por eso me aburro.

No le mentiría, estaba harta de que todo el mundo le mintiera.

—Pero Prude, tú no puedes simplemente desaparecer así. ¿Sabes la angustia que me hiciste pasar?

—Lo siento... es que quería caminar.

Ella se dejó caer en una poltrona cansada. Había caminado más de una hora sin darse cuenta, pero ahora sentía las piernas doloridas, y todo el cuerpo. Al menos la caminata había servido para aplacar sus nervios.

—Aquí no hay bandidos Peter, sólo demonios y gente mentirosa—  
declaró—Acabo de saber que mi verdadero padre no es Jason Hamilton sino  
un tal Andrew Jefferson.

Su novio la miró sorprendido, sabía que le pasaba algo, pero no  
entendía qué y eso lo fastidiaba de sobremanera.

—¿Qué dices?

Prude le contó la verdad, tenía que hacerlo. Era una pesada carga para  
ella.

—Andrew Jefferson? Pero no puede ser.

—¿Acaso lo conoces?

—Sí, lo conozco. Es un viejo amigo mío, es arquitecto y fue quien me  
ayudó con el proyecto de Saint Denis. También conocía al padre Alfred.

Ella lo miró helada y luego furiosa sintiendo cómo el calor le subía  
lentamente por todo el cuerpo. Era un volcán cuando se enojaba. Luego  
respiró hondo y comprendió que no era su culpa, que Peter nada tenía que ver  
con todo ese asunto siniestro de su madre, y su amante diabólico.

—Acabo de enterarme de que ese hombre es mi padre. Y que en sus  
años mozos al parecer se enamoró de mi madre, la siguió durante meses, pues  
trabajaba cerca de ella. Como supo que era casada y que jamás tendría chance  
de conquistarla una noche la raptó, la encerró en su pent-house y la violó  
varios días seguidos. Y luego, a los tres meses mi madre descubrió que estaba

embarazada de su violador y en vez de abortar como habría hecho una mujer sensata me tuvo y yo, me entero, veintitrés años después que mi padre, mi amoroso padre no me engendró sino ese rico pervertido llamado Andrew Jefferson.

Peter no daba crédito a lo que decía.

—¿Y cómo crees que me siento Peter? Acabo de hablar con mi madre, de preguntarle sobre la carta del padre Alfred pues saber que el diablo me seguía me tenía muy asustada y nerviosa y me entero de algo mucho peor. Me entero de que el único diablo que veía de niña y me daba terror era mi propio padre.

—Prude, lo siento mucho. No sé qué más decirte, pero... es que no puedo creer lo que me dices. Andrew es un buen hombre, es uno de los pilares de la congregación, él ha donado gran parte de su fortuna a la iglesia, y fue el creador de los talleres de recuperación de jóvenes drogadictos y fugitivos y también de madres solteras sin hogar ni recursos. Él ha hecho mucho por la comunidad, pero jamás quiso dar publicidad, yo lo sé porque soy su mano derecha.

—¿Eres su mano derecha?

—No me culpes preciosa, yo no sabía nada y te juro que no puedo creer que hiciera eso a tu madre. Quizás tiene un pasado turbio de abuso de drogas, pero no lo creo, es muy bueno y gentil. A lo mejor fue un desliz de tu

madre, una aventura que no quiso decir y por favor, no te enfades con ella, pero yo no creo que Andrew la violara como dice. A menos que se drogara o fuera otra persona.

—¿Crees que es mentira? Ella siempre amó a mi padre.

—Prudence, las personas son débiles, todos somos débiles, somos seres humanos y a lo mejor se sintió atraída por las atenciones de Andrew. Si él hubiera sido un perverso como dices, si la hubiera violado ¿crees que la habría buscado y habría querido estar cerca del fruto de esa noche? Quizás fue un desliz, una aventura y tu madre se arrepintió. No la juzgues, pero tampoco pienses lo peor de tu padre. Toda esa historia del demonio que seguía tus pasos... seguramente la inventó para cubrir su falta para que su marido nunca se enterara de que había tenido una aventura.

—¿Y ahora quieres que piense que mi madre engañó a mi padre? ¿Que se comportó como una zorra?

—No digo eso, por favor. No hables así de tu madre, es una señora decente que siempre ayuda en la congregación, pero quizás se enamoró, fue débil. Muchas personas tienen debilidades en su juventud, en especial cuando se trata de líos del corazón. Yo no creo que Andrew le hiciera daño, es un hombre buenísimo y gentil, tranquilo. A menos que tenga un pasado oscuro de drogas o adicciones, pero lo dudo. Tienes que ver cómo trata a las personas y cómo se preocupa por la comunidad. Prude, él dejó parte de su fortuna en la

congregación para ayudar porque todos los proyectos del padre Alfred necesitaban una inversión, necesitaban donaciones y hoy día muchos hacen de la caridad un negocio. Piden colaboración al gobierno, a los ricos, pero no siempre llevan a cabo aquello que prometen. El padre Alfred no era así, pero pocos confiaban en él por ser católico y porque él no era como esos predicadores que andaba por todos lados sacándose cartel de todo lo que hacía. Pero su obra está, su obra pudo llevarse a cabo por la generosidad de los donativos y del hombre que es tu padre. Un hombre ruin que violaba mujeres estaría muerto ahora o preso. Yo no creo que él sea ese hombre, pero quizás tu madre lo dijo para ocultar su propio pecado.

Prude movió la cabeza, llena de dudas. Qué difícil era todo.

—¿Y ahora a quién debo creerle? Estoy harta de las mentiras—dijo al fin.

—Pero viviremos en Saint Denis, Prude, vamos a casarnos. Todo esto no debió ser, tu madre pudo esperar para tirar esta bomba ¿no lo crees? Ahora te dejó lastimada y confundida y no es para menos.

—Al menos dijo la verdad, que no hay ningún demonio siguiendo mis pasos y que ese sujeto que veía de niña y me asustaba era mi propio padre.

—Prude, tienes que perdonarlo. Tienes que perdonar. No es tu culpa nada de lo que pasó entre ellos, te digo lo que sé de él, es un hombre bueno y muy inteligente, es gentil y no es como los ricos que viven para sí mismos

obsesionados por hacer más dinero. No lo juzgues por lo que tu madre dice que hizo, quizás sea mentira y si pasó, él debió arrepentirse y por eso buscó ayuda en la congregación—hizo una pausa y se sentó en un sillón y la miró— Sé que es difícil para ti, también detesto las mentiras, y sé que una mentira trae a otra y al final no puedes saber qué es verdad y qué no lo es. Trata de sobreponerte a esto. Al menos has tenido siempre a tus padres pendientes de ti. Ellos te aman y se preocupan. Pero sería muy triste que no vieras a tu verdadero padre, que no le dieras una oportunidad. Él siempre ha estado cerca de ti y seguramente te ama. Eres su hija, Prude.

—Mi padre no es ese hombre, es Jason. Y no me gusta nada saber que fui engendrada así, que soy el fruto de una violación. Yo no creo que mi madre mintiera, la conozco bien. Ella quedó medio loca después de eso, dejó el trabajo y vivía encerrada en casa, sé que en esa época nos mudándonos todo el tiempo. Mi madre era preciosa de joven, era muy hermosa y elegante, no me extraña que ese sujeto la acosara y al verse frustrado la violara. Y por eso luego habrá querido reivindicarse, hacer el bien con otras personas para limpiar su propia conciencia, para exhumar su propio pecado. Tiene sentido si lo piensas. Es como una expiación.

—Bueno, tal vez sea eso, no lo sé, lo que te digo que ya pasó, no puedes mortificarte porque nada de lo que pasó fue tu culpa. Las personas se equivocan y creo que tu madre quiso enmendar lo que hizo al mantenerte

siempre alejada de tu padre, aunque según me cuentas tú llegaste aquí casi al mismo tiempo que tu padre. Prude... escucha. Habla con él, escucha lo que tenga que decirte, a lo mejor la historia no es como te la han contado.

—Pues ahora no se me antoja escuchar su historia ni tampoco mudarme a Saint Denis sabiendo que él estará allí, por favor. Trata de entenderlo tú.

—Pero faltan sólo tres días para nuestra boda, no puedes decirme eso. Nuestra casa está terminada, ya tengo las llaves.

—¿Y esperas que viva cerca de mi padre, cerca del hombre que hizo daño a mi madre, que le causó tanto sufrimiento? Claro tú eres hombre, ¿no crees que existan las mujeres violadas verdad?

Su novio la miró con cara de espanto.

—No digas eso, yo no quise decir que tu madre... sólo que no me parecía que Andrew fuera esa clase de hombre demente.

—¿Y si lo es? ¿Crees que quisiera tener un padre violador? Por más que sea un hombre querido y respetado en la congregación. Pero para mí no es nadie. No es mi padre ni quiero saber nada de él. Y no me mudaré a Saint Denis ni creo que sea buena idea casarnos. Ya no hay motivos para que tengas que protegerme, Peter, te libero de tu promesa, de la promesa que le hiciste al padre Alfred.

—Prude, no digas eso, no hice ninguna promesa. ¿Por qué haces esto? ¿Ahora me castigarás por lo que te contó tu madre? Yo no soy culpable de eso,

no sabía nada de Andrew, te lo juro.

—Pero me persigues, me celas, me agobias. No necesito tu protección ni necesito tener un marido que me tenga encerrada en la casa todo el día para que viva para él y deje atrás mis sueños. Yo nunca quise esta vida, fue mi madre que la quería. Soy como su reencarnación, como si viviera a través de mí y ahora entiendo por qué lo hace y saberlo es horrible. Sólo quiere que me case y le dé muchos nietos porque le chiflan los niños, siempre quiso tener una docena de hijos y no pudo y ahora... ahora me arrastró aquí aprovechándose de mi debilidad, pues me sentía un poco sola por no tener novio como mis amigas. Me inculcó toda esa porquería de casarme virgen, de hacerme valer y respetar, me lavó el cerebro toda su vida para que pudiera ser su clon, una reencarnación viviente. Y quizás con el tiempo me convertiré en eso y no quiero, me da terror hacerlo. Y tú me trajiste aquí, apuraste las cosas porque el padre te escribió esa carta antes de morir y quisiste protegerme. Pero ya no hay demonio que siga mis pasos, a menos que te refieras a mi padre. Ya no hay demonio, ni tienes de qué preocuparte. Yo no quiero seguir con esto, quiero vivir mi vida, quiero sentirme enamorada Peter y siento que el amor que sentía por ti pasó. Y perdóname por decírtelo, por lastimarte. Eres un buen hombre y te quiero mucho y sé que esto me va a doler, pero ahora no quiero seguir con esta boda. No quiero casarme así, con prisas, sin estar segura. Estos días me he sentido atada, asfixiada y los antidepressivos no me han ayudado a sentirme

diferente. Ni siquiera estoy preparada para el sexo, me siento insegura, me da miedo.

—Prude, no digas eso. entiendo lo que me dices y no me siento herido. Sólo déjame ayudarte. No tiene que sentir miedo. Eres preciosa, eres toda una mujer y lo lamento, lamento haberte encerrado aquí, haber precipitado las cosas. Tenía miedo de que ese demonio te llevara y me alegra saber que no es verdad, que todo fue una mentira de tu madre. Un teatro que inventó para justificar la presencia de tu padre cerca de ti.

Prudence se echó a llorar. Se sintió como una perra porque él se le acercó y le dijo que entendía. Que entendía que había actuado mal y le pedía perdón.

—No me abandones ahora Prudence, por favor. Te lo ruego. Tomemos un tiempo si quieres, puedo aplazar todo, no es necesario casarnos ahora. Puedo esperar.

—Quiero volver a mi departamento, quiero estar sola un tiempo. Lo necesito. No quiero quedarme aquí. Por favor. Déjame ir. No estoy lista para casarme, sufro una horrible depresión día tras día y ya no puedo ocultarlo. Esto no es para mí, no así. Lo lamento mucho Peter, eres un buen hombre y sé que has sido tan bueno conmigo, pero todo esto me ha dejado destrozada. Y no me siento preparada para seguir adelante ni convertirme en la esposa que tú necesitas.

Entonces él comprendió que ella quería dejarlo, en ese momento él se dio cuenta de que era el adiós y que estaría solo.

—Está bien, lo entiendo.

Quieres

terminar. Pero no olvides que primero fuimos amigos Prude y como amigo te diré que no es lo que crees. Esta es tu vida preciosa, y no eres la proyección ni la reencarnación de nadie. Tú eres dueña de tu vida y de tu destino. Tu madre jamás podrá vivir la vida que no tuvo ni sientas que ella lo planeó todo porque no es verdad. Y no voy a llenarte de hijos como tu madre cree, los niños hay que desearlos y podemos cuidarnos, evitar los embarazos. Yo creí que tú querías tener muchos niños, pero no me malinterpretes. A los niños hay que desearlos, hay que planearlos y sé que tú no estás madura para dar ese paso. Eres como una niña encerrada en el cuerpo de una mujer hermosa. Y todo esto te ha dejado descolocada, pero en realidad es tu excusa para escapar, porque no te sientes preparada para el matrimonio y no creas que esto es fácil para mí. Te hablo como tu amigo, pero yo también te amo Prudence, te amo y esto me duele mucho sí, pero lo entiendo. No soy un maldito troglodita, realmente creí la historia del diablo porque sé que existe y hace mucho daño a las personas. Y si quieres irte no te detendré ni me echaré a llorar como un marica. No lo haré. Te ayudaré a regresar a tu departamento, recuperaré tus cosas y estarás de nuevo donde te sientes más cómoda. Pero quiero que

entiendas que eso será el fin. Seré tu amigo si quieres, pero ya no seré tu novio. Si te marchas ahora debes tener la sensatez y la seguridad de que esto no es una pelea más, es el fin. No habrá boda y estarás sola. Sin mí. Y yo me buscaré otra mujer porque necesito una esposa Prude, una compañera, estuve solo toda mi vida y tengo la necesidad imperiosa de formar una familia, de tener un hogar junto a una mujer que sí quiera estar conmigo y me ame. Sé que todo lleva tiempo, sé que tardaré años en reponerme de esto, pero lo haré. He vivido cosas mucho peores, tú lo sabes. Quería que fueras tú, diablos... quería tanto que fueras mía, mi esposa Prude, pero si te sientes mal ahora y agobiada no te retendré.

Prudence lloró cuando dijo eso, no pudo contenerse y él la abrazó, la estrechó entre sus brazos y le dio un beso ardiente y desesperado. Un beso que decía cuánto la amaba y la deseaba. Era un buen hombre, pero no se quedaría esperándola si se marchaba. Si se iba sería el fin. Y ella se sintió tan triste y confundida entonces ¿por qué quería dejar a un hombre tan bueno y noble como Peter? Era su novio, su amigo y él tenía algo que la sedaba, que la calmaba. Con él podía conversar y abrir su corazón que él siempre le haría ver las cosas de otra forma, que él traería sosiego a su alma. Lo quería, era su amigo, su primer novio, el hombre con el que soñó casarse un día. Sabía que no era algo pasional, era su mejor elección, un hombre íntegro, que la amaría y le sería fiel.

Pero Prude estaba demasiado herida y confundida y necesitaba tomar distancia. Necesitaba hacerlo. Sabía que nada sería como antes por más que lo intentara.

Él la liberó y luego dijo que iría al supermercado pues la nevera y la alacena estaban casi vacías.

Quizás fue su excusa para alejarse y dejarla sola. Respetaba su decisión, pero comprendía que era el fin y quería tomar distancia.

Puede que aquello fuera una prueba, un distanciamiento necesario para saber si realmente quería marcharse y poner fin a su relación o volver con él y convertirse en su esposa.

\*\*\*\*\*

Al día siguiente se sintió mal, pero tenía tal angustia que se sintió incapaz de llorar.

Él la llevó hasta Boston y le consiguió una casita amueblada ubicada en un pintoresco complejo de viviendas llamado Spring Valley para que no tuviera que trasladar sus pertenencias. Era de un miembro de la congregación y sería una especie de retiro espiritual, se quedaría allí unos días para poder pensar con calma en lo que haría.

Sintió tristeza al dejar la casa de Peter con sus cosas, pero sabía que era lo mejor en esos momentos. No era justo que se aferrara a él cuando sufría depresión y su madre acababa de hacerle comprender que había estado

proyectando en ella todos sus sueños frustrados.

Durante el viaje no hablaron.

—Aquí estarás bien, Prude. Es una casita pequeña pero encantadora, de un barrio privado y su dueño viaja mucho a Europa y permanece vacío.

—Gracias Peter.

—No es nada. Sabes que te quiero Prude, y no quiero que estés conmigo si no te sientes preparada. Si este tiempo te hace bien será mejor para todos. Además, sé que necesitas procesar todo esto. Lo que te ha pasado no es nada fácil de asimilar. Tu madre pudo esperar a después de la boda para hacerte una revelación como esa o pudo hacerlo antes, pero bueno, ella tendrá sus razones. Pero te ama Prudence, eres su única hija y tu padre también, son personas buenas de gran corazón. No te alejes ni te enfades con ellos. Eres todo lo que tienen.

—Sí, lo sé... pero necesito tiempo. Tú lo sabes. Pero no quiero ni oír nada de mi padre biológico.

Llegaron a la casita del barrio Spring Valley en las afueras de Boston. Un barrio muy bonito y pintoresco pero lujoso, con sendos portones de hierro y varios guardias de seguridad.

Cuando entraron y vio la casa pensó que parecía una casa de muñecas. Era pequeña, pero lo tenía todo, y todo perfectamente decorado y organizado.

Cuadros de la virgen y el niño, crucifijos y algunos objetos de arte muy

valioso. Esculturas.

—Es un lugar hermoso.

Peter sonrió y le dio un beso.

—Y estarás segura. La mayoría de los vecinos de aquí son de la congregación. Estarás bien.

Prudence lo miró y le dio las gracias y se derrumbó.

—Gracias... me siento mal por todo esto. No sé qué me pasa.

Él tomó sus manos y las besó con suavidad.

—Tranquila, no es nada, somos amigos, somos parte de la congregación cristiana del padre Alfred, pero somos humanos, tenemos dudas y es natural que estés así. A lo mejor necesitas más tiempo y yo... me asusté mucho y quise apurarte, pero eso no fue buena idea. Todo lleva tiempo y lo sé. Pero no creas que por eso debes volver conmigo. Te lo digo como amigo, Prude. Si piensas que no estás lista para casarte y sólo quieres mi amistad. No te sientas mal por eso. tranquila. Tú necesitas tomar distancia y lo entiendo. Quédate aquí el tiempo que necesites.

Prudence le dio las gracias y lloró mucho cuando se fue. Se sintió tan triste y vacía.

Luego se dijo que no podía quedarse así. Necesitaba ese tiempo, no podía salir corriendo detrás de Peter porque era el hombre más bueno que había conocido y me había demostrado cuánto me amaba. Esperaría, dijo que

esperaría a que estuviera lista, pero aceptaría mi decisión fuera cual fuera. Pero ella sabía que no volvería con Peter.

Tantas cosas habían cambiado esas semanas y eso había afectado su relación. La había afectado todo y además... pensaba en su jefe con frecuencia y en ese beso que le había robado. No podía evitarlo. Era como su amante fantasma, algo prohibido y extraño.

Mientras daba vueltas por la casa se dejó caer en una poltrona cuando de pronto sintió su celular sonar enloquecido.

Era su jefe claro.

—Señorita Hamilton. Hace dos horas que la espero. ¿Es que llegará hoy o vendrá mañana?

—Lo siento, lo había olvidado es que hoy no me siento bien.

—¿Qué le pasa? ¿Le duele la cabeza?

—Me duele todo señor MacNeil y creo que hoy no podré ir a la cita. Iré mañana a primera hora cuando esté mejor—su voz se quebró. Entonces su jefe entendió que la cosa iba en serio y decidió dejarla en paz.

—Está bien. Mañana. Puedo enviar a mi chofer a buscarla si quiere.

—No, no será necesario. Tomaré un taxi. Estoy cerca de la empresa. Acabo de llegar a Boston.

—¿De veras? Oh vaya, ¿regresó a su departamento? —su alegría era evidente.

—No... estoy en una casa que me prestaron. Me tomaré unos días de descanso para reflexionar y...—se detuvo en seco. ¿Por qué rayos le daba explicaciones a ese hombre? No era más que su antiguo jefe.

—Qué magnífica noticia. Sabe. La escuché muy estresada y nerviosa la última vez que hablé con usted. Pero es normal, yo estaría en shock si tuviera que casarme en tres días—rio como si la broma fuera graciosa.

Iba a protestar, pero no quiso continuar esa conversación, eran asuntos personales que no le incumbían para nada.

Cuando cortó la llamada se metió en la cama y se durmió. Necesitaba descansar y olvidar, pero se durmió con lágrimas en los ojos pensando en Peter, preguntándose cómo había tenido coraje para abandonarlo, ¿por qué lo había hecho?

\*\*\*\*\*

Despertó triste y cansada, de mal humor sintiéndose peor que antes. Y de pronto vio la caja de madera y rubíes incrustados y tembló pues no recordaba haberla dejado allí, ni siquiera recordaba haberla llevado.

Se acercó y la miró, pero no quiso abrirla así que la tomó y la guardó en un cajón de la cómoda para no tener que toparse de nuevo con ella.

Entonces se escuchó la alarma de su celular y recordó que tenía una cita con su jefe. Benditas las ganas que tenía de ir. Entró en el baño y abrió los grifos para llenar la bañera con yacusi. Un pequeño capricho del dueño. Vaya

si sabía vivir bien ese hombre.

El baño le hizo bien, pero estaba triste. Extrañaba a Peter y se sentía casi perdida sin él. Esos días en su compañía lo había pasado bien y ahora lo extrañaba.

No se quedaría mucho tiempo allí, no sabía ni por qué lo había hecho.

Sin embargo, supo que necesitaba ese tiempo para estar segura y que no debía dejarse llevar por los arrebatos. Tenía que estar segura. Además, le haría bien estar sola esos días para aclarar la mente.

Buscó su ropa que había guardado a prisa la tarde anterior y escogió su vestido de misa pues era largo y cómodo y en tono color lila con flores minúsculas blancas. Era delicado y cómodo. Fresco. Y se veía como recién salida de la capilla, con el cabello lacio y cobrizo cortado rebajado por los hombros se veía más juvenil sin embargo en sus ojos se veía la angustia de esos últimos días, angustia, desazón y desconcierto.

No se veía bien, estaba cansada y demacrada, pero si se pintaba él pensaría que se había arreglado para él y no era verdad, ni quería que se imaginara nada.

Buscó sus zapatos de taco no muy alto, la cartera color beige y revisó que estuviera el celular.

Miró el reloj, eran las nueve y todavía no había desayunado. Corrió a hacerse un sándwich, pero rayos, ¿con qué lo haría si apenas había pedido una

pizza la noche anterior? No quería comer más pizza, se había hartado.

Abrió la heladera con expresión desconsolada buscando algo y de repente la vio repleta de alimentos frescos y saludables. Fruta fresca cortada en ensalada con jugo de naranja, su favorita, un pastel de chocolate sin cortar, leche, quesos y huevos.

Oh qué detalle había tenido Peter, él sí que pensaba en todo. Hasta había algunas viandas de comidas listas para calentar. Sus platillos favoritos, raviolos frescos...

Apenas pudo tomar un yogurt frutal y un poco de ensalada de frutas, pero pensó que era un alivio no tener que ir corriendo a comprar comida.

Cuando entró en el edificio se encontró con Nelly su antigua compañera de trabajo.

—Prudence, qué alegría verte. Vaya. ¿Ya te has casado? No me invitaste.

Ella parecía ir de salida, pero cuando le dijo que no estaba casada la miró boquiabierta y detuvo el ascensor para subir con ella.

—¿Qué te pasó? ¿Acaso dejaste con tu novio arquitecto?

—No, pero nos dimos un tiempo. Todo fue muy precipitado y además extrañaba la ciudad.

—Oh y yo te extrañé a ti. No sabes qué tonto es el nuevo asistente de MacNeil. Todo tiene que preguntar porque no sabe hacer nada. Dicen que lo

contrató para hacerle un favor a un amigo y que está muy arrepentido.

Prudence sonrió, vaya cuánto extrañaba los líos de oficina, ¿quién iba decirle? No sabía en qué momento dejó de ser una pueblerina y se convirtió en ciudadina. Quizás en el preciso instante en que conquistó su independencia y se fue a estudiar a la ciudad.

Cuando llegó al piso doce Nelly le había contado todos los últimos chismes de todas las oficinas en voz muy baja para que nadie del ascensor pudiera escucharla.

Y hasta le dijo algo que la dejó muy colorada.

—Creo que el irlandés te extraña, ha estado con un humor de perros estos días, de mal en peor y con ese asistente... y luego el incendio. ¿Te has enterado?

—Sí, fue una tragedia.

—La mansión era de él. Y la quería vender porque se va de este país. Quiere volver a Irlanda. Extraña mucho.

—Nelly, te sabes toda su vida—dijo Prude azorada.

Su amiga tuvo la delicadeza de sonrojarse.

—Bueno, es lo que he oído. Está vendiendo otras propiedades porque todo aquí ha ido de mal en peor y no le interesa mantener tantas propiedades sin vender.

Qué extraño, ¿por eso estaría planeando demandar a la congregación?

¿Estaría arruinado? Siempre había creído que era un hombre rico, tan ambicioso, no podía creer que sus negocios anduvieran mal pero bueno, sería la crisis. A todos les había llegado la crisis económica del país.

Esperaba que no estuviera muy enojado con ella.

Si lo hacía por dinero entonces nada lo detendría, haría la demanda porque necesitaba mucho vender esa casa para largarse a Irlanda.

Prudence tembló de pies a cabeza cuando lo vio parado en el escritorio mirándola con el celular en la mano. Había alguien con él, un hombre rubio alto y corpulento con cara de tonto.

Él también la había visto y sus ojos la miraron de forma extraña. Prudence lo miró un instante, pero luego apartó la mirada al tiempo que el hombre rubio se presentaba como el nuevo asistente y se marchaba. Apenas le dedicó una mirada.

Se dijo que no tenía ganas de soportar a un jefe malhumorado. ¿Para qué la había llamado? Esperaba poder lograr algo de ella, quería algo de ella no era tonta, pero no estaba de humor.

—Señorita Hamilton. Qué guapa se la ve. Las vacaciones le han sentado bien—dijo.

Ella lo miró sonrojada. La forma en que la miraba ese hombre era una completa impertinencia. Vaya, ni siquiera se molestaba en disimular.

—Buenos días, señor MacNeil. Gracias. En realidad, estoy aquí por

unos días, luego regresaré a Providence.

—De veras? Por favor, acompáñeme al otro despacho para poder conversar con usted a solas.

Prude lo siguió sintiéndose un perrito obediente y faldero, contento de que su amo le prestara atención.

No eran más que palabras zalameras para pedirle algún favor, como cuando le pidió que llamara al padre Alfred. ¿Qué le pediría ahora?

Se sentó en la silla y de pronto se asustó al ver que era la misma oficina donde él la había besado aquella vez.

—Entonces se quedará unos días. Imagino que ha pospuesto su boda.

Ella lo miró.

—Sí...

Él la miró con fijeza nada contento con su respuesta.

—Bueno, gracias por venir señorita. Por hacer un tiempo. Quería hablar con usted de un asunto muy serio y delicado. Los investigadores han encontrado un video que incrimina seriamente a tres jóvenes de su congregación. Aquí está, mire.

Él sacó su Tablet y le mostró un video de la mansión Berestford antes de ser incendiada. Todo estaba oscuro y silencioso y de repente aparecían un grupo de tres jóvenes con mochilas. Fueron filmados de distintos ángulos, pero Prude reconoció a uno, era un joven llamado Elliot Flint, un drogadicto

recuperado que estaba aprendiendo mecánica automotriz y se había recuperado por completo de las drogas.

—¿Conoce a alguno de estos jóvenes, señorita Hamilton? —le preguntó sin dejar de mirarla.

Ella sostuvo su mirada y parpadeó inquieta.

—No se ve bien, pudo ser cualquier joven—balbuceó.

—¿Eso piensa? No lo creo. Mire bien a este joven, el de gorra roja y cabello largo, tiene algo en su chaqueta de cuero, debe ser admirador de alguna banda cristiana.

Prude se sonrojó al ver con horror que ese tonto había llevado el emblema de la congregación, un escudo con una cruz de cruzado. Estaba en muchas partes, en la iglesia de la congregación y ese hombre sabía que ese dibujo de la chaqueta era muy elocuente.

—Este joven es de la congregación y ya sé su nombre. Lo han identificado. Se llama Elliot Flint. Es uno de los jóvenes adictos recuperados que estudian un oficio en la congregación.

Prude sintió deseos de llorar. No era un buen momento para enfrentarse a ese hombre y además no sabía qué decir.

—Ahora tengo las pruebas para acusar a su congregación y demandarla. Detendrán al joven y lo interrogarán, no podrá refutar las pruebas. ¿Ahora seguirá defendiéndolos señorita Hamilton?

—Señor MacNeil, lo siento. No sé qué más decirle. Esto no es mi culpa, no sabía nada de esto.

—Usted forma parte de esa iglesia señorita, ¿se siente orgullosa ahora? Destruyeron mi propiedad, mi herencia y acabo de perder más de un millón de dólares pues esa casa contenía obras de arte y mobiliario muy valioso. Verdaderos tesoros que pertenecían a mi familia.

—Lo siento, no sé qué más decirle. Lo lamento. Pero usted es rico ha de tener más propiedades—dijo desesperada.

Sus ojos azules se oscurecieron de repente mientras la miraba como si hubiera dicho algo muy inapropiado.

—No soy rico ahora, estoy quebrado señorita. Confíe en usted para que realizara un trabajo pues realmente necesitaba vender esa casa para pagar los malditos impuestos de este país. Los impuestos de aquí me comen vivo, ¿sabe? Tengo otras propiedades, pero no valen como esa magnífica casa embrujada.

—¿Y qué hará ahora? ¿Destruirá una congregación que sólo hace el bien a las personas que ayuda a los jóvenes adictos?

Su antiguo jefe la miró.

—Eso dependerá de usted señorita Hamilton. Pura y exclusivamente de usted. Está muy preocupada por la suerte de la congregación cristiana del padre Alfred.

—Por supuesto que sí, por eso estoy aquí.

Él se alejó y la miró con fijeza de forma muy extraña.

—He perdido la casa y me he visto obligado a vender otras propiedades que no pensaba vender, he perdido mucho dinero y ahora me veo obligado a regresar a mi país porque mi tío se está muriendo y quiere verme. Y él me pidió algo hace tiempo, dijo que me nombraría su heredero si cumplía una condición. Ha estado persiguiéndome con eso y yo me reía de sus exigencias, no necesitaba para nada que me nombrara su heredero, pero ahora sí porque no sólo perdí esa casa, sino que hice malos negocios con unos yanquis muy sucios. En realidad, tengo ganas de vender todo y regresar a mi país, empezar de nuevo, pero hice una promesa y debo cumplirla.

—¿Entonces se marchará? —Prude se sintió muy deprimida cuando lo supo, sin saber por qué la deprimía pensar que ese hombre estaba arruinado casi por su culpa. Nunca lo habría imaginado.

—Sí, me iré en unas semanas, pero antes necesito hacer algo y mi tiempo se agota, señorita Prudence.

Se miraron en silencio y ella sintió que él quería besarla y se apartó turbada.

—¿Qué quiere de mí, señor MacNeil? —le preguntó con un hilo de voz.

Tembló de pies a cabeza al sentir esa mirada, al sentir el calor que

emanaba de su cuerpo. Casi podía sentir su respiración agitada, la forma en que la miraba se lo decía todo. La deseaba, la deseaba como mujer y no parecía importarle un comino que estuviera a punto de casarse con otro hombre.

—Usted lo sabe, ¿verdad? Sabe lo que quiero de usted y creo que es un trato justo. Usted es parte de la congregación y también sufrirá las consecuencias de la demanda que voy a presentar. Pero yo detendré todo a cambio de que acepte el trato que voy a proponerle.

—¿Un trato? —la desilusión de Prude era evidente. Se sintió como una tonta porque pensó que...

—Podría pedirle una noche de amor señorita puritana de Providence. Todavía es virgen ¿verdad?

Ella asintió.

—Pero mi virginidad es para mi futuro esposo, para Peter Bradley—se lo dijo para provocarlo por supuesto, sabía que ya no pensaba en Peter como su futuro marido.

Él sonrió y se acercó a ella sin dejar de mirarla.

—No se casará con Peter Bradley señorita Prude, usted me dará su virginidad y también aprenderá a complacerme si no quiere que destruya de una vez esa bendita congregación cristiana.

Prude lo miró aturdida.

—No lo haré, jamás me venderé a usted.

—Todo tiene un precio señorita. Usted vale más que un millón de dólares en el mercado negro y yo espero poder ser el ganador de la subasta.

—¿De qué habla?

—Es hermosa, es fresca y completamente virgen. Quedan pocas vírgenes de edad adulta, por desgracia. En este país ninguna llega a la universidad conservando su virginidad. Usted sí, hasta logró salir de la universidad impoluta, intacta. Eso vale una suma cuantiosa en el mercado de esposas, señorita.

—Pues no estoy pensando en venderme en ningún mercado negro, señor MacNeil. Lo que dice es horrible y me parece que se está burlando de mí, además.

Él sonrío.

—Claro que no, sólo decía lo que vale usted ahora, una hermosa virgen pelirroja sensual pero tan pura como el día en que nació.

—Deje de decir eso por favor, habla como si fuera un trozo de carne. No sé lo que está insinuando, pero no me agrada y no quiero seguir esta conversación.

—Aguarde, siéntese por favor. Todavía no he terminado con usted preciosa. Deje de mirarme como si fuera un monstruo, ¿cree que sólo quiero una noche de sexo?

Prude no replicó, sintió su corazón latir acelerado y sus ojos se llenaron de lágrimas. Se sintió tan desilusionada de ese hombre de todo lo que estaba pasando. Por supuesto que quería sexo, ¿qué más querría de ella?

—Una noche sería muy poco, sin embargo, imagino que sería una noche inolvidable. Pero yo quiero más que eso, necesito más que su primera noche de amor.

Demoró en decirle lo que buscaba, Prude lo miró aturdida sin comprender hasta que dijo:

—Necesito una esposa para que mi tío me nombre su heredero. Y tiene ser una esposa adecuada, una joven de buen nivel, educada y hermosa. Pero me agrada que además sea virgen. Siempre pensé que mi esposa tenía que ser virgen.

—¿Su esposa? ¿Quiere que sea su esposa? ¿Una esposa para exhibir a su familia para que pueda cobrar una herencia?

—Bueno, no es exactamente eso señorita, pero si lo pinta así, supongo que en parte es verdad. Pero eso le dará garantía que luego, si quiere podrá regresar con su amado novio.

—¿Y qué le hace pensar que aceptaré este trato señor MacNeil?

Él sonrió.

—Sé que lo hará. A menos que prefiera que demande a su preciosa congregación por más de un millón de dólares por haber enviado a ese chico a

incendiar la casa embrujada de mi propiedad.

Ella lo miró atónita.

—La dejaré que lo piense unos días, no más de tres. Tengo prisa sabe. Debo viajar dentro de un mes a Irlanda y no me queda tiempo para buscar más vírgenes.

Prudence se sonrojó cuando él la miró. La quería, la deseaba, de una forma extraña y posesiva.

—Estoy comprometida con el señor Bradley. No puedo aceptar lo que me pide. Apenas lo conozco y nunca... nunca me habló nada de esto.

—Pero un día la encerré y le di un beso, ¿lo recuerda? Y usted me agrada, me gusta mucho hace tiempo que sigo sus pasos, que la vigilo como un chiflado.

—¿Qué dice?

—Era yo quien la seguía para cerciorarme de que llegara sana y salva a su casa. Y también fui a Providence, estuve allí pero no pude verle. Su novio la dejaba encerrada o la dejaba salir sólo con su chofer.

—¿Entonces hace tiempo que pensaba que le sería útil para sus planes para poder heredar de su tío rico?

—En realidad siempre fui algo reacio al compromiso, señorita, pero ahora necesito una esposa por eso pensé en usted. Pero no la ataré si luego decide pedir el divorcio. No me conoce es verdad, ni yo a usted, creo que

sería una esposa amorosa y dulce pero bueno, no piense que estará atada a mí por el resto de su vida. Sólo el tiempo que decidamos estar juntos. Dicen que el matrimonio es una lotería, ¿no es así? Puede irte bien o puede irte mal. Por más que creas que escoges a la mujer correcta, por más enamorado que estés...

Prude se sintió abrumada pues comprendió que hablaba muy en serio, en parte sí pero también le advertía que sería una boda simulada, una farsa.

—Señor MacNeil, yo tengo mucho respeto por el matrimonio y creo que es algo muy serio como para tomarlo como un juego, o para que usted pueda complacer a su tío. No es justo.

Él la miró.

—Pienso como usted, creo que el matrimonio es algo muy serio por eso la escogí a usted. Creo que sería una buena esposa y también una excelente madre. Se ve muy tierna y serena y dulce, tan dulce...—dijo y tomó su mano.

—Es que no, no puedo aceptarlo señor MacNeil, todo esto es demasiado y me abruma.

Era una locura, eso quiso decir, pero lo pensó. Todo era una locura y quiso escapar, regresar a Providence.

—Sí, por supuesto lo entiendo. Sé que es abrumador para usted, lo entiendo. Sin embargo, durante estos meses que la he tratado creo que tenemos cierta afinidad ¿no lo cree? Nunca hubo ningún roce, nada.

—Pero es trabajo, señor MacNeil, no puede comparar el trabajo a casarnos, a vivir juntos como un matrimonio.

—Me cree muy insoportable?

Ella lo miró boquiabierta.

—Es que no me gusta pensar que planea una boda arreglada para complacer a su tío y me ha escogido a mí para ayudarle por esa demanda que...

—¿Y prefiere que escoja a otra mujer y la deje fuera, sin poder detener la horrible demanda? Piénselo. No estoy jugando señorita Hamilton. Hablo en serio. Es algo que debo hacer pues no puedo regresar a Irlanda sin una esposa. Y puesto que voy a perder una demanda al menos deberé tener la certeza de que no perderé también la única herencia que me queda en esta vida. Cálmese. Todo será estipulado en un contrato, nada debe temer. Sólo quiero que sea mi esposa un tiempo, no soy un chiflado ni le haré ningún daño. Usted dispondrá de una mensualidad y tendrá una buena vida a mi lado. Nada le faltará y luego, si algo sale mal y decidimos separarnos le asignaré un legado.

Hablaba demasiado, le daba detalles que no le interesaban. Para él no era más que otro negocio, pero Prude se sintió enferma, íntimamente usada e insultada. ¿Realmente esperaba que se casara con él y cumpliera el trato para que pudiera convertirse en el heredero de su tío?

Pero ella no habló, no dijo lo que pensaba. Sólo quería escapar de esa

oficina porque se sentía mal. Eso no era lo que había esperado. Casi habría preferido que le pidiera una noche de sexo, o que le hubiera hablado de lo que sentía por ella. Rayos. Qué hombre tan difícil. ¿Así que había estado siguiéndola durante meses, vigilando sus pasos porque sabía que era virgen y que eso a la larga serviría a sus planes?

¿Realmente necesitaba una esposa virgen para heredar a su tío o estaba mintiendo?

—Necesito pensar en esto. No puedo darle una respuesta ahora, me siento abrumada y...

—Muy bien, aguarde. Llévase una copia del contrato, me tomé la libertad de redactarlo con mis abogados y hacerle una copia. Aquí está todo. Si tiene alguna duda, llámeme por favor. Llegaremos a un acuerdo, estoy seguro de ello—le dijo y le tendió un sobre manila con el famoso contrato. Como si fuera una carta o algo por el estilo.

Prude lo tomó y pensó que lo haría pedazos de inmediato. Pero no, no lo hizo. Ese hombre estaba loco. Simplemente.

No podía pedirle eso. pero entonces pensó en el video, en Elliot Flint metido en la mansión planeando el incendio. Ese chico era un estúpido, ¿cómo fue capaz? Vaya lío en el que se había metido.

Salió de esa oficina furiosa y aturdida. Le parecía una locura todo eso. no tenía sentido. ¿Por qué pensaba que sería una esposa apropiada para él?

Además, tendrían que viajar en Irlanda y vivir un tiempo allí hasta poder cobrar esa herencia.

Y ella acababa de pedirle un tiempo a su novio. Un tiempo para estar segura de su boda. Se sintió muy abrumada por la proposición del señor MacNeil para decirle la verdad. Quizás lo supiera puesto que había estado espiándola. Él sabía muchas cosas y al parecer le agradaba saber que era virgen porque debía ser un irlandés conservador o algo así. Sin embargo, Tamsyn le había dicho que él no era ningún santo y años atrás iba a Berestford con sus amigos a realizar fiestas con mujeres.

Sin embargo, ese hombre le gustaba, cuando entró ese día en la oficina y lo vio casi sintió los latidos de su corazón latir sin parar. Le gustaba ese hombre, y sabía que ella también le gustaba más de lo que había imaginado. Por eso siempre fue tan amable y tan frío. Como si estuviera estudiándola.

Pero rayos, siempre estuvo a punto de casarse con Peter, tenía un compromiso y sabía que su jefe era un mujeriego con el jamás tendría nada. Era una mujer seria y además... esos rumores de que tenía algo con él no eran más que eso.

Cuando llegaba a planta baja se encontró con Nelly.

—Prude, aguarda, espera por favor. No te vayas sin decirme qué te dijo. ¿Regresarás a trabajar con él? —se veía muy ansiosa y se preguntó si acaso no había estado espiándolos.

—No, no regresaré sólo hablamos de la liquidación y quería saber por una carpeta que no encontraba—no le agradaba mentir, pero ni loca le habría dicho de ese contrato que llevaba en un sobre en esos momentos. Un contrato prenupcial que luego leería o tiraría a la basura, no estaba segura de ello.

—Debo irme, disculpa, tengo prisa.

Su amiga la miró desconcertada, pero ella casi se precipitó sobre el primer taxi que encontró.

Estaba nerviosa. Muchas cosas le daban vuelta por la cabeza. El video, la congregación en peligro y su novio Peter. Pues si tenía que elegir siempre escogería a su prometido. Era un hombre bueno, integro, su jefe era casi un extraño para ella. Un completo extraño a decir verdad y por momentos ni siquiera le caía bien. ¿Cómo podía pensar en casarse con él? De haberle pedido sexo, bueno no habría sido fácil para ella, pero al menos habría sido algo más normal. Pero una noche era poco para él, una noche no resolvía su otro problema, el de la herencia del tío irlandés. Ciertamente que no podía entender esa gente que vivía en función de la herencia que iba recibir, una tras otra, herencia de los abuelos, de los tíos, de los padres... ella jamás recibió herencia alguna y se las había arreglado perfectamente con su trabajo, el alquiler pago y hasta algunos ahorros.

Cuando llegó a su casa se sintió nerviosa.

Claro que no iba a casarse con ese sujeto. No sabía qué clase de

hombre era, si sólo fuera ambicioso y codicioso, pero ni siquiera era cristiano y lo intuía ateo, materialista y mala persona.

Sólo una mala persona pensaba en demandar a una congregación cristiana que hacía tantas buenas obras sólo porque un grupo de adolescentes había prendido fuego su mansión, pero bueno, era un empresario y los empresarios nunca perdonaban nada. Era su capital dañado y además al parecer estaba al borde de la quiebra, eso lo tenía de muy mal talante, furioso. No dudaría en hacer una demanda si ella se negaba a cumplir su parte del trato.

Elliot Flint lo había hecho, ese muchacho era un completo imbécil. ¿Acaso no pensó que había cámaras en todas partes y que su cara aparecía en ellas?

Se dejó caer en una poltrona cansada y deprimida. Ese encuentro había sido como un balde de agua fría, como meterse en uno de esos ríos de lodo a bañarse porque tenía calor. Era mucho peor de lo que había pensado y ahora no tenía idea de nada.

Sólo deseó más que nunca regresar a Providence, casarse con Peter y olvidarse de todo.

Jamás debió reunirse con su jefe, debió dejar que la congregación resolviera eso, no era su culpa ni su responsabilidad lo que había pasado ahora... Ahora él esperaba que ella cediera a sus deseos, que se casara con él

y aceptara ir a Irlanda y tener un matrimonio falso. Negarse traería consecuencias, consecuencias que no querría enfrentar.

\*\*\*\*\*

Era viernes y el día que debía casarse con Peter. Lo pasó muy mal todo el día, tan deprimida que lloró tirada en una cama mientras veía televisión y comía un poco de fruta.

Sabía que habría sido mejor estar allí, en su boda y casarse con el hombre que sabía era el indicado. Había sido una tonta, pero no era su culpa. Su madre lo había arruinado todo, su padre con esa carta diciéndole que estaba en Saint Denis y su propia indecisión e inseguridad.

Llamó a Peter a media tarde y él se quedó muy contento con su llamada.

—¿Cómo has pasado?

—Bien, me lo paso encerrada en realidad. No he hecho gran cosa, ¿y tú?

—Estoy en Saint Denis, terminando algunos detalles. Trabajando.

Trabajando sin parar el día que debió ser el más feliz de su vida, y ella tirada en esa cama sin ganas de nada. Qué desastre.

Y ese contrato tirado en el piso aguardando ser leído y su jefe esperando que le diera una respuesta y ella sólo quería mandar todo al carajo ene se preciso instante y que la tierra se la tragara.

\*\*\*\*\*

A Prude le llevo tiempo procesar los últimos acontecimientos.

No echaba de menos a Peter, pero la entristecía pensar que debía decirle adiós, no tenía fuerzas para hacerlo ahora, estaba metido en un atolladero.

Luego de leer el contrato del señor MacNeil supo que esa cosa era un completo abuso de machismo y locura. ¿Realmente esperaba que firmara ese disparate? Hasta mencionaba que debía quedar embarazada el primer año o el segundo año de la boda a más tardar. Debía darle un hijo para poder tener derecho al divorcio y este debía ser pedido no antes de los cinco años. Vaya forma maniática de organizar un matrimonio y la vida de dos personas. No podía creerlo.

Luego hablaba del sexo. La intimidad debía ser satisfactoria para el señor MacNeil, ella debía cumplir con sus deberes de esposa en todo sentido, y jamás negarse a los brazos de su marido ni a satisfacer sus fantasías. Además, mencionaba algo como de ser una esposa obediente y compañera... rayos, ¿qué clase de contrato abusivo era ese? Faltaba decir que luego de casarse se convertiría en una especie esclava doméstica, una mascota que lo acompañaría sin rechistar a todos lados, que sería cariñosa, dulce y no sólo debía acostarse con él siempre que él quisiera sino también darle un hijo.

Prude estuvo días pensando en ese contrato, leyendo y releiendo

pensando que estaba loco.

Y que ella estaba más loca al haberse sentido confundida por un tonto beso, por pensar mucho en ese hombre de forma romántica. No había nada romántico ni tierno en él, por eso nunca le había prestado atención. Era tan materialista. Para él todo era un negocio, vender, comprar, cobrar una herencia. No había nada sentimental ni tierno en ese hombre. Malcolm MacNeil era un ser tan frío. Hasta dijo que su virginidad valía millones en el mercado negro porque era guapa y joven, además de virgen.

Dio vueltas en la casa pensando que lo mejor era largarse y regresar a Providence. Todo ese asunto del contrato no le gustaba nada. Ni loca firmaría algo como eso y tampoco... el matrimonio era algo muy serio para que pudiera considerarlo como un acuerdo comercial. La enfermaba pensar en eso. quería casarse con Peter, Peter era el hombre indicado.

Mientras daba vueltas por la casa nerviosa se dijo que lo mejor era largarse. Había sido una tonta al dejar a Peter...

Sabía que no era correcto que espicara en la casa, pero no pudo evitarlo, estaba nerviosa y aburrida, encerrada en la casa. Ya nada era como antes y ciertamente que no tenía acomodo posible. ¿Qué le quedaba por hacer? ¿Regresar con sus padres, buscarse un trabajo nuevo o casarse con Peter? Casarse con su jefe estaba fuera de toda discusión.

Mientras daba vueltas por la casa la llamó su madre para saber cómo

estaba.

—Estoy bien, mamá.

—Pero abandonaste a Peter, a un paso de casarte. Tú no estás bien.

Dijo que te dejó en la casa de un miembro de la congregación, pero no dijo nada de cuándo volverás.

—Es que ni yo lo sé, todo ha sido muy difícil para mí, ¿entiendes?

Sabía que le lanzaría un sermón, una catarata de reproches o algo así y para evitarlo, porque la conocía bien le preguntó por Peter.

—¿Cómo está él? ¿Qué te dijo? —le preguntó.

Sintió que su madre lanzaba un hondo suspiro.

—Qué disgusto me llevé cuando lo supe y si me preguntas... Peter está triste. Te echa mucho de menos. Él te adora Prude, te adora y no soportará perderte. ¿Por qué lo hiciste? ¿Acaso pelearon?

—Es que ya no quiero casarme con él. No me siento preparada. Lo quiero mucho, es tan bueno sí pero ahora no me siento de ánimo para bodas.

—Bueno, pídele un tiempo, pero no te demores, hay muchas interesadas en Bradley. Es un buen partido y un buen hombre.

Típico de su madre usar esas palabras anticuadas, de buen mozo, buen partido...

—Sí, lo sé, pero... tengo otro asunto que resolver antes, mamá.

—¿Pero ¿qué harás sola en esa casa? Yo no sé cómo le haces para

vivir sola, yo estaría muerta de miedo.

—Es que yo no soy como tú.

—Prude... ¿acaso fue mi culpa? ¿Fue por lo que te conté aquella vez?

El pobre Peter pagó los platos rotos, pobrecito. No es justo.

—Peter no pagó por los platos rotos como dices, yo no me sentía bien estos días. Es algo mío, mamá, no estoy preparada para casarme ni creo que sea una buena idea que siga adelante con esto. Quiero mucho a Peter, pero no lo amo, ese es el problema. Ya no lo amo ni creo que deba casarme con él. Es como un amigo, extraño nuestras charlas, cosas, pero vivir con él me hizo comprender que no lo amo como para casarme. Pienso que me dejé llevar por su entusiasmo y que lo nuestro era amistad, química.

—Ay Prudence, el amor llega después, con el tiempo, a ti te gusta él ¿no? Se llevan tan bien, son buenos amigos. Eso es más importante que el amor nada más, el amor es tan caprichoso y tan inestable. Ya lo decía mi abuela. Que casarse por amor era una pésima idea.

—Tu abuela era del siglo pasado, mamá, ahora las cosas han cambiado. Las personas sí se casan por amor, es la única razón que importa. Casarse feliz y enamorado.

—Sí, claro y después termina todo en divorcio porque viven una fantasía, viven en las nubes pensando que todo será perfecto.

—De todas formas, no voy a casarme ahora, quizás más adelante.

—Ay Prude, no digas eso, sigo soñando con esa niña de ojos azules. Te veo a ti con ella en brazos tan feliz.

—Oh por favor, deja de soñar en mí tus propios sueños.

Esas palabras desconcertaron a su madre, no entendió demasiado.

—Lo que quiero decir es que no pienso tener hijos hasta dentro de un par de años así que esas premoniciones deben ser una confusión, un deseo tuyo que proyectas en mí. O a lo mejor es la hija de tu vecina que está embarazada.

—¿La hija de mi vecina? Mi vecina no tiene hijas.

—Entonces algún familiar cercano. Pero no soy yo. Ni siquiera tengo marido así que difícilmente tendría un bebé en la barriga.

—Pero lo tendrás muy pronto, estoy segura de que recapacitarás y te casarás con Peter. Él es el hombre indicado para ti.

—Sí, sé que lo es, pero tengo dudas, no quiero quedar atrapada en un barrio cristiano llena de hijos hasta convertirme en una pelota amargada y estresada.

—Oh cariño, no digas eso. ¿Hay algo más hermoso que tener una familia numerosa y un hogar feliz?

—¿Y qué hace pensar que todo será perfecto? ¿Que mi hogar será feliz? No siempre es así. Y ahora estoy confundida porque me gusta otro.

—¿Qué te gusta otro? ¿Oí bien?

—Sí, mamá me gusta otro hombre por eso perdí el entusiasmo por

Peter. Pero es normal porque soy joven y nunca tuve novio porque tú y papá no me dejaban salir ni a la esquina.

Su madre suspiró cansada.

—Bueno, que te guste otro no significa nada ¿o sí? ¿Quién es ese hombre, de dónde lo conoces?

—No te lo diré.

—Prude, no hagas locura. ¿Él acaso tiene ojos azules?

—¿Quién te contó eso?

—Es que lo vi en mis sueños, tiene el cabello oscuro es muy blanco y sus ojos son azules. Y tú estás con él y tienes una bebita hermosa en brazos que tiene el cabello castaño y los ojos muy azules. Es tan divina.

—No digas nada de eso.

—Pero debes ser honesta con Peter, si ya no lo quieres, sé que le dolerá saber que lo dejas por otro, pero dile la verdad.

—Es que tampoco sé si voy a dejarlo porque en realidad Peter sería mejor marido. No tengo nada decidido todavía pero no quiero estar con Peter pensando en otro hombre, no sería honesto. Él me gusta sí, pero ...

—Pero no quiere casarse contigo, ¿o sí?

—En realidad sí.

—Prude y soy la última en enterarme?

—Todavía no sé si le diré que sí.

—Prude, no dejes a Peter, no lo lastimes. Ten cuidado... quizás sólo sea un capricho pasajero de juventud.

—Sí, supongo que tienes razón, Peter me conviene más pero ahora no estoy preparada para tomar ninguna decisión.

—Entonces tienes otro en tu corazón, Prude. Dilo.

—En mi corazón no... sólo en mi cabeza por ahora.

—Y así empieza cariño, por la cabeza. ¿Tú estás viéndole ahora?

—Sí... pero sólo unas veces.

—Pero te ha pedido que te cases con él, entonces esto es más viejo de lo que parece.

—No digas nada a Peter por favor, deja que yo le diga. Tampoco sé qué voy a hacer, lo estoy pensando y no he llegado a ninguna decisión por el momento.

—Prude, trata de escoger al que sea mejor marido, el mejor padre. No te dejes llevar por un capricho del corazón, los caprichos pasan, pero el amor el verdadero amor perdura es lo único que perduran en el tiempo.

Su madre le dijo que lo pensara pero que ella prefería a Peter. Era de esperar pues al otro no lo conocía, ni ella lo conocía tampoco. Era su jefe y ella su empleada y ahora esperaba que su boda lo ayudara a conseguir el legado. Pero no era exactamente así pues buscó una esposa virgen y de buen carácter, pensaba que ella tal vez sería una buena esposa para él. Sin embargo,

no podía aceptarle. Era una locura, ni siquiera lo conocía demasiado, había sido su jefe y siempre se habían llevado bien, no era un hombre de mal carácter, aunque tenía su temperamento.

Pero su madre tenía razón en algo, Peter sería mucho mejor partido que ese excéntrico irlandés llamado MacNeil. Y no podía abandonarlo así, no sería buena idea. Él le había dado tiempo, la había llevado a ese lugar y...

De pronto vio algo que la dejó perpleja.

Una fotografía escondida en un estante pero que le resultaba familiar.

Se acercó atraída por esa foto pues la conocía bien, estaba en brazos de su madre con la casita del bosque donde siempre pasaban las vacaciones de invierno, un chalet que era de su abuelo paterno.

Reconoció enseguida el paisaje y también recordaba bien ese vestido rojo que la hacía aparecer como una fresa. Estaba parada muy derecha con el vestidito tan rojo como su cabello con volados en la falda color blanco y las botinas de cuerpo y el abrigo de piel, la bufanda y el gorro porque su madre siempre la abrigaba. Su madre, mucho más joven, con el cabello rubio y los ojos azules tan dulces sonreía con orgullo mientras se hincaba a su lado. Lucía una falda larga, botas y esa chaqueta larga. Siempre elegante y delgada, bien vestida hasta en esa casita del bosque.

Su padre no estaba en la foto porque la había sacado. Sus ojos miraban embobados a su madre. Siempre se encerraban a la hora de la siesta para

descansar, pero luego sentía risas y pensaba que a su padre le gustaba hacerle cosquillas a su madre. En una ocasión entró en la habitación sin avisar y los encontró desnudos envueltos en una sábana. Su padre tenía una cara de susto, pero su madre no dejaba de reírse. Algo estaban haciendo, pero era muy pequeña para entender... había sido un esposo amoroso, apasionado, siempre pendiente de su esposa, cariñoso y protector desde el primer día no como esos zoquetes que dejan a su pobre esposa tirada y olvidada como un trapo.

Tomó la foto y entonces se preguntó qué hacía una foto suya en ese lugar pues tenía guardadas sus fotos en un álbum. Además, era la primera vez que entraba en esa habitación, no quería hurgar y que el dueño pensara que era una entrometida o...

Miró la repisa y entonces encontró una foto suya de niña con el vestido de comunión al lado de su madre. Eso ya era demasiado. ¿Cómo llegaron esas fotos allí?

Había más fotos suyas y molesta entró en la habitación que pensó estaba cerrada y encontró la foto de un hombre pelirrojo y pecoso con una niña en brazos, sonreía orgulloso mientras la alzaba en brazos. Pero había más fotos. Una foto mural de su madre de joven cuando debía trabajar en esa empresa, se veía muy guapa y elegante y luego embarazada...

Y en una foto estaba con ese hombre pelirrojo pecoso que sabía bien que era. Había algo muy chiflado en su mirada, una mirada oscura maligna y

enferma. Tenía cara de malvado sí, de loquito. Aunque sabía vestirse bien, era un tipo elegante y algo atractivo. No se parecía en nada a él, por suerte, excepto en el color de cabello. Pero ¿por qué demonios estaba al lado de su madre abrazado a ella? Eso debía ser un truco.

Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

¿Entonces su madre y él fueron amantes a espaldas de su padre? No...

¿Y esa casa era de ese hombre, y le dijo a su novio que la llevara allí?? ¿Por qué todo era tan torcido y perverso?

Buscó en los cajones y encontró objetos personales de hombre y también un pasaporte vencido.

Era él. Andrew Jefferson Connor. Su padre. Y al parecer su madre había tenido una relación con él, a menos que trucara las fotos, pero se habría notado. Estaban lado a lado sonrientes, no abrazados. No era una foto de pareja en realidad. Quizás fueron compañeros de trabajo, aunque su madre no quiso hablar de ello.

Así que esa era la casa de su padre biológico.

Tomó el teléfono furioso y llamó a Peter. Ahora tendría que escuchar lo que tenía que decirle.

—Prude, ¿cómo estás preciosa? Cómo te ha ido—le preguntó él en el mejor de los mundos. Su voz amable y serena la hizo enojar más.

—Yo no estoy muy bien—le respondió tratando de controlar la rabia

que sentía.

—¿Qué pasó, cielo? ¿Ocurrió algo en Boston?

—Bueno, acabo de ver fotos de ese hombre, del hombre que violó a mi madre y hay fotos mías aquí, de cuando era niña. Ese chiflado tiene mis fotos y hasta se sacó varias fotos con mi madre.

Peter suspiró.

—Lo siento, no quise decirte, él me pidió que te llevara a su casa. Quería que estuvieras a salvo. Siempre se ha preocupado mucho por ti Prude, es tu padre y creo que deberías oír lo que tiene que decirte.

—¿Mi padre? Yo sólo tuve un padre en mi vida y así será. ¿Cómo pudiste Peter? Traerme aquí sabiendo lo que ese hombre le hizo a mi madre.

—Prudence, cálmate. No es lo que crees. Él no violó a tu madre, lo sé bien. Tuvieron una aventura y luego...

—No quiero saberlo, me da mucha rabia y asco. No me quedaré en esta casa, me iré a un hotel ahora mismo.

—Por favor, no. no hagas eso. iré por ti. Iré a buscarte.

—No, no vengas. No quiero hablar contigo, tú también me has engañado Peter. Esa absurda historia del padre Alfred, el demonio que decías seguía mis pasos todo era una maldita mentira para atraparme y manipularme. Mi madre también me ha mentido, todos han mentido y no quiero volver a verlos. A ninguno de ustedes.

—Preciosa, no, no te pongas así, cálmate. No puedes irte ahora. No hagas eso. hablaremos luego con más calma. Pero no hagas ninguna locura.

—No haré una locura, simplemente me iré de esta casa. Puedo pagarme un hotel, no quiero estar aquí. Me has engañado, tú también Peter y ahora me pregunto si no fue mi padre quien me llevó a la congregación, quien te pidió que me cuidaras.

—Prude, eso no es verdad. Te lo juro. No fue así que pasaron las cosas.

—Pues me da la sensación de que todo tiene que ver con ese hombre, hasta tiene fotos conmigo. Yo no me acuerdo de haber estado allí, ¿serán trucos, será que este hombre se ha inventado una historia de fantasía?

Prudence se sintió muy mal entonces, engañada, embaucada y encerrada otra vez en un lugar dónde no quería estar.

—Ten calma Prude, no puedes irte ahora, aguarda a que vaya buscarte y te diga toda la verdad.

—¿La verdad? ¿Cuál verdad? Estoy harta de las mentiras, de que todos quieran embaucarme, engañarme. Nunca supe nada de este hombre, no recuerdo nada de estas fotos y de repente aparece de la nada y dice ser mi padre. Pues yo ya tengo un padre, mi único padre y no quiero saber nada de todo esto.

—Te entiendo, pero no hagas una locura, quédate en la casa iré a

buscarte y conversaremos.

—Creo que ya es tarde para eso, Peter. Tú sabías de esto y no entiendo por qué lo has ayudado. Ya no voy a casarme contigo ¿entiendes? No lo haré. Ya no confío en ti.

Prude cortó la llamada porque ya no quería seguir escuchando sus excusas, sus mentiras. Todo ese tiempo la había llevado a la casa de su padre biológico y ahora pretendía que se quedara allí? Y él era parte de la congregación, él siempre estuvo allí cerca.

No, no acudiría a él de nuevo, la había engañado y empezaba a creer que esa carta del padre Alfred era falsa. Todo era falso. El único demonio que había estado acechándola era su padre y su antiguo jefe, por otras razones claro. Él también la había seguido como su sombra porque estaba interesado en ella. Pero al menos sabía que lo del demonio era un cuento.

Ahora sabía lo que tenía que hacer. Empacó sus pertenencias más valiosas y buscó en su portátil un hotel cercano para reservar alguna habitación. No pasaría la noche en esa casa, ahora que sabía la verdad se dijo que escaparía.

Mientras juntaba las cosas sonó su celular una y otra vez. No quería atender y lo tomó para apagarlo cuando vio que era su jefe. Como caído del cielo o inoportuno, como siempre...

—Buenas tardes señorita Hamilton. Tiene alguna respuesta para mí.

Así sin rodeos.

—Estoy deseando saber cuál será su decisión—insistió.

Ella iba a decirle que se fuera al diablo pues realmente la llamaba en muy mal momento, pero se lo pensó mejor y no lo hizo.

—Señor MacNeil, su contrato nupcial apesta—le salió del alma.

Él dejó escapar una risita, no tenía dudas de que lo había pillado por sorpresa.

—Es la pura verdad, nunca firmaré un contrato que me obliga a ser su esclava, prácticamente.

—¿Entonces espera hacer algunos cambios? ¿Quiere corregir algunas cosas? Sepa que estoy dispuesto a negociar.

—Sí.

—Bueno, eso podemos conversarlo personalmente. ¿Cuándo puedo pasar a buscarla?

—Es que ahora me estoy mudando.

—Se está mudando?

—Voy a irme a un hotel, no me quedaré ni un segundo en esta casa. Pensé que era de un miembro respetable de la congregación cristiana, pero al parecer me equivoqué y no quiero estar ni un segundo aquí.

—Entiendo, por supuesto. Pero no tiene que irse a un hotel, yo le prestaré un departamento, tengo varios amueblados a la venta, escoja el que

quiera. Puede quedarse el tiempo que quiera y no tendrá que pagar nada. Le enviaré un camión de mudanza en... una hora o menos si quiere.

—No quiero causar molestias, además todavía no le he dicho que sí.

—Bueno, todavía soy su jefe y usted fue una empleada muy buena, la mejor que tuve. Debí ser más generoso con las comisiones en el pasado, pero sabe, no podía porque este ha sido un año muy malo para mis finanzas. Ahora dígame qué le agrada más.

—Cualquiera, uno pequeño que tenga muebles porque los míos los tiene la congregación.

—Perfecto. Enseguida llamo y arreglo su mudanza, ¿tiene muchas maletas?

—Sólo tres maletas grandes y cuatro cajas que ni siquiera desempaqué.

—Entonces no precisa un camión. Aguarde, iré a buscarla en mi camioneta en ... ¿dónde está usted exactamente?

—Estoy en las afueras de Boston, en un barrio privado llamado Spring Valley al sur de Park Avenue y la veintisiete.

—Rayos, está muy cerca, conozco ese lugar. Es muy bonito y como de otra época, es un barrio moderno con un diseño anticuado. Casi como usted...

—rio divertido.

—Sí, supongo que es verdad.

Estaba tan desesperada que aceptó su ayuda, cualquier cosa a que su antiguo novio mentiroso la encontrara o algo peor, que el dueño de esa casa lo hiciera antes para convencerla de que no era un maldito cerdo desquiciado y que realmente siempre había estado cerca de ella, como su padre.

—¿Cuánto tardará? Es que tengo prisa—preguntó luego nerviosa.

Él se preocupó pues comprendió que algo pasaba.

—Qué sucede preciosa, te escucho muy asustada, ¿quieres que llame a una patrulla? ¿Pasó algo en tu casa?

—No, no es necesario. Estoy sola y estoy bien, pero... tengo prisa—dijo y su voz se quebró por la horrible tensión nerviosa.

—Está bien, iré a buscarla, señorita Hamilton. Tranquilícese. Todo estará bien.

No, nada estaría bien, pero al menos sabía que podía estar mucho peor.

Juntó todas sus pertenencias y lloró, no pudo evitarlo.

Tuvo la sensación de que toda su vida era una completa mentira, que Jason su padre querido tan bueno y cariñoso había sido engañado como ella. y por supuesto no lo sabía. No sabía que ella no era su hija ni lo sabría nunca. Su madre había sabido mantener el secreto durante años.

Una bocina potente le hizo dar un brinco y pensó, por un instante pensó que era su novio que había ido a buscarla. Algo absurdo por supuesto, a menos que fuera en helicóptero. No podía ir tan rápido.

Era su jefe que había ido con su inmensa camioneta Dodge, más rápido que un rayo. Al parecer sí estaba cerca como dijo. ¿Acaso la había espiado?

Tembló al verle, no pudo evitarlo, estaba muy nerviosa y se le notaba.

—¿Señorita Hamilton? ¿Hay alguien en esa casa? ¿Está usted bien? — preguntó su jefe preocupado.

—Estoy bien... pero debo irme de aquí.

No le diría nada más de momento, pues se trataba de un vergonzoso secreto familiar del que no quería hablar para nada.

Estaba temblando y no podía contenerse, sintió sus piernas flojas mientras avanzaba hacia él. Tenía dos maletas casi llenas con sus cosas. no se llevaría nada más. Al diablo con todo. pero esas maletas le pesaban como si llevara piedras.

—Deje las maletas, yo las llevaré. Tranquila. Acaso pasó algo? Se ve muy pálida.

Prude lo miró tratando de disimular el terror que sentía, los nervios y la angustia, pero le fue imposible.

—No hay nadie aquí. Sólo quiero escapar—dijo. —Necesito alejarme de aquí. Cuanto antes. Por favor.

—Está bien, venga conmigo. ¿Esas maletas son todo su equipaje?

Prude asintió. Estaba demasiado nerviosa y aturdida para hablar. Entró en la camioneta sin mirar atrás, ya no quería hacerlo. Dejar atrás esa sórdida

historia de engaños y mentiras era todo cuanto quería en esos momentos. No quería ni imaginar a su madre con ese hombre abandonando a su padre. No quería estar allí cuando ocurriera esa catástrofe. Llegaron a su departamento y él llevó sus maletas.

Prudence miró a su alrededor algo aturdida y tembló al comprender que él la había llevado a su lujoso pent-house.

—No se asuste, no voy a hacerle nada señorita Hamilton. Me pidió ayuda y pensé que aquí estaría a salvo—dijo. —¿Se siente bien, señorita Hamilton? —le preguntó su jefe entonces.

Ella lo miró atormentada.

—No... pero ahora no quiero hablar de ello, por favor.

—Está bien, entiendo.

— Sólo quiero irme de aquí, muy lejos. Por favor. Quiero desaparecer, no ver a nadie por un buen tiempo.

Su jefe la miró con una sonrisa triunfal.

—¿Eso significa que aceptará casarse conmigo señorita Hamilton?

Prude apretó los labios molesta.

—Lo haré, pero no firmaré ese contrato tal cual está. Ese contrato es un maldito contrato de esclava blanca llamada esposa, no firmaré esa locura si no lo modifica, señor MacNeil.

—Está bien, consideraré sus sugerencias, pero no tema, en realidad es

un contrato estándar—dijo él—Luego lo veremos con calma, no se preocupe.

Ella se sonrojó al sentir su mirada.

—Está bien, aceptaré el horrible contrato si quita la condición de que le dé un hijo. No quiero quedarme embarazada y tener que lidiar con un hijo yo sola si algo mal. Será un matrimonio para que usted pueda cobrar su herencia y yo pueda viajar, irme muy lejos de aquí y tener una vida cómoda, tranquila, nada más. No quiero quedar embarazada.

Él sonrió.

—Está bien, dejaremos ese asunto para más adelante. En realidad, tampoco es mi intención dejarla embarazada, señorita Hamilton. Sólo hacerle el amor una y otra vez. Pero en el sexo hay riesgos y sospecho que usted jamás ha tomado la píldora.

—Es verdad. Pero me daré una inyección.

—Estoy de acuerdo. Pediré al abogado que cambie eso. ¿Algo más?

—Sí, algo muy importante. Que sus abogados incluyan una frase que diga que en caso de infidelidad, maltrato o incompatibilidad en cuanto a la convivencia el matrimonio será anulado. Porque me caso con usted con una venda en los ojos, a ciegas, como si entrara en una mansión oscura y silenciosa sin poder ver qué hay más allá y eso me aterra, lo confieso.

—Bueno, no debe pensar que soy una mansión embrujada. Sólo soy un hombre común que necesita la compañía y el amor de una hermosa mujer. No

hay secretos ni trampas, se lo aseguro. Pero sí, entiendo lo que dice. Aunque hay algo del contrato que no podrá modificar: usted deberá estar casada conmigo por dos años como mínimo para tener el divorcio, es el tiempo que necesito para que mi tío sepa que mi matrimonio es legítimo y no una farsa. Pero no tema en cuanto al o demás, también quiero que esto funcione, usted me agrada, Prudence.

Ella parpadeó inquieta y él decidió cambiar de tema para no abrumarla.

—Venga, la llevaré a cenar. ¿Le agradecería ir a un restaurant italiano o algo así?

Ella aceptó encantada de poder escapar del departamento. Se sentía muy incómoda allí, no podía evitarlo. Muchas cosas rondaban por su cabeza en esos momentos. Sabía que se vendría un cataclismo, que acababa de romper con su antigua vida y ahora se embarcaba a la aventura sin saber qué pasaría después.

Le daba miedo, era verdad, le daba miedo pensar en el futuro, pero más terror le provocaba pensar que toda su vida había vivido una mentira. Un absurda y triste mentira.

\*\*\*\*\*

Los días siguientes fueron muy extraños para ella.

Peter la llamó para saber cómo estaba y ella sólo atendió su llamado

para decirle que habían terminado. No lo dejó ni hablar ni escuchó sus burdas explicaciones, en realidad no sabía cómo tenía el descaro de llamarla todavía, después de todas sus mentiras.

Su jefe se lo pasó haciendo llamadas todo el tiempo y luego hasta se encerró en su habitación. Prude miró a su alrededor pensando que era un departamento de un soltero alegre y sexual, los atrevidos afiches del aparador frente al bargueño lleno de bebidas y copas de cristal colgadas, los retratos sensuales y no quería ni imaginar las cosas que vería en su habitación. Se apartó celosa y pensó que se sentiría mucho más sucia si se bañaba y no tenía ropa para cambiarse. Dio vueltas por el departamento y luego decidió darse un baño pues siempre iban a almorzar a un restaurant. Su jefe no cocinaba, sólo tenía comida congelada en la nevera para casos de emergencia.

Se metió de nuevo en la ducha y abrió los grifos para que corriera el agua caliente y le quitara esa leche pegajosa y los restos de la depilación. Ahora se vería como una nueva.

Se vistió de prisa y escogió un vestido de falda amplia pero corta por la rodilla color rojo oscuro, con detalles de encaje en el cuello y en las mangas justas y cortas. El verano llegaba a su fin y comenzaba a sentirse los primeros frescos del otoño. Se preguntó cómo sería vivir en Irlanda y rezó en silencio para que todo saliera bien pues en el fondo seguía siendo muy religiosa, lo era, a pesar de sus dudas y de todo lo que había pasado.

Pero al salir del baño se sintió mareada y descompuesta. Quizás el agua muy caliente o que no había desayunado bien.

Él la esperaba cerca y dejó su teléfono y corrió a atenderla.

—¿Qué tienes Prude?

—Es sólo un mareo creo que demoré mucho en el baño y eso me bajó la presión.

—Ven descansa... te traeré una coca cola. Siéntate aquí.

Cuando su jefe fue hasta la heladera se detuvo y la miró mientras sacaba una lata de refresco.

—¿Has comido algo hoy?

—En realidad no, sólo desayuné, pero no tengo hambre.

—¿No tienes hambre?

—No... estoy muy nerviosa y en realidad no creo que sea buena idea salir ahora.

Él le acercó el refresco y un sándwich de huevo y jamón sin dejar de mirarla.

Prudence tomó el refresco y se sintió mejor.

—Ahora trata de comer algo preciosa. No hay tiempo que perder. Tenemos mucho que hacer hoy. El contrato y lo demás.

El contrato. La ponía nerviosa pensar en su boda, le parecía todo tan absurdo y extraño y por momentos quería escapar. Estaba nerviosa, sentía que

escapaba de algo, pero su futuro seguía siendo incierto.

Los primeros días él se mostró frío y distante y ella se sintió aliviada por eso. no dejaba de pensar que pronto se casaría con ese hombre y tendría que dormir con él. Le daba mucho miedo pensar en ese momento. Era casi un extraño para ella y no podía entender las circunstancias que la empujaron a sus brazos.

Era una locura por supuesto y trataba de no analizarlo.

—Señorita Prudence, por favor, creo que es necesario ir de compras. Hace mucho frío en Irlanda y necesitará ropa más cómoda—le dijo él una mañana.

Ella aceptó encantada pero luego, cuando él quiso pagar sus vestidos nuevos, las botas, y tres abrigos uno para la lluvia y dos por si hacía mucho frío, se sintió incómoda. Siempre había sido tan independiente.

Pero él insistió. Aunque ella escogió cada prenda luego de pedirle su opinión. la mirada de su jefe era de deseo intenso cada vez que miraba su cuerpo.

La deseaba y ese deseo la excitaba y se preguntaba cómo sería...

Pero luego pensaba que temía defraudarle. No sabía mucho de cómo complacer a un hombre en realidad.

Aunque luego se dijo que él no lo hacía por ella o por el sexo, lo hacía porque necesitaba una esposa para cobrar una bendita herencia.

De todas formas, le agradaba que le diera tiempo y no la apurara.

\*\*\*\*\*

Tenía listo el ajuar de novia, y la ropa nueva que llevaría a Irlanda pues ese día fueron de compras por la ciudad y luego regresaron con el baúl lleno. Algunas cosas las escogió ella y otras su futuro marido. Parecía sentir cierto placer en vestirla, como si fuera su muñeca o algo así y estuvo muy atento a los detalles, pues luego de comprarle un guardarropa nuevo, distinto al que había en su departamento con ropa más práctica y sencilla como ella quería, insistió en llevarla a una joyería exclusiva para comprar las alianzas, un reloj de oro y una cadena de oro con san Jorge pisando la cabeza del dragón que debía sustituir a la sencilla medalla de la virgen que llevaba. Era una joya preciosa y la escogió ella como protectora del demonio.

Además, ya no quería usar la medalla de la virgen que su padre biológico le había obsequiado. Pero luego se sintió extraña con tantas joyas, pues esa cadena de oro traía un brazalete grueso de oro y un anillo haciendo juego y su nuevo novio no escatimó en gastos. Y no olvidó comprarle el celular, antes que el vestido de novia.

El vestido de novia lo escogió ella entre los modelos más caros que había en la tienda de novias más exclusiva de Boston.

Estuvo un buen rato indecisa mirando los modelos mientras su novio aguardaba afuera. Mientras miraba el catálogo notó que estaba hablando por

teléfono, pero no estaba solo. Llevaba dos guardaespaldas ese día que estaban atentos a ella.

Prudence se concentró en los vestidos, pero ninguno le gustaba demasiado. Hasta que casi cuando llegaba al final de la página encontró un modelo más sobrio y práctico. Similar al que había escogido con una falda evasé, pero con cola larga y una tela que se veía como un raso grueso y bordado. Era perfecto. Con un escote discreto y manga ligera y corta pues todavía estaban en verano.

Fue a probárselo y de nuevo sintió que hablaban ese idioma extraño, se detuvo y vio a los de seguridad que se acercaban un poco al probador.

—Disculpe señorita Hamilton, debemos registrar el vestidor—dijeron.

Ella paró en seco y vio a los dos hombres calvos y corpulentos verificar que no hubiera nadie en el probador.

Luego de cerciorarse de esto pudo entrar con el vestido y probárselo con ayuda de una empleada.

Se veía simplemente perfecto.

Luego de una mañana de compras se fueron a almorzar. Todas las cajas fueron llevadas por su chofer al departamento.

—Creo que es demasiado—dijo Prude al ver que le servían una succulenta ensalada de verduras de todos colores y trozos de pollo y jamón.

Su novio sonrió.

—Debes alimentarte bien, intuyo que has estado pasando hambre y nervios durante días—le dijo él.

Ella sonrió. Se sentía mucho mejor ese día, pero luego pensó que su antiguo jefe había gastado demasiado.

—Todo es demasiado, no necesitaba llevar seis vestidos, cinco faldas, blusas... trajes de vestir.

Él sostuvo su mirada.

—Necesitarás ropa nueva para llevar a Irlanda, ya os advertí que el clima es muy húmedo e inestable, es el bendito clima isleño pues estamos al suroeste, cerca de los acantilados.

—Como Inglaterra, supongo. Ha de ser un lugar hermoso.

—Lo es, está cerca del mar y además es una casa muy antigua. Y será mía muy pronto. Nuestra pues seremos una familia.

Prudence sonrió.

—Pero su tío puede cambiar de idea.

—No lo hará. No cuando vea la esposa guapa que le he llevado.

Ella parpadeó inquieta. No se hacía mucho a la idea de que aquello fuera a resultar.

—Es tan extraño... usted jamás me hizo sentir que le importara. Que estuviera interesado en mí—dijo. Sabía que era pronto para hablar de ello y que en verdad no sabía si su interés en ella era algo más que meramente

comercial. Necesitaba una esposa guapa, joven y decente y ella encajaba en ese perfil. Pudo ser otra en realidad.

Él la miró con sus ojos azules con tanta intensidad que se sintió incómoda.

—Lo siento, no sé por qué le dije eso. olvídalo.

—Señorita Hamilton, es como usted piensa. Es muy intuitiva como todas las mujeres que conozco. Sabe que estoy interesado en usted, que esto es algo más que un acuerdo para cobrar una herencia. Pero la respuesta a su pregunta es sencilla. No me animaba. No era el momento adecuado y estuve furioso cuando comprendí que su novio casi lo echa todo a perder con esa mala idea de adelantar la boda. Luego de que se marchó del trabajo me sentí desesperado. Tenía que hacer algo para impedir esa boda, para alejarla de ese papanatas. Él no iba a ser un buen esposo. Yo no iba a permitir que se me escapara, señorita. Usted estaba reservada para mí desde el instante en que entró en mi oficina para la entrevista de trabajo. Y por eso le mentí.

—Me mintió?

—Sí, nunca hubo ninguna grabación de esos chicos de la congregación. Fue un accidente. Hubo una fuga de gas y por eso se incendió la casa, por desgracia.

Ella lo miró atónita cuando dijo eso.

—¿Lo inventó todo para chantajearme?

Su jefe asintió muy risueño.

Ella se sonrojó y él le dio un beso fugaz, allí en el restaurant sin importarle nada. Era un hombre tan guapo y seductor, pero se preguntaba si no estaría diciéndole esas cosas para que no se sintiera tan extraña con la locura que estaba cometiendo al casarse con su jefe.

—Bueno... en realidad no acepté ese acuerdo por lo que usted cree. Esa congregación me ha defraudado y no me importaba lo que usted hiciera con ella.

—De veras? ¿Entonces por qué aceptó casarse conmigo?

—Porque tenía una vida planeada y estructurada, pero todo se hizo pedazos de repente. Descubrí que mi verdadero padre no es quien yo creí que era, y que mi novio al que quería tanto... ya no sentía más que un tibio lazo de amistad hacia él. No me gustaba porque no dejaba de pensar en usted y en ese beso, en su mirada... —Prudence se sonrojó. —Sentí que ya no quería ser la esposa de Peter porque además él también me mintió y me desilusionó. Todo parecía desmoronarse a mi alrededor. Esa casa, Spring valley estaba llena de fotos más de cuando era niña. Y había un hombre pelirrojo al que nunca había visto que me tenía en brazos y...

Prude le contó toda la verdad a su jefe. Lo hizo porque necesitaba desahogarse, necesitaba hacerlo.

Él la escuchó impresionado.

—Bueno, no se culpe por esto. Imagino que su padre no podía tener hijos y por eso su madre... tuvo una aventura con un hombre y luego dijo que él la había violado. Supongo que es una dama muy conservadora y de alguna manera tenía que justificarse.

Prude miró a su jefe atónita.

—Sí, tal vez fue eso. Ya no me creo su historia, esas fotos... y luego supe que él estaba en la congregación y que estuvo cerca de mí. Me pregunto si no habrán seguido esa relación de forma clandestina engañando a mi padre Jason. Él siempre fue tan amoroso con mi madre, tan enamorado, ¿cómo pudo ser capaz?

—Bueno, no es su culpa lo que pasó. Son cosas de adultos que ellos deben resolver, pero por lo que me dice... dudo que su madre fuera forzada. Porque ese hombre tenía fotos de ambas en su casa y si la llevó allí fue para acercarse a usted. Quiso hacerle ver que la historia de su madre no era cierta. ¿Cree que un perverso habría tomado fotografías del fruto de una antigua violación? ¿Que un tunante habría estado en contacto con su víctima y la hija de ambos? No... eso me parece más una relación clandestina de amantes. Pero hizo bien en no decirle nada a su padre. Que ellos arreglen sus asuntos, son adultos supongo.

Prudence suspiró, MacNeil tenía razón.

El momento de intimidad pasó y abandonaron el restaurant y

regresaron al departamento y desde su celular él pudo dirigir su empresa sin problemas. Pero luego tuvo que abrir su portátil al llegar porque le habían enviado documentos que debía firmar y enviar por un cadete.

Prudence fue a descansar pues ir de compras podía llegar a ser agotador, además sabía que en la tarde deberían ir a ver a los abogados para firmar el contrato.

Se llevó su celular para poder pasar todos los contactos de su agenda a través de su correo electrónico y mientras lo hacía se preguntó por qué siempre estaba con ella como si temiera dejarla sola. Eso lejos de molestarle le agradaba, le gustaba estar con él, era un hombre agradable, de conversación interesante y además todo un caballero. Lo raro es que no había intentado nada. Dormían en habitaciones separadas y parecía estar de acuerdo a esperar a la noche de bodas.

Era algo inesperado tratándose de un hombre ciudadano acostumbrado a tener sexo todo el tiempo. Aunque si hubiera intentado algo tal vez ella habría sufrido un síncope. No estaba muy a la idea de ello, pensaba a veces y se dijo que no sería difícil dormir con él, todo lo contrario, pero... necesitaba tiempo.

Mientras veía las aplicaciones nuevas de su I-phone pensó que su jefe había gastado demasiado. Ella que era siempre tan ahorrativa y había aprendido de sus padres a guardar para los momentos de escasez le parecía un completo despilfarro.

Durmió muy poco, apenas una hora y luego fue a darse un baño, ahora tendría ropa más cómoda que ponerse, el problema que todo estaba en cajas, bolsas.

Finalmente encontró un vestido azul con flores minúsculas de algodón muy bonito, con mangas anchas y cuello redondo fruncido con volados.

Se dio un baño rápido preguntándose cuándo sería la boda.

Tembló al pensar que estaba desnuda en esa bañera y su jefe estaba a escasos metros seguramente trabajando en su portátil o recibiendo llamadas. Le habría gustado que la viera así y dijera si le gustaba.

De pronto sintió muchas ganas de tenderse en la cama y brindarse esos placeres solitarios como antaño. Necesitaba sexo, lo necesitaba, aunque fuera sexo fantasía con su cama. Su doctora decía que lo hacía cuando estaba muy angustiada o preocupada, aunque le advirtió que el sexo era una necesidad tan apremiante como comer especialmente en la adolescencia y después y al reprimirla sólo la aumentaba.

Se envolvió en la toalla y se dijo que no podía ir a hacer eso a su habitación, demonios, su jefe se daría cuenta y pasaría la vergüenza de su vida. Así que se cepilló el cabello aún húmedo y luego usó un poco de rubor en los labios y delineador Kohl para resaltar sus ojos verdes de espesas pestañas.

Cuando estuvo lista buscó su ropa interior y se vistió con rapidez. Pero

como no encontró el vestido se envolvió en una toalla y regresó a su habitación.

El vestido había desaparecido, no estaba por ningún lado, con lo que le había costado encontrar su ropa ese día.

Dio vueltas en la habitación molesta hasta que de pronto vio el vestido tendido junto a su cama y suspiró. ¡Al fin! Pero cuando se acercaba sintió unos pasos y vio a su jefe parado junto a su puerta mirándola con intensidad. Había tanto deseo en sus ojos. Y ella estaba allí, en ropa interior y tacos, debía verse como una cualquiera. Ni siquiera se dio cuenta que él podía verla, hacía rato que no sabía nada de él y sin embargo allí estaba su jefe recién bañado y con un traje azul marino sport, camisa blanca y una corbata a tono, zapatos negros, y tiradores, listo para salir.

Prude se quedó helada al verle, helada primero pero luego se puso colorada y sintió que era un tomate viviente al ver su imagen en el espejo pues su ropa interior de seda y encaje insinuaba poco y mostraba demasiado. Aunque esto no era su culpa, él le había comprado toda esa indumentaria sexy.

Pero lo peor de todo era que tenía el vestido en sus manos y no sabía qué hacer con él. Si se lo ponía corriendo quedaría como una pacata o demostraría que estaba aterrada y no era una joven de veintidós años común sino una monja.

Pero rayos, tenía que taparse.

—Lo siento pequeña, no quise asustarte. Es que no podía dejar de mirarte—le confesó él.

Prude lo miró y notó que sus ojos la recorrían como si fuera una suave caricia, como si quisiera besarla muy lentamente... la deseaba y eso le gustaba, la excitaba en realidad y de pronto tembló al ver que avanzaba hacia ella. No, no quería ponerse el vestido, todavía no.

Y en silencio la envolvió entre sus brazos y le dio un beso ardiente y arrebatado, uno de esos besos que hacían perder la calma por completo mientras la llevaba lentamente a la cama y la abrazaba con fuerza. Un abrazo dulce y apretado.

—Mi virgen de fuego—le dijo al oído y ella tembló al sentir que caía sobre ella y separaba sus piernas para apoyar un poco su virilidad que se sentía dura y tensa a través del pantalón.

Sabía que se moría por tocarla y no dejaba de mirar sus pechos como si fueran una fruta prohibida y tentadora.

—Quieres hacerme el amor ¿verdad? —le preguntó ella con un hilo de voz pues de pronto se había detenido y la había mirado como si le costara controlarse y luchara para alejarse, pero no pudiera. Sus ojos tenían ese deseo y esa desesperación.

Él sonrió levemente cuando dijo eso.

—Por supuesto que sí ... eres tan hermosa que creo que te haría el

amor sólo con besos ahora.

Prude sostuvo su mirada y se apartó.

—Todavía no, no hasta que me haga su esposa, señor MacNeil—le dijo desafiante y temblando de deseo. Sus besos y caricias la habían despertado, pero no olvidaba que tenían un trato y eso era todo cuanto tenía en la vida en esos momentos.

Su jefe sonrió y la rodeó con sus brazos quizás molesto por su respuesta.

—¿Acaso temes que luego te abandone? ¿Que tome tu virginidad y te entregue a tus amigos los dragones? No haré eso, pequeña, te lo juro.

Ella lo miró con la respiración agitada pues sintió que sus pechos habían comenzado a humedecerse en ese preciso instante y se dijo que moriría de vergüenza si él lo notaba, pero su jefe le dio un beso ardiente y luego, le quitó el sostén. Lo hizo y Prude quiso cubrirse, pero era tarde.

—Sólo déjame verte preciosa, déjame verte desnuda ahora. No voy a hacerlo, lo juro. Nunca te obligaría.

Ella obedeció sin saber por qué lo hacía y entonces él vio lo que le pasaba y sin pensarlo atrapó sus pechos y los besó, los besó y apretó y comenzó a mamar de ellos como si fuera un cachorro grande y hambriento.

La sensación era extraña, pero le gustó pues en un momento alivió la tensión de sus pechos y él gimió de placer mientras succionaba más fuerte y

tragaba su leche con avidez y desesperación vaciando ambos pechos por completo. Para luego seguir besándola y apretándola contra él.

—Pequeña eres tan deliciosa que...nunca antes. No entiendo por qué...

Ella lo miró aturdida.

—No estoy esperando un bebé si eso es lo que piensas, ni nadie sabe por qué mis pechos tienen leche a veces, me da mucha vergüenza cuando me pasa—le confesó.

—Está bien, te creo pequeña, pero déjame besarte otra vez. No lo haré si no quieres, me detendré, lo prometo.

Ella quiso resistirse, pero de pronto lo vio quitarse la corbata, los tiradores y la camisa blanca despacio y al verle medio desnudo tembló. Ya no sentía vergüenza de estar desnuda ante él, él pensaba que era hermosa y se moría por estar con ella, por jugar un ratito como hacían sus amigas antes de copular. Besos y caricias húmedas que las preparaban para la cópula, pero ella no quería llegar tan lejos. pero no se resistió cuando la envolvió entre sus brazos y le dio un beso ardiente y desesperado, un beso húmedo mientras la tendía en la cama sus manos la tocaban.

Sólo iba a besarla, a devorarla en realidad y luego la dejaría ir, se lo dijo al oído.

Prude lo miró confundida porque un deseo feroz la recorría como el

fuego, un deseo desconocido para ella pues era la primera vez que estaba en una situación tan íntima con un hombre, nunca antes un hombre había besado sus pechos y había bebido su leche hasta saciarse y al sentir que besaba sus pechos de nuevo se estremeció pues los sintió duros de nuevo. Se habían llenado otra vez, no tanto como antes, pero él succionó de ellos y lentamente volvió a llenar su boca con ese suero lácteo mientras sus manos comenzaban a recorrer su pubis rojo a través de la tela y gemía por las caricias y por sentir que estaba húmeda.

Casi sin darse cuenta había quitado sus bragas de encaje y descendió hasta allí entre súplicas y soportando varias veces su rechazo.

—No temas, sólo serán caricias, mira sólo besos.

Estaba muy excitado, estaba desesperado y ella también y cuando quiso escapar él la atrapó y su boca la llenó de besos suaves.

Cerró los ojos avergonzada sabiendo que estaba perdida, que él la había atrapado como si hubiera estado corriendo todo el día alrededor de la cama y él la hubiera atrapado, cautivado.

Su boca hambrienta y desesperada quería saber cómo era y dijo que era muy dulce y deliciosa, tan suave. Ella sabía que no se detendría, que a pesar de su inexperiencia su miembro pujaba por ser liberado de sus pantalones y tener su recompensa también. Prude no se atrevió a moverse, también quería saber cómo sabía su cuerpo, pero era demasiado tímida para ir

por él, sólo lo tocó y lo sintió poderoso a través de sus pantalones. Él sonrió al sentir sus caricias, pero siguió en dónde estaba devorándola con su lengua de fuego, con su boca hasta transmitirle sensaciones que jamás olvidaría despertando en ella en ese demonio largo tiempo dormido.

—Por favor, no... por favor—le rogó.

Él sonrió al ver que acababa de tener el placer máximo y se retorció en la cama temblando con desesperación mientras su voz se convertía en un gemido desesperado. Lentamente se quitó el pantalón y liberó su miembro rosado y grueso humedecido por tanto juego y excitación. También él quería tener su satisfacción y cayó sobre ella mientras separaba sus piernas.

Prude sintió que estaba atrapada pero no lo detuvo. También quería hacerlo, también quería calmar la lujuria que ese hombre despertaba en todo su ser.

Él se acercó y cayó sobre su cuerpo inmovilizándola por completo, como si temiera que ella pudiera escapar, la envolvió lentamente entre sus brazos.

—Eres hermosa pequeña, deliciosa y te aseguro que quise hacer esto desde el día que entraste en mi oficina. Todo lo que acaba de pasar es un sueño que me ha perseguido durante meses.

Prude se quejó al sentir que le introducía su miembro ancho y ahogó un gemido de dolor cuando le quitó la virginidad para entrar por completo en el

apretado canal de su vagina y pensó que no podría.

—Calma cielo esto va a dolerte, pero es hora de que te conviertas en mi mujer, preciosa.

Prudence sintió que estaba atrapada, pero no quería escapar, ya no... aunque fuera muy doloroso al principio y sus ojos se llenaran de lágrimas cuando fue más allá y su jefe se apoyó en la cama para introducir por completo su miembro ahogó un gemido de dolor. No era tan grande, pero en su interior lo sentía inmenso, duro, ancho y se movía rudo en su interior en busca de su placer, poseído por un deseo desesperado. Su boca buscó la suya y siguió rozándola, y el dolor de tenerle dentro de su cuerpo cedió, lentamente se hizo leve hasta desaparecer y pudo disfrutarlo, pudo relajarse y sentirse mujer, llena de ese hombre que siempre le había gustado, pero no conocía demasiado. Era algo desconcertante terminar convirtiéndose en la mujer de un hombre que era casi un desconocido, había creído que sería Peter, quería que fuera él, pero tantas cosas habían cambiado.

—Eres hermosa, pequeña, tan dulce, siento no haber respetado tu decisión de esperar a la boda—le dijo y ella lo miró confundida, asustada por lo que habían hecho. ¿Y si ahora la abandonaba? Pero no quiso pensar en eso, acababa de sentir que su semen la llenaba, que todo su placer se esparcía en su cuerpo y llegaba al fondo de su útero y al volver a la realidad comprendió que no se había cuidado. Pero él no pensó en eso por supuesto, sólo en liberar su

placer y expulsarlo muy en lo profundo.

—Debiste cuidarte—balbuceó.

Él sonrió.

—Lo siento cielo, pero era tu primera vez y quería sentirte, me moría por sentir todo su cuerpo—dijo y le dio un beso suave mientras la veía desnuda.

Prude notó que sangraba y se asustó. Le había dolido mucho y sin embargo le había gustado, pero... estaba algo asustada por su descuido.

—no quiero que me hagas un bebé ahora, por favor.

Él sonrió.

—Pero tú querías tener muchos hijos con tu novio el arquitecto evangelista—le dijo él acusador con cara de celoso.

—Eso quería antes pero ya no soy así. No quiero tener hijos hasta estar segura de que mi matrimonio es feliz y mi esposo me ama.

—Pero pronto serás mi esposa y yo me muero por hacerte un bebé ahora. Ven aquí...

Ella lo miró vacilante.

—Pero los abogados.

—Al diablo con los abogados, acabo de probar del pastel de bodas y quiero más, mucho más.

Prude respondió a él porque también se moría por hacerlo otra vez,

pero tuvo miedo, tuvo miedo de quedarse embarazada y abandonada a un paso de la boda. ¿Qué locura había hecho? Se preguntó cuándo sintió con alivio que entraba en su cuerpo y su vagina se estiraba ante lo imposible para que pudiera llenarla por completo.

Y mientras lo hacía mientras volvía a hacerla suya sonrió y de repente le dijo:

—No temas mi hermosa virgen, me casaré contigo en tres días, lo prometo. Deja de pensar que voy a abandonarte. Por nada del mundo lo haría.

Ella sonrió.

—¿Cómo sabías que pensaba eso?

—Porque eres una pequeña puritana y sé que tienes miedo de que ahora que te hice mía te abandone. Supongo que tu madre te crio hablándote pestes de todos los hombres. Pero no somos tan villanos, yo no lo soy.

Prudence se sintió tan extraña entonces abrazada a él, apretada, fundida en ese abrazo que la hacía mujer y también su mujer. Se sintió enamorada y fascinada pensando que todo ese tiempo se lo había perdido, el sexo, la pasión, el poder estar así con un hombre. qué tonta había sido y qué mal la habían criado sus padres, privándola de una de las cosas más bellas y placenteras de este mundo: el sexo.

\*\*\*\*\*

Firmó el contrato casi sin leerlo, ansiosa por salir de ese lugar hacía

demasiado calor y esos tipos no le parecían gente agradable. No dejaban de mirarla y tuvo la sensación de que le tendían una maldita trampa. Pero eso no le preocupó demasiado, no quería sacar tajada de ese matrimonio sólo quería que él la quisiera un día, y que se convirtieran en un verdadero matrimonio no en un mero acuerdo comercial entre dos personas, en un bendito contrato matrimonial.

Cuando salieron de la oficina su novio sonreía satisfecho y tomó su mano y la besó con gesto posesivo.

—Ahora ya podemos casarnos—le dijo y luego regresaron a su departamento para hacer el amor una vez más.

Se encerraron y estuvieron juntos sin pensar en nada.

Él la arrastró a la cama y la llenó de besos, la volvió loca con sus caricias ardientes y ella respondió a ellas, o quiso hacerlo, pero él no la dejó pues la tendió en la cama y la inmovilizó con sus besos húmedos. Sabía que una vez que llegaba allí estaba perdida y él lo hacía por gusto, por placer pues sabía que luego se deleitaría con su respuesta y luego, húmeda y ardiente la prepararía para la cópula.

Ella miró su pene rosado y grueso con deseo, quería besarlo, lamerlo, sentir cómo suspiraba con sus besos, pero él no la dejaba, todavía no solía decirle y luego, cuando quería ya era tarde porque sus caricias la excitaban tanto que sólo quería retozar una y otra vez sin parar y experimentar ese placer

intenso y sublime.

Y mientras él la recompensaba con feroces embestidas provocándole el placer máximo le dijo al oído:

—Eres hermosa Prude, eres de fuego pequeña... rayos, qué tonto fui al dejarte ir es vez. Debí encerrarte en mi despacho y hacerte mía—le dijo.

Ella sonrió.

—Jamás lo hubiera imaginado, pero...

Estaba loca por él, pero luego pensó que debían cuidarse y se lo dijo.

Su antiguo jefe sonrió.

—No te preocupes por eso, no quiero que hagas nada sobre eso. deja de preocuparte. Adoro a los niños y voy a hacerte muchos bebés, preciosa, ahora y siempre.

Ella no se asustó, estaba loca por él y si le hubiera pedido el cielo se lo habría dado de haber podido.

—Pero es muy pronto y no...

—Ahora no puedes hacer nada, preciosa. Debes esperar a tener la regla, luego si quieres sí, puedes pedir para cuidarte si es que no tienes un bebé allí. Si está déjalo, sabes que me encantan los niños y cuando te hice mía el otro día sabía que podía pasar.

Prudence pensó que no recordaba cuál había sido su última regla pues nunca había sido regular, pero le dio miedo pensar que pudiera estar

embarazada en esos momentos, sabía que con una sola vez sin cuidarse sin tomar ninguna protección podía embarazarse lo sabía por sus amigas y ella había estado más de una vez en la cama sin protección.

Sin embargo, él no quiso cuidarse, como si no le importara que ella quedara preñada. ¿O quería hacerle un bebé para mostrar a su tío que eran un matrimonio sólido?

Trató de no pensar en eso, era demasiado horrible y calculador.

Pero ella tampoco hizo nada por evitarlo y sabía que su semen había llegado hasta el fondo varias veces y eso era peligroso y sin embargo cuando la tocaba Prude sentía que la hechizaba y le hacía perder la cabeza y no podía decir que no, nunca podía y su mayor debilidad era complacerle, era satisfacerle hasta dejarle exhausto, rendido en sus brazos y con el corazón acelerado, su piel caliente, como de fuego y entonces la abrazaba y apretaba satisfecho y feliz... siempre le decía entonces palabras dulces y tiernas.

Y ese día le dijo que era hermosa y maravillosa.

—Eres toda una mujer cielo, tan dulce.

Ella sonrió feliz.

—Nunca sentí tanto placer en mi vida, te lo juro.

No quería pensar que había estado con otras mujeres, se sintió enferma de celos de sólo imaginar a una sola cerca de su futuro marido.

—Ni yo... jamás pensé que el sexo fuera tan maravilloso. Me lo estaba

perdiendo.

Él sonrió y le dio un beso suave.

—Pero ya no vas a perdértelo. Nunca más.

Prudence sonrió y se estremeció al sentir sus besos apasionados.

—Dicen que una mujer nunca olvida a su primer hombre, al hombre que la hizo mujer—le dijo él muy serio mirándola con tanta intensidad y deseo.

—Supongo que sí pero no quiero pensar que habrá otro hombre en mi vida, quiero que seas tú, sólo tú—le respondió ella y sus ojos se llenaron de lágrimas. Sin saber por qué de repente se sentía tan vulnerable pues pensó que moriría si un día él la dejaba o si descubriría que al final su matrimonio era una completa farsa.

—No llores pequeña, no te dejaré... y voy a casarme contigo, di mi palabra y la cumpliré, sólo preguntaba. Nunca he estado con una chica virgen, ¿sabes? Y mucho menos con una virgen de fuego.

Prude secó sus lágrimas y sonrió.

—Oh por favor, deja de llamarme así. No soy una virgen de fuego. Tengo tanto que aprender.

—Eres de fuego pequeña, eres dulce y ardiente, eres mi virgen y yo soy tu dragón.

Ella sonrió embobada cuando le dijo eso. su virgen y él su dragón. Le

gustaba mucho ese nombre, le recordaba a una leyenda.

Sus pechos estaban llenos de nuevo y él había mamado de ellos sin parar y luego se habían llenado y ahora los sentía duros otra vez y húmedos. Pero sabía que luego querría hacerlo de nuevo, que nada más una mirada o una caricia y no podría decir que no.

\*\*\*\*\*

Se casaron tres días después como lo habían planeado.

Habían tenido que viajar a las Vegas y comprar un combo de boda religiosa con invitados, mariachis y otras cosas que su novio decidió para darle más emoción.

Y de pronto, cuando entró de su mano al altar, pues no pudo ni siquiera contar con su padre de padrino, se encontró en una capilla de invitados que la miraba y ella notó que no conocía a nadie.

Pero trató de sobreponerse a la sorpresa y luego, cuando finalmente los declararon marido y mujer y le entregaron el certificado y la libreta se sintió feliz. Muy feliz. Ahora era su esposa, suya y él se lo dijo durante el brindis y luego, cuando se reunieron en la habitación de hotel...

Él la llevó a la cama y le ofreció una copa de champagne.

—Ahora eres mía, cielo, mi esposa.

Ella sonrió feliz mientras bebía champagne. Quizás bebió demasiado esa noche, pero estaba muy emocionada por ese momento.

—Tuya... me encantaría ser tuya un día, y sentir que esto es más que un acuerdo para ti.

Él se puso serio y la empujó a la cama mientras le quitaba el vestido con urgencia.

Abrió su corsé en un arrebato y atrapó sus pechos para mamar de ellos como un cachorro hambriento y desesperado. Pero no era un cachorro, era su marido, su hombre.

Ella le quitó la corbata y la camisa y luego sus manos abrieron su pantalón sin demasiado esfuerzo para liberar y acariciar ese centro de placer. Diablos, estaba húmedo y lo sintió suave en sus manos, pero duro como una piedra.

Pero él no la dejaba, como siempre, enfrascado de succionar hasta su última gota lo escuchó gemir por sus caricias. pero Prude no iba a dejarlo escapar esta vez, era su noche de bodas y por más que él le negara ese lugar sólo aumentaba su deseo.

—Por favor, déjame... déjame sentir su sabor—le rogó.

Él se detuvo poco después y la miró con esos ojos azules mientras se desabrochaba el pantalón y ella veía en detalle su enorme miembro viril. El mismo que la había hecho sufrir la primera vez que lo hicieron y ahora entendía por qué, era muy grueso y la punta era más ancha de lo común.

—Soy todo tuyo ahora cariño—dijo él extendiendo su miembro

mientras lo frotaba con suavidad.

Ella sintió su corazón agitado por la excitación de pensar que al fin tendría aquello por lo que tanto había esperado. Y se arrodilló para poder hacerlo y sin pensarlo lo tomó en su boca y lo engulló como si fuera su dulce predilecto y comenzó a lamer, mientras su lengua se deleitaba con su suavidad y el sabor tragando las primeras gotas de placer, esas gotas que él le regaló poco después mientras acariciaba su cabello y la observaba. Era la primera vez que la dejaba y sintió su propio pubis rojo mojarse por la excitación al tiempo que él la desnudaba por completo y acariciaba sus pechos y gemía por las caricias.

Ella recorrió esa inmensidad con sus manos y su boca hasta volverle loco, hasta hacerle perder la cabeza. En un momento quiso escapar, pero ella lo atrapó succionando con fuerza como si quisiera expulsar su placer a como diera lugar...

—Aguarda pequeña, ven... estás privándome de mi placer—le dijo él y excitado la apartó despacio para poder tenderla en la cama para verla desnuda y ardiente como el fuego. Y desesperado la atrapó y tendió para deleitarse con su femenino rincón cubierto de pliegues como pétalos.

Prude gritó al sentir sus caricias ardientes y pensó que ya no podría soportar esa tortura. Pero a su marido no se le antojaba dejarla en paz, claro que no, y luego de suplicarle sintió que estallaba en el preciso instante en que

él lograba acomodar ese pene inmenso y hambriento, fue tan fuerte y tan rápido que no pudo aguantarlo y él se excitó al sentir que su sexo lo apretaba con contracciones rítmicas y dejó escapar un chorro potente de semen defendiéndose para hacerlo.

No pensó en nada, no le importó nada más que ser suya, en darle placer, en que él la llenara de placer con cada beso y caricia. Sabía que nunca había sentido un placer tan especial en toda su vida, que nunca había podido satisfacerse de una forma tan plena como lo hacía cuando tenía sexo con su esposo.

—Eres hermosa, cielo, eres magnífica—le dijo.

Y notó que su miembro viril estaba rojo y duro como piedra lista para el combate. Él hervía y podía sentir el calor emanando de su piel, su respiración agitada y sus ojos mirándola con tanta adoración y deseo.

Rayos, se entendían tan bien porque su deseo era contagioso y verla así, desesperado por hacerlo de nuevo la hacía mojarse. Siempre quería hacerlo, siempre quería más y tardaban horas en esa cama haciendo, lo, descansando, durmiendo y volviendo a tener sexo una vez más.

Ella sonrió y se acercó a su miembro para lamer los restos de semen, le gustaba su sabor, la excitaba sentir su olor, era delicioso...

Y cuando comenzó a lamer como cachorra hambrienta él gimió de placer y la jaló hacia abajo para introducir mejor su miembro en su boca. Lo

hizo con mucha delicadeza y precisión, sabía que sólo sería un poco y luego la detendría, pero ese poco era suficiente para volverlo loco, para despertar su hambre y succionó con fuerza un poco más. Un poco más hacia su respuesta, su placer, su placer sería el suyo. Rayos, estaba tan excitada, tan desesperada como si no lo hubiera hecho en años, porque él encendía de una forma su deseo y siempre quería más, mucho más... y allí estaba arrodillada ante él como su adoradora más leal, su esclava, prendida a su miembro concentrada en su tarea, sintiendo que su cuerpo buscaba ese placer y lo necesitaba y de pronto él no pudo resistirlo, fue demasiado para él.

—Preciosa, no, aguarda—dijo. Quiso avisarle, siempre lo hacía, pensaba que no estaba bien, pero a veces la dejaba, a veces le concedía ese premio mayor.

Prude sonrió y siguió succionando con más fuerza, sin piedad, haciendo tanta presión que casi sacó su placer a la fuerza para llenar su boca ese líquido tibio y tan delicioso mientras todo su ser se sacudía en un orgasmo y caía hacia atrás rendida y exhausta y él desesperado introducía su miembro porque todavía tenía más para darle, mucho más.

—Oh Dios, vas a matarme MacNeil—balbuceó Prude, exhausta pero feliz, sintiendo que sí, que quería mucho más.

Él sonrió divertido cuando le dijo eso.

—Nunca haría eso, cariño, pero si te ataría a la cama si un día

quisieras dejarme—le dijo al oído mientras se movía con rudeza en su cuerpo.

\*\*\*\*\*

Llegaron a Irlanda unas semanas después a una mansión muy antigua cerca de los acantilados. Prudence se sintió deslumbrada al ver ese paisaje hermoso con ese mar índigo a la distancia. Se detuvo para contemplar la hermosa vista y su esposo la abrazó.

Prudence pensó que su vida había cambiado tanto esos meses, era tan guapo y pensó que era un hombre tan maravilloso. No sólo le daba sexo y la satisfacía una y mil veces, él la entendía y podían estar el día entero juntos sin aburrirse o sin tener conflictos.

Su depresión había desaparecido y sólo estaba somnolienta y cansada.

Después de dos meses haciéndolo sin parar ahora se quedaba dormida y se preguntaba si no estaría esperando un bebé.

Le daba miedo pensar en eso, sabía que no estaba preparada y lo que más la asustaba era ese viaje a Irlanda y pensar que él lo había hecho todo para complacer a su tío solterón.

Diablos, estaba loca por ese hombre, era su marido y se entendían tan bien que temía que todo fuera mentira. La aterraba pensar en eso.

—Ven, entra. Hace frío aquí—dijo y la envolvió entre sus brazos.

Prude sonrió y él la besó apasionado sin pensar que cerca de allí había criados que los estaban mirando a la distancia.

Entraron tomados de la mano y Prude vio deslumbrada que era una casa inmensa y lujosamente amueblada. Antigua y moderna a la vez, con un sofisticado sistema de seguridad y todos sus tesoros expuestos como trofeos. Todo lo que allí había debía valer una fortuna: los cuadros, las estatuas del salón, los jarrones chinos, el mobiliario...

Pero el tío Albert brillaba por su ausencia. Pero sí había muchos criados en toda la mansión vigilando cada rincón. Prude pensó que no sería agradable toparse con extraños todo el tiempo cuando vivieran allí.

De pronto apareció un hombre alto y fornido con un audífono en su oído.

—Señor MacNeil. Bienvenido. Felicidades por la boda—le dijo.

Su esposo sonrió y la abrazó protector.

—Gracias Fletcher. ¿Cómo está mi tío hoy?

La expresión del hombre cambió.

—No muy bien, el ataque de la semana pasada lo dejó conectado a una máquina, pero él ha querido quedarse aquí y los médicos lo visitan todos los días.

—Rayos. Pensé que estaba mejor.

Prude miró a su esposo consternada cuando él le explicó que estaba entubado y no quería que se impresionara.

—Iré a verlo, pero ven, te llevaré a nuestra habitación—dijo luego

como si no quisiera dejarla sola en esa casa.

Ella lo siguió algo inquieta pues no entendía cómo su tío había tenido otro ataque, pensó que estaba distraída cuando él le dijo.

Cuando llegaron a sus habitaciones pensó que era un lugar hermoso y magnifico. Nunca había visto un lugar así, alfombras rojas, escudos, muebles antiguos y comedor, cocina y un baño inmenso comunicado a la habitación principal.

Y de pronto vio un emblema en la habitación, un emblema de plata que tenía el dibujo de un dragón de fuego.

—Oh vaya... —dijo y de pronto noto que su esposo había llegado y la miraba con fijeza.

—Es el emblema de mi familia, preciosa. Un dragón de fuego. ¿Te agrada?

Prudence sonrió.

—Sí, es hermoso. Se ve tan fuerte.

Él se acercó y la abrazó.

—Como te dije, soy tu dragón, el dragón que encontró a su virgen de fuego—le dijo al oído.

Ella sonrió y escuchó la leyenda del dragón que viajó muy lejos en busca de su virgen, era una leyenda familiar muy bonita.

Pero sabía que era mucho más que una leyenda y que de una forma

extraña y rara todo lo que le había pasado en su vida, casi desde el comienzo la había empujado a los brazos de Malcolm MacNeil su jefe.

Y de pronto se lo dijo.

—Sabes, ya no pienso en el pasado ni me afecta porque de cierta forma quise ir a ti. No sé si tú me buscabas o yo te buscaba a ti, Malcolm. Eres el hombre que siempre pensé que sería mi esposo un día.

Él sonrió y la atrajo contra sí para abrazarla y darle un beso ardiente y apasionado.

—Te amo preciosa, creo que te amé desde el momento en que entraste en mi oficina para una entrevista de trabajo, pero estabas prometida a ese tonto. Ibas a casarte con él—le dijo y le dio un beso ardiente y apasionado.

—Y yo amo MacNeil y a pesar de todo lo que pasé me alegra que fuera así, que me diera cuenta a tiempo que Peter no era para mí. Yo iba a dejarlo antes de tu chantaje, iba a hacerlo.

Él miró sus labios y la arrastró a la cama para hacerle el amor. Acababan de llegar, pero no estaban cansados. Cerró la puerta para que nadie pudiera molestarlos...

Su nueva vida en Irlanda comenzaba y empezaba de la mejor forma posible.